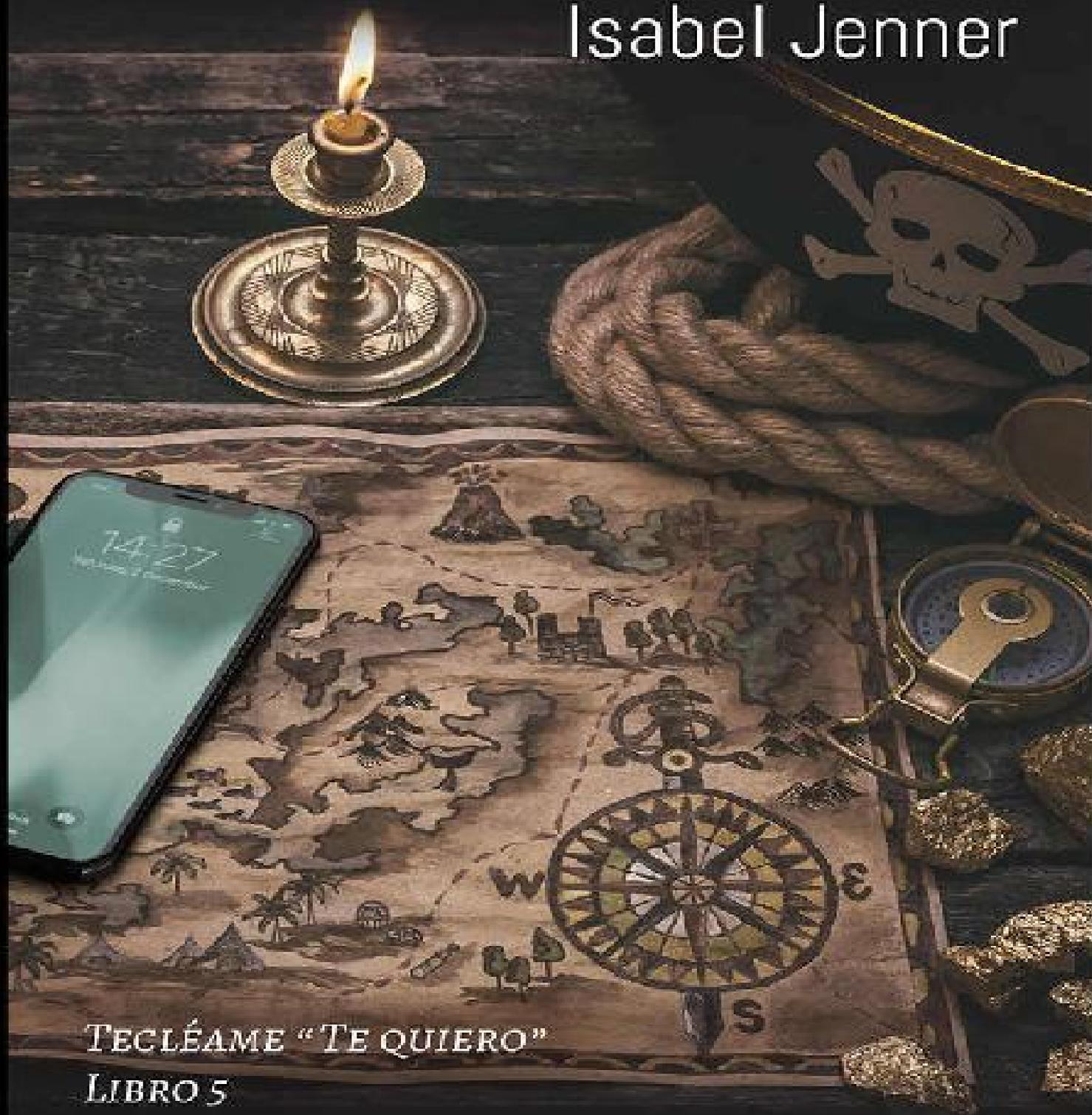


Selecta

NAVEGAR EN TU RED

Isabel Jenner



TECLÉAME "TE QUIERO"
LIBRO 5

Navegar en tu red
Tecléame «Te quiero» 5

Isabel Jenner

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para ti, mamá.
Porque cuando todo se vuelve oscuro
tu luz es el faro más brillante.
Te quiero.*

Introducción

¿Tienes curiosidad por saber cómo surgió esta novela?

Si es así, te pido que imagines que estás leyendo un libro acerca de épocas pasadas y que hay un móvil a tu lado que no deja de vibrar. Ahora, deberás sujetar el libro con una mano y estirar la otra hasta alcanzar el teléfono; tú corazón y atención divididos entre no perder el hilo de la historia que te ha cautivado y la curiosidad por revisar todas las notificaciones que aparecen en la pantalla.

¿Te ha pasado alguna vez?

Bien, entonces observa los dos objetos que sostienes entre tus dedos y pregúntate: «¿Qué ocurriría si...?»

Así es como comienzan la mayoría de las aventuras antes de ser escritas.

Así fue cómo surgió esta novela...

¿Qué ocurriría si en un libro de romance histórico los personajes tuvieran a su disposición smartphones, Internet y todas las nuevas tecnologías de las que disfrutamos en la actualidad, pero sin perder su forma de hablar o de comportarse? ¿Sin perder su esencia?

Lo que podría suceder se encuentra en las próximas páginas, y sus protagonistas están impacientes por arrancarte una sonrisa... ¿Me acompañas?



Capítulo 1

En un Caribe del siglo XVII...

Isla Tortuga, año 1692

Clover de Montague escuchaba, como cada día de sus dieciocho años de vida, el barullo de fondo de maldiciones, puñetazos y risotadas de la taberna, y el crujido inconfundible de jarras de bebida al ser depositadas con fuerza sobre superficies de madera que tenían tantas cicatrices y remiendos como los filibusteros y delincuentes que hacían uso de ellas. Los sonidos familiares se colaban por las ajadas vigas y los tablones medio podridos hasta la bohardilla de la desastrada construcción que la había visto nacer y en la que sobrevivía a duras penas gracias a su ingenio y a la dudosa protección de un padre ausente, pues el nombre del pirata Will el Troyano siempre había provocado miradas de respeto incluso entre la escoria más indeseable del mar Caribe.

Esa noche, sin embargo, el más mínimo ruido conseguía que Clover se estremeciera de verdadero pánico, a la espera de que sucediera lo peor y vinieran en su búsqueda. Sus manos sostenían de manera precaria un pequeño teléfono móvil de la gama más baja, de esos que a nadie le interesaría robar, en cuya pantalla parpadeaba un mensaje que había provocado un sudor frío en la joven, que se encontraba agazapada entre trastos viejos y ropas apolilladas.



Clover se restregó la mejilla con los nudillos para borrar cualquier rastro de lágrimas o de debilidad. No podía permitírselas, ni siquiera por el cruel destino al que su padre se había condenado al elegir la piratería como único amor.

¿Cuánto tardaría en divulgarse la noticia de que Will el Troyano había levado anclas por última vez y que la falsa seguridad de Clover se derrumbase como un castillo de naipes? ¿Días? ¿Horas?

Miró una vez más la frase con la que se acababa el *wasap* y no pudo contener una tierna sonrisa al imaginar al temido Will el Troyano concentrado tecleando unas palabras tan cursis para él con sus recios dedos de lobo de mar. Pero el mensaje había quedado muy claro y no había tiempo que perder.

Clover se sacudió la congoja y se arrodilló en el suelo para levantar uno de los tablones roídos por el tiempo y las alimañas, y extrajo una cajita de latón con forma de corazón, algo deslucida por el polvo que se había acumulado

sobre ella durante los muchos años que llevaba oculta. Contenía un papel amarillo y tan desgastado que la joven temió que se deshiciera en pedazos si volvía a doblarlo de nuevo. Esperando no equivocarse en su decisión, copió las coordenadas GPS que había ahí escritas en la aplicación de notas del móvil, y redujo el papel a añicos tan pequeños, que se convirtieron casi en arena.

Ya solo necesitaba un barco con el que llegar a la isla donde Will el Troyano había escondido todas sus riquezas. Y lo conseguiría costara lo que costase. Como digna hija de su padre.

Cubierta del barco La descarga, frente a las costas de la isla La Española...

—¡Capitán Nuke! —La voz, tan cascada y áspera como el graznido de una gaviota por la abundante y perpetua ingesta de ron a lo largo de los años, provocó que varias cabezas de la atareada tripulación del bergantín La descarga se alzasen en su dirección—. ¡¡Capitán!! —repitió la voz, más fuerte esa vez, tanto como para amortiguar el ruido de las olas al chocar contra el casco recién carenado—. Por San Judas, ¿dónde se habrá metido ese demonio disfrazado de ángel? ¿Acaso le han brotado alas negras...?

Las protestas continuaron propagándose por el aire impregnado de salitre hasta que, junto al timón, un hombre se giró con parsimonia hacia la puerta abierta del castillo de proa. Esbozó una sonrisa perezosa, con todos y cada uno de los relucientes dientes en su sitio, antes de responder.

—Me pregunto, señor Owens, cómo se las apañaría si tuviera que dar conmigo en un galeón con más de cien hombres, en lugar de en una modesta nave de apenas treinta.

El señor Owens elevó la protuberante nariz para apuntar con ella al capitán de aquella «modesta nave» de dos mástiles que, sin embargo, ostentaba el demoledor título de ser la más rápida de todo el Caribe.

—Quítese ese pañuelo roñoso que le cubre de la frente a la nuca, capitán, y lo reconoceré incluso aunque usted esté subido al palo mayor y yo me

encuentre sumergido en lo más profundo de las tripas del océano y tenga que mirar hacia arriba con los ojos llenos de algas —lo increpó claramente ofendido.

Nuke se echó a reír a la vez que sus botas de cuero negro arrancaban protestas de los tablones de madera de la cubierta en la trayectoria hacia su contramaestre, la única persona a quien confiaba la carga de su barco, la única a quien le permitía hablarle de esa manera y una de las dos únicas personas a las que confiaría su vida. En la piratería, una era difícil de encontrar. Dos era algo extraordinario.

—¿Quitarme el pañuelo y convertirme en una diana viviente para mis enemigos? —Arrugó el entrecejo como si estuviera profundamente preocupado y negó con la cabeza—. Prefiero seguir despistándote, viejo, aunque eso signifique perderme el espectáculo de ver tus cuencas llenas de porquería verde.

Le dio a Owens una palmada en la espalda que lo hizo tambalearse a pesar su exceso de kilos, y se adentró en el castillo de proa, unas arruguitas de regocijo adornaban las esquinas de sus ojos azules. El contramaestre era muy sensible respecto a cualquier referencia a su edad, rayana en la cincuentena, y el comentario de Nuke recibiría represalia antes o después.

—¿Para qué me buscabas? —inquirió el capitán con un tono mucho más serio, una vez que se hubo acomodado en una de las sillas de madera de la estancia con su corpulento torso echado hacia atrás.

Owens lo miró con cara de pocos amigos justo después de cerrar la puerta a sus espaldas, pero no vaciló en ir al grano.

—Tengo buenas y malas noticias. Pero —lo interrumpió justo cuando Nuke estaba en pleno proceso de despegar los labios—, si le digo una, sabrá la otra de inmediato, así que no se moleste en elegir cuál de las dos escuchar primero.

—Adelante, pues —lo animó Nuke con un gesto de la mano.

—Se trata de los nuevos productos que hemos lanzado hoy. Lo mejor será

que se lo enseñe.

Owens se aproximó al portátil que había en una mesa a la derecha de Nuke y movió el ratón para volverle a insuflar vida. Luego giró la pantalla hacia el capitán.



Lo sentimos. Artículos agotados



Nuke se enderezó y, al hacerlo, se desprendió de la pose relajada que había tomado al sentarse.

—¿Se han agotado los pendientes de aro y los parches? —preguntó incrédulo.

—Han volado en poco más de una hora—resopló Owens—. Acabamos de vender el último.

—No sabía que tuvieran tanto tirón...

—Según las redes, fingir que has cruzado el Cabo de Hornos o el Cabo de Buena Esperanza y ponerte un pendiente falso es tendencia.

Nuke no se molestó en contestar.

—Y apenas hay *stock* de alfanjes y patas de palo labradas, capitán. — Mientras hablaba, el contraamaestre le fue mostrando dichos artículos.

—Demonios —juró Nuke, con la mente trabajando a toda velocidad—. Pensaba que tendríamos material suficiente para vender cuando llegásemos a Nasáu.

Owens se dirigió a un armarito y sacó dos copas y una botella de ron, que depositó junto al ordenador.

—Han sido unas buenas ventas, ya lo creo que sí —murmuró el contraamaestre, a nadie en particular, mientras llenaba las copas hasta el borde con precisión quirúrgica—. Pero nos han dejado las bodegas más vacías que un hueso sin tuétano. Los habitantes de La Española parecen querer estar a la última.

—En esta isla no podemos reponer nada de material. —Nuke también pensaba en voz alta—. A los españoles no les hace ni pizca de gracia que rondemos por aquí.

—Nuestro almacén más cercano está en Tortuga. Solo es una jornada de viaje —indicó Owens, después de beberse de un trago el ron que había preparado con tanto esmero.

Nuke ignoró su bebida y deslizó una de sus grandes manos de forma inconsciente por debajo del pañuelo que le cubría la cabeza antes de tomar una decisión. La tela parduzca se escurrió hasta caer al suelo y dejó a la vista una mata de cabellos largos más allá de los hombros, y de un rubio tan claro que casi parecían blancos.

—Pondremos rumbo a Tortuga de inmediato.

Capítulo 2

Clover frunció los labios y empezó a silbar una queda tonadilla para contener las ganas que tenía de rascarse de la cabeza a los pies. Llevaba dos días vagando por los inmundos muelles de Tortuga, sin apenas otras pertenencias que su propia persona y un cuchillo sin filo, y vestida de hombre con algo que solo alguien demasiado magnánimo llamaría ropa. Eran más bien unos andrajos de lo que en tiempos más boyantes pudo haber sido unos pantalones marrones, una camisa cuyo color original la joven ni se atrevía a intuir y un absurdo gorro, arrugado y remendado tantas veces que parecía la cáscara rota de un huevo, pero que al menos servía para ocultar su melena oscura y de rizos apretados. Había tomado prestado el fascinante conjunto de la bohardilla de la ruinosa taberna de la que se había escabullido sin que nadie se percatase. O, al menos, eso esperaba. Lo mismo había ocurrido con el cuchillo y con la comida, apenas había podido apropiarse de tres mendrugos de pan, duros como los arrecifes contra los que escoraban los barcos que se acercaban con poca precaución a la costa, y que había ido racionando en trozos tan grandes como su pulgar. Pero lo peor no era el hambre acuciante que hacía sonar sus tripas, ni el pensar en garrapatas u otros bichejos en contacto directo con su piel, tampoco la sensación de desamparo e inseguridad. Lo que hacía que Clover se encontrase en el tenebroso límite de la desesperación eran los segundos que se habían ido escurriendo de entre sus dedos desde que le había llegado el *wasap* de su padre. Esos segundos

equivalían a familiares, amigos y cazafortunas que habrían recibido el mismo mensaje de los miembros de la tripulación del Libertad, el barco de Will el Troyano, y que ya habrían zarpado en busca de los legendarios tesoros que había acumulado a lo largo de los años. La joven no podía confiar en que se respetasen las leyes del mar y se hiciera un reparto justo del botín. Habría peleas, sangre y muerte, y ella necesitaba estar muy lejos de allí con la fortuna que hubiera podido obtener antes de que las luchas se recrudecieran o se quedase sin nada. Y para ello tenía que abandonar la pérfida Tortuga... Si alguna nave se dignara a atracar de una condenada vez. Una muy, muy veloz, a ser posible.

—Eh, Scruby, ¿ves lo que yo veo?

—Al menos veo la mitad.

Las voces agudas e inestables de unos borrachos a su espalda hicieron que el corazón de Clover diera un vuelco. Se giró un poco, con el pulso acelerado, segura de que habían descubierto lo que escondían sus harapos. Había sido testigo de lo que podía ocurrirle a una mujer sola, a una mujer como ella, y antes prefería clavarse la punta roma del cuchillo en el corazón. Pero los hombres no le estaban prestando ni la más mínima atención, a pesar de estar pegados a sus talones. Un poco más tranquila, los estudió con disimulo para evaluar su potencial peligrosidad. Uno de los marineros era bastante alto y fuerte como un toro, y tenía el ojo derecho tan negro como el cuero del parche que cubría la cuenca vacía de su ojo izquierdo. No paraba de girarlo en todas direcciones, como si así pudiera compensar la falta del otro. Su compinche era más bajo y escuálido, pero igual de apestoso e interesado en lo que parecía un punto distante sobre las azules aguas del océano, que iba ganando tamaño conforme se iba acercando al puerto con la clara intención de echar amarras.

—Que me cuelguen si esa no es La descarga —murmuró con sorpresa el del parche, el tal Scruby.

—Acabaremos con una soga al cuello igualmente, pero lo es —replicó el

otro—. Hacía meses que no pasaba por aquí.

El corazón de Clover se agitó de nuevo, esa vez por una razón bien distinta. En la taberna siempre reinaba el descontrol cada vez que La descarga recalaba en Tortuga. Los marineros del bergantín solían acudir allí para saciar su sed de alcohol, mujeres y rencillas, sin importar cuántos reales de a ocho les costase, jactándose de que su capitán conseguiría más en la próxima incursión. Clover nunca había conocido al capitán Nuke en persona, ya que, en las escasas ocasiones en las que abandonaba el barco, lo hacía para dirigirse a lugares más exclusivos –si era que podía existir tal cosa en ese infierno de isla–, pero conocía su fama. Se decía que era ingobernable como las olas, impío y sin un ápice de misericordia hacia sus enemigos. Aquello no lo diferenciaba demasiado del resto de los piratas que buscaban labrarse un nombre y amasar una desmedida riqueza en aquellas tierras en interminable conflicto mientras Europa libraba sus propias batallas. Sin embargo, también se decía que era un diablo que fingía ser un ángel, un embaucador que escondía a una bestia detrás de modales exquisitos. Un auténtico monstruo cuyos inicios en la piratería consistieron en asaltar un barco lleno de cofres de joyas y esclavos de África, cuyos pies había atado con pesos para que se hundieran en el fondo del mar antes de prender fuego a la nave en Barbados.

Una furia cruda y efervescente la embargaba cada vez que recordaba el sufrimiento al que Nuke había sometido a esas pobres almas por el mero placer de hacerlo y deseaba que su padre hubiera tenido la ocasión de enfrentarse a él en el pasado y darle su merecido. Aquella vez, sin embargo, mientras se escabullía entre unos barriles que desprendían un olor tan nauseabundo a pescado en descomposición que casi le provocó un desmayo, las mejillas de Clover estaban teñidas de un rubor culpable. Porque también era muy consciente de que La descarga era el barco más rápido que había surcado las Indias Occidentales y representaba todo su futuro.

La joven estaba dividida entre sus principios y su propia supervivencia. Aunque, quizá, si embarcaba en La descarga, podría hacerles justicia a

ambos...

Capítulo 3

Clover no podía ampararse en el cobijo que otorgaba la noche para llevar a cabo el arriesgado plan de colarse en el bergantín del capitán Nuke. La descarga había entrado en el angosto y armado puerto de Tortuga bajo un sol de justicia y zarparía de nuevo antes del atardecer. La desalentadora información se la había dado a regañadientes una prostituta de las muchas que transitaban los muelles para ser las primeras en recibir a los marineros que desembarcaran de la nave, y había sido a cambio de la caja de latón en forma de corazón de su padre. Si Clover hubiera tenido tiempo para ponerse sentimental, se habría aovillado en el suelo allí mismo, frente a los zapatos remendados y bajo el busto expuesto de la prostituta, y se habría echado a llorar. Pero no podía hacerlo. Además, la vida le había enseñado lo poco que servían las lágrimas.

En su lugar, se rascó el brazo izquierdo y retrocedió sobre sus pasos hasta la pared en sombras de una casucha que parecía ser un almacén de azúcar. Desde allí observó La descarga con detenimiento, sin querer perderse ni el más mínimo detalle. A simple vista no había nada impresionante o intimidatorio en ella. Incluso la talla de su mascarón de proa resultaba inofensiva. Ni rastro de seductoras sirenas o monstruos con zarpas y tentáculos. Tan solo una flecha en forma de rayo, como si emulase a una veloz descarga de Internet.

En cuanto a sus medidas, Clover calculaba que no tendría más de

veinticuatro o veinticinco metros de eslora y una arboladura de tan solo dos palos. De hecho, su pequeño tamaño podría llegar a resultar ridículo si se la comparaba con los galeones y fragatas que la rodeaban en el puerto, como un tímido pato que flotaba entre enormes gansos. Sin embargo, bajo esa apariencia pacífica, subyacía una fuerza que erizó la piel de la joven. No había nada cómico en sus formas gráciles y elegantes, sino que hablaban de poder, determinación y confianza en sus infalibles capacidades, y sus dieciocho cañones eran una mortífera advertencia para quienes osaran subestimarla.

Al igual que su dueño, La descarga no era lo que parecía ser...

Pasado un rato, el movimiento en torno al bergantín fue cobrando intensidad hasta que un enjambre de hombres que portaban cajas casi no dejaba ver la pasarela que conducía hasta la nave. Debían de estar reponiendo las bodegas, y Clover tenía que aprovechar esa confusión de gente para acceder al barco o ya no podría hacerlo. Se pasó la lengua por los labios reseco, se caló aún más la gorra para que no sobresaliera ni un solo cabello y se aproximó a La descarga con el corazón a punto de hacerle explosión, aunque hizo lo imposible por fingir aplomo en cada zancada.

—¿A dónde crees que vas, gusano?

Apenas había empezado a ascender por la pasarela cuando una mano fuerte la detuvo por el hombro sin ningún miramiento y ella tuvo que contener un gesto de dolor al notar los dedos que se clavaban en su carne.

—Te he hecho una pregunta.

«Maldita sea».

Por el rabillo del ojo detectó una silueta corpulenta y amenazadora, de la que estaba claro que no podría zafarse con facilidad.

—Estoy ayudando a cargar la mercancía, señor —replicó Clover con presteza y con la cabeza agachada para intentar evitar que el hombre que la había descubierto le viera la cara.

—Vaya, vaya... Me sorprende que puedas llevar mucho peso siendo tan

flaco, aunque dicen que los de tu clase son resistentes como animales. —El tonó que usaba tenía un deje burlón y cruel que la hizo estremecer—. Y, lo más importante, ¿dónde está la carga?

Clover contuvo el medio centenar de juramentos que se le vinieron a los labios y sacudió el hombro, pero el agarre solo se intensificó.

—Acabo de dejarla en la bodega, señor.

El bofetón llegó como un rayo y consiguió entumecer la mejilla izquierda de Clover antes de que esas manos como cepos la sujetasen de la camisa y la levantasen varios centímetros del suelo para acercarla a un rostro barbudo y lleno de violencia.

—Te voy a enseñar lo que hace Hamish con la escoria mentirosa.

—¡Suéltame, bastardo! —gritó Clover, asustada al sentirse arrastrada hacia el borde de la pasarela. Eso solo le valió otro bofetón en la misma mejilla, que consiguió que se le saltasen algunas lágrimas, sin que se detuviera su avance hacia las aguas oscuras y llenas de limo y deshechos del puerto.

—El capitán Nuke tiene prisa en zarpar, si no, me tomaría mucho más tiempo en darte una lección que fuera más que solo ponerte en remojo —escupió el sujeto, sin que ninguna de las personas que se cruzaban con ellos en el ajetreo de la pasarela hiciera nada por evitar sus abusos. No era el primer pilluelo abandonado a su suerte al que veían recibir un castigo, ni sería el último.

Clover intentó llevar la mano al bolsillo donde guardaba el cuchillo, pero el barbudo le retorció los brazos y le arrancó un gemido de dolor. Desesperada, intentó morder, dar patadas y revolverse con agresividad. Estaba a unos centímetros de la caída cuando una conmoción unos metros más abajo hizo que todo se detuviera.

Un nutrido grupo de caballos y soldados se abrió paso entre la multitud a golpes y gritos, para dejar espacio a un lujoso carruaje del que descendió un hombre igual de ostentoso que su transporte.

—Joder, ¿qué hace aquí el gobernador? —masculló el agresor de Clover,

perdiendo fuerza en su agarre a causa de la sorpresa.

—¡Nuke! —bramó Jean-Baptiste Ducasse, gobernador de Tortuga—. He venido a recoger mi pedido *online* en persona.

Clover alzó la rodilla derecha con todas sus fuerzas y golpeó en la entrepierna al barbudo, que la soltó de inmediato para llevar sus manos a las partes afectadas a la vez que aullaba de dolor. La joven no perdió una milésima de segundo en emprender la huida y se escurrió entre toneles, baúles y marineros sin mirar atrás porque su vida dependía de ello.

Capítulo 4

—¿Ya se han repuesto todos los artículos?

—Sí, capitán. La bodega está a reventar —asintió Owens.

Se hallaban los dos de nuevo en el castillo de proa y en condiciones muy parecidas a las de su último encuentro. El vaso de ron del contramaestre se había vaciado por segunda vez y el de Nuke permanecía intacto.

—Buen trabajo, Owens —lo felicitó, con aire ausente.

—Y que lo diga, capitán —resopló este sin la más mínima falsa modestia—. No fue fácil hacer todas esas ventas en tan poco tiempo después de que el gobernador pasase por aquí y que todo el mundo pidiera lo que había comprado él. Casi nos vuelven a dejar sin pendientes.

Aquello pareció sacar a Nuke de su estado reflexivo por un momento.

—Condenado Ducasse. —Golpeó ligeramente la mesa de madera con el puño—. ¿Por qué los franceses son tan desconfiados? ¿Se creía que no íbamos a hacer la entrega? Tenemos críticas de cinco estrellas por todo Internet.

—Bueno, ha conseguido otra pequeña fortuna gracias a él. Mírelo por ese lado.

Nuke asintió y guardó silencio.

—¿Vamos a desviarnos hacia La Habana para conseguir algo de piel y tabaco antes de llegar a Nueva Providencia? —preguntó Owens al cabo de un rato.

—No. —Nuke negó con la cabeza y sus cabellos casi blancos se agitaron al compás—. Iremos directamente a Nasáu. Dile a Mac que se ponga al timón y que leven anclas.

—¿Qué le preocupa? —indagó Owens en lugar de cumplir las órdenes—. ¿Es por Coleman?

El capitán se decidió a poner los dedos alrededor del vaso de ron y le dio un trago antes de responder.

—Hace demasiado tiempo que no ha intentado nada. Estaremos bastante expuestos mientras bordeamos Cuba y con una de las cargas más grandes que hemos transportado nunca. —Dejó el vaso sobre la mesa y atravesó a Owens con sus claros ojos azules—. Mantén a los hombres alerta y los cañones preparados.

—Sí, capitán. Estaremos listos para presentar batalla.

Clover tenía las piernas acalambradas a causa de la incómoda postura, ya que las había encogido hasta su mínima expresión para ocultarse entre la inmensa cantidad de bártulos de la bodega. También le palpitaba la mejilla por los golpes que le había dado el barbudo y cada músculo de su cuerpo estaba en tensión, a la espera de cualquier ruido o voz de alarma. Ni siquiera cuando el barco empezó a moverse y las voces de los marineros resonaron a varios metros sobre su cabeza mientras izaban velas y ataban cabos, lo había creído. Estaba dentro de La descarga.

Todavía le sorprendía la facilidad con la que se había colado en la bodega tras echar a correr como una exhalación en medio del caos que había creado el gobernador Ducasse. Por fin, una diminuta sonrisa le tiró de las comisuras de la boca. Empezó a relajarse, aunque no podía permitirse bajar la guardia del todo. Era evidente que su situación en ese instante era mucho mejor que ser pasto de los tiburones, y estaba justo donde quería. Pero un barco pirata no era un lugar seguro para una polizona disfrazada de hombre. Por si eso no

fuera suficientemente osado, Clover tenía que poner rumbo a las coordenadas GPS que le había dado su padre. ¿Qué iba a hacer? ¿Pedirle por favor al capitán Nuke que la acercase?

La joven resopló de pura frustración y uso el índice y el pulgar como pinzas para apretarse el puente de la nariz. Se sentía estúpida por haber estado tan desesperada como para no trazar un plan consistente y viable.

—Está bien, Clover —intentó tranquilizarse a sí misma en susurros—, lo primero que tienes que hacer es averiguar el destino de La descarga.

Quizá, si la suerte seguía acompañándola, sería una ruta igual o parecida a la que necesitaba seguir y podría permanecer escondida durante toda la travesía.

—¿Quién demonios eres tú?!

La voz, ultrajada y demandante, se dirigía solo a ella. Clover cerró los ojos.

«Otra vez no».

Capítulo 5

Clover pegó la espalda al mamparo que dividía la bodega de otros compartimientos del barco sin desviar la vista de la negra boca de la pistola que la apuntaba con decisión. Ese hombre no podía ser el capitán de La descarga. Tenía entendido que Nuke no llegaba a la treintena, mientras que ese individuo de nariz prominente tenía al menos cincuenta. Su mano se sacudía con leves temblores, podía ser por el alcohol o por la edad, y la iluminación de la estancia era muy escasa, pero, a la distancia a la que se encontraban, no fallaría su objetivo.

—¿Te has colado tú solo o alguien te envía?

Al principio, la pregunta no tuvo sentido para Clover, hasta que se dio cuenta de que a un hombre como el capitán Nuke no debían de faltarle enemigos. El miedo le había atenazado la garganta, pero apretó los puños y se clavó las uñas en las tiernas palmas de las manos para obligarse a contestar.

—Vengo solo. Me he quedado sin familia, sin nadie. —La voz le salió algo rota, pero la sinceridad le había parecido la mejor opción en aquel momento. Al menos, hasta donde estuviera dispuesta a llegar—. Si no conseguía un empleo, iba a morirme de hambre... o algo peor.

—¿Un empleo pirata? —graznó el hombre, medio riéndose.

Clover apretó más los puños en un esfuerzo titánico por recordar todo lo que sabía sobre Nuke y una idea se fue abriendo paso entre el resto de pensamientos inútiles y angustiosos que la gobernaban. Dejó las manos laxas

y alzó la barbilla.

—Pbay se está expandiendo, estoy seguro de que el capitán Nuke necesita más trabajadores que lo ayuden con los pedidos o el mantenimiento de las redes sociales. Soy muy bueno en *marketing* y publicidad. Podría ser algo así como... como un *community manager*.

Las rodillas le temblaban por el farol que había echado y que podría sacarla del apuro en el que se encontraba. Su padre había tenido razón al aconsejarle que conociera mejor a sus enemigos que a sus amigos. Aunque ella nunca hubiera tenido amigos... Ni estudiado *marketing* o publicidad.

—¿Cuántos años tienes?

—Die... dieciocho. —Vaciló al decir la verdad. Su constitución y su altura no se correspondían a las de un chico de esa edad, pero su mentira sobre ser *community manager* se vendría abajo si lo tomaban por un chiquillo de doce.

El hombre que la encañonaba soltó un suspiro y bajó la pistola, para eterno alivio de Clover.

—Ven conmigo. Será el capitán quien decida si vives o mueres.

El alivio duró poco.

Ascendieron poco a poco hasta salir a cubierta y enseguida comenzaron a oírse las carcajadas y los comentarios de mofa de la tripulación.

—¡Vaya! ¡Qué rata más grande has encontrado en la bodega, Owens!

—¿Era parte de algún pedido?

Furiosa y vejada, Clover no levantó la vista del suelo mientras arrastraba los pies por la madera. Por eso no vio a la persona que se acercó a ella como un vendaval enloquecido cuando detectó su presencia.

—¡Gusano repugnante!

«Esa voz...». El barbudo que había estado a punto de ahogarla en Tortuga se abalanzaba con los puños cerrados, y lo menos que haría esa vez sería dejarla inconsciente. Clover subió los brazos en un desmañado esfuerzo por defenderse, pero el golpe no llegó.

—¡¡Hamish!!

La nueva voz restalló como un látigo desde algún punto en el castillo de proa e hizo que hasta el más mínimo movimiento en el barco se detuviera. Era oscura, peligrosa y no admitía réplica.

Clover intentó volverse en dirección a ese fascinante sonido, pero el tal Owens la tenía sujeta de los hombros, como si hubiera intentado apartarla de la trayectoria de Hamish.

—¿Acaso conoces a nuestro polizón? —continuó el desconocido en un tono más bajo, pero igual de intenso.

El aludido clavó los ojos en Clover, con las fosas nasales dilatadas y los pulmones agitados como un fuelle. Estaba claro que se estaba controlando con todas sus fuerzas para no matarla allí mismo. Sus iris, de un verde deslucido y opaco, hablaban de desmembramientos y demás desagradables formas de padecimiento, que le revolvieron el estómago a la joven, pero ella captó el mensaje. La instaba de la forma más convincente a que mantuviera el pico cerrado para que no se descubriera que él había sido el culpable que había permitido que se colase en La descarga.

—No, capitán.

Así que esa voz ronca y dominante pertenecía a Nuke. Clover debería habérselo imaginado ya y, también, que tendría a un monstruo semejante entre su tripulación, a pesar de que ella había rezado para que solo se tratase de un porteador que había estado ayudando con la mercancía y que se hubiera quedado en tierra firme.

—Es solo que no me gusta la gente de su ralea, capitán.

Clover acusó el insulto y sintió arder las mejillas, aunque se mantuvo muy tiesa.

—Es gracioso que digas eso, Hamish, cuando tú eres el mayor miserable de todos.

Una vena en el cuello del matón pareció a punto de hacer explosión. Clover volvió a temer por su vida, pero Hamish escupió en el suelo de cubierta, muy cerca de sus pies, se dio medio vuelta y se alejó propinando codazos y

empujones a los marineros que se habían reunido a su alrededor para disfrutar del espectáculo.

A partir de ese momento, Clover tendría que poner todo su empeño para no encontrarse jamás, bajo ningún concepto, a solas con él.

—Owens, haz venir a nuestro invitado.

—En esas estaba, demonios —fue la cortante réplica.

Clover no pudo evitar quedarse estupefacta ante ese intercambio de palabras. Pero Owens la condujo con toda tranquilidad hasta el castillo de proa, sin parecer preocupado en absoluto por que su forma de dirigirse al capitán tuviera consecuencias.

Estaba tan ensimismada en esos pensamientos que no fue consciente de que se hallaba en una pequeña estancia con un portátil y vasos de ron medio vacíos colocados sobre una mesa robusta hasta que Owens no cerró la puerta a sus espaldas.

Y el tercer ocupante de la estancia la miraba sin parpadear desde una altura considerable.

—Así que te encontraste con una sorpresa al hacer el inventario.

—Y que lo diga, capitán.

Pero Clover no estaba frente a un capitán de un barco pirata.

Estaba frente a un verdadero ángel caído.

Capítulo 6

—¿Nuestro polizón es mudo, Owens?

—No que yo sepa, capitán. ¿Puede que sea transitorio?

Clover se perdió el resplandor burlón en los ojos de Owens porque no podía despegar los suyos del capitán Nuke. Era como si le hubieran sujetado el cuello con cemento para que no se perdiera ni un detalle de su apariencia. Era alto, demasiado alto para la tranquilidad de la joven. No le gustaba sentirse vulnerable, pero parecía algo inevitable ante un hombre que la aventajaba unos treinta centímetros, ya que debía rozar el metro noventa de estatura.

Llevaba botas negras, pantalones negros... pero la camisa era de un blanco cegador, como si él mismo fomentase esa dualidad que todos decían que escondía. El bien y el mal, la belleza y la fealdad en un solo cuerpo. Sin embargo, todo lo que veía Clover era bello, masculino. Desde sus hombros anchos, sus brazos musculosos y el torso casi el doble de amplio que la mayoría de hombres que conocía. Al contrario que los habituales de la taberna, su vientre era plano y las caderas estrechas. Sus piernas, de muslos fuertes y largos, estaban algo separadas, listas para mantener el equilibrio ante los embates del mar.

Aunque lo que atraía los ojos pardos de Clover una y otra vez eran su rostro y sus cabellos. Tenía el pelo largo y de un rubio tan claro que casi daba la sensación de carecer de color. Era como el de los ángeles que aparecían pintados en los frescos de las iglesias, rodeados por un halo, y Clover

entendió perfectamente que se lo comparase con uno de ellos. Pronto también descubrió su parte de demonio. No había nada angelical en sus rasgos. Al contrario, era duros, abrumadores y magnéticos. Y sus ojos azules, del tono cristalino del que se teñía el agua cuando el mar rozaba la costa, no dejaban translucir ninguna emoción.

Sus cejas, algo más oscuras que sus cabellos, se elevaron un poco a causa del escrutinio de Clover.

—¿Cómo te llamas, chico?

La voz suave y oscura de Nuke le jugó una mala pasada y dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Scruby.

—¿Scruby? —repitió el capitán, aferrándose a cada sílaba con la lengua—. Eso suena como el nombre de algún chucho callejero.

A Clover también se lo había parecido cuando escuchó cómo su compinche se había dirigido al hombre del parche en el puerto de Tortuga hacía unas horas. De todas formas, se ofuscó.

—¿Y qué me dice de «Capitán Niiuuuc»? —replicó alargando mucho las vocales.

Con una velocidad inexplicable para el ojo humano, Nuke la agarró por las solapas de la camisa y la acercó mucho a su cara. Tanto que pudo ver su propio rostro acobardado reflejado en las pupilas del capitán.

—Es el nombre de alguien que te molerá los huesos si no le muestras el debido respeto, chico.

—Me ha dicho que quiere ser *community manager* de Pbay, capitán. Je... ¿Puede creerlo?

La voz cascada de Owens rompió el tenso momento y le dio a Clover una descarga de realidad. No quería dejarse atemorizar por un hombre al que despreciaba tanto. Cuando la soltó, cuadró los hombros y la ira le dio coraje suficiente para observarlo con la misma frialdad.

—Eres valiente, pequeño Scruby, eso no voy a negarlo. —Clover se

retorcíó sin querer al escuchar cómo se dirigía a ella y le pareció ver un destello diabólico en sus ojos azules—. ¿Quieres intentar de nuevo decirme un nombre?

—Will —pronunció Clover esta vez sin vacilar. Conseguiría ser tan fuerte como su padre.

—Bien, Will. También eres muy ingenuo. —Nuke retrocedió unos pasos y se apoyó en la mesa de madera para después cruzarse de brazos—. ¿De verdad crees que voy a dejar meter las narices en mis negocios a un pillo que se ha colado en mi barco?

—Póngame a prueba, capitán. Le demostraré que puedo hacer bien mi trabajo.

—A lo mejor sí que es buena idea que esté cerca de ti, capitán.

—¿Por qué dices algo tan absurdo, Owens? —bufó Nuke—. Lo que debería hacer es atarlo con unas cadenas en el rincón más profundo del barco hasta llegar a Nasáu, ya que no tengo tiempo para dar media vuelta y devolverlo a Tortuga. Ni siquiera sirve como cebo para peces.

Clover notó el dolor familiar en el pecho, y en esa ocasión fue ella quien se acercó a ese demonio hasta que sus narices quedaron pegadas.

—¿Dice lo de encadenarme por mi color, capitán? ¿Lo dice porque mi piel no es blanca como la suya?

Capítulo 7

—¿Qué insinúas, chico?

Nuke se obligó a permanecer quieto y sereno, admirando a regañadientes ante ese granuja que tenía las agallas de hacerle frente cuando piratas que podrían derribarlo de un soplo ya se habrían deshecho en disculpas y falsos halagos.

—No insinúo nada, capitán —continuó el joven, sin dejar de sostenerle la mirada—, me limito a decir en voz alta lo que transmiten sus palabras. Que no le agradan los negros.

Por alguna razón, Nuke prestó más atención a los ojos oscuros de Will, medio en sombras a causa del gorro andrajoso que llevaba, y encontró una tristeza latente bajo toda esa indignación y ese odio que parecía sentir hacia él, que consiguió afectarlo.

—Puede que mi forma de expresarme no haya sido la más acertada —comenzó. Sonaba a disculpa, pero el capitán Nuke jamás se disculpaba, ni se sentía culpable... ¿verdad?—. No tienes que tomártelo como algo personal, muchacho.

—Me lo tomaré como lo que es, un insulto. ¿O me arriesgo a que me ate un peso y me arroje por la borda?

El respingo de Owens resonó en la estancia. Hasta el propio Will debió de suponer que se había pasado de la raya, porque abrió mucho los ojos, con espanto. Nuke apretó tanto la mandíbula que le crujieron las muelas, pero

para sorpresa de todos, incluso de él mismo, siguió sin moverse ni un milímetro.

—Imagino que sería mejor hacerlo. Uno tiene que mantener su reputación, ¿verdad? —dijo casi en un susurro ronco que hizo estremecer a Will.

Por fin se puso en pie con lentitud y encontró una macabra satisfacción en ver cómo el chico retrocedía un par de pasos. Nuke lo ignoró y abrió la puerta de un tirón.

—¡Mac! —bramó—. ¡Deja el timón, tengo una tarea para ti!

Cuando se giró de nuevo hacia el cuarto, fue testigo de cómo Will tragaba saliva con dificultad y su respiración se había vuelto superficial.

—Capitán Nuke, yo... —comenzó el granuja con la voz varios tonos más aguda.

Lo que fuera a decir se vio interrumpido por la llegada de Mac, quien tuvo que agachar un poco la cabeza para entrar al castillo de proa. Su torso descubierto, del más puro color ébano, estaba bañado en sudor por el esfuerzo de dirigir la nave a pleno sol.

—Will, no he tenido la ocasión de presentarte al señor Macodou. —Nuke señaló a Mac con un elegante gesto de la mano—. El piloto de La descarga.

«Y el segundo hombre a quien confiaría mi vida».

—¿A qué estás jugando con el pequeño polizón? —Mac rio.

—A nada. Solo quiero que lles a mi inesperado invitado a la segunda cubierta para que se acomode —explicó—. Si tiene suerte, encontrará una hamaca para dormir esta noche con la tripulación, si no, lo hará en el suelo. Yo pensaré qué hacer con él mientras tanto.

—A la orden, capitán. —El piloto hizo una señal con la mano a Will para que se acercara—. Vamos, muchacho.

Antes de abandonar la estancia, la oscura mirada del chico se encontró una última vez con la de Nuke, pero el capitán solo pudo leer una enorme confusión en sus ojos.

Él también estaba confundido, en realidad. Se acercó a la mesa y apoyó las

palmas sobre la madera. No entendía qué demonio lo había poseído para llamar a Mac, como si tuviera que defenderse y justificar sus acciones ante un imberbe que se había colado en su barco. Como si necesitara hacerlo.

—¿Está seguro de que es buena idea, capitán?

Nuke se había olvidado de Owens, a su espalda.

—¿El qué? —repuso con voz cansada.

—Que deje a Will con los hombres en cubierta.

Nuke se giró un poco hacia él.

—¿Y por qué demonios iba a ser una mala idea? —preguntó hastiado ya de toda esa situación.

—Porque Will es una mujer, capitán.

Capítulo 8

—¿Es que el ron te ha hecho perder la cabeza, Owens?

Nuke se pasó las manos por el pelo, resistiéndose a aceptar lo que acababa de revelarles su contramaestre.

—El ron me agudiza la vista, capitán. Igual, si se hubiera terminado su copa, también se habría dado cuenta enseguida —respondió Owens, muy ufano—. ¿O es que ha perdido su toque con las damiselas?

—Por todos los infiernos —murmuró Nuke entre dientes—. ¿Por qué demonios no me lo has dicho antes? Esto es una venganza por llamarte viejo el otro día, ¿verdad?

Owens se encogió de hombros, pero destilaba victoria por todos los poros.

Nuke maldijo una vez más y llegó a la puerta en dos zancadas.

—¡¡Maaaaaac!!

Si el bramido anterior había sido imponente, aquel sonaba como una tempestad. Barrió la cubierta con la vista hasta que encontró dos figuras separadas por una ridícula diferencia de altura, que estaban a punto de bajar la escotilla. Se habían vuelto hacia él, y Nuke dio una orden seca con el brazo para que volvieran.

Esa vez observó a Will con ojos de halcón y fue consciente de su andar delicado, de sus zancadas pequeñas y de su figura menuda y esbelta. ¿Cómo lo había dejado pasar?

Cada vez más malhumorado, esperó a que los cuatro volvieran a estar

dentro del cuarto para anunciar:

—Quiero estar un momento a solas con Will.

El «¡¿Qué?!» estrangulado de la aludida quedó amortiguado por el asentimiento de sus hombres.

Owens salió canturreando una cancioncilla subida de tono con la botella de ron bajo el brazo, y Mac se acercó a Nuke con discreción para susurrar guiñándole un ojo:

—No creo que se llame Will.

—¿Tú también?

Las carcajadas del piloto incluso atravesaron la madera de la puerta cerrada una vez hubo salido.

—¿Qué se le ofrece, capitán? —inquirió su joven polizón. La tensión casi podía palpase entre esas cuatro paredes.

—Eso depende de ti... —respondió con un estudiado tono ronco mientras se acercaba.

—¿C-Cómo dice? —tartamudeó ella.

Era muy inmaduro tomarse la revancha por haber sido burlado por una mocosa. Pero Nuke iba a disfrutar de cada momento.

—He sido terriblemente descuidado contigo, Will —continuó cuando se detuvo a una distancia que le pareció adecuada. Una muy corta—. Dudo que Owens lo haya hecho, y yo tampoco te he revisado en busca de armas o cualquier otro objeto potencialmente peligroso para mi barco y mi tripulación.

La boca de esa pequeña impostora, una que irradiaba sensualidad, ahora que la contemplaba desde otra perspectiva, se abrió y se cerró sin emitir sonido alguno.

—No —consiguió pronunciar al final.

—¿No? —repitió Nuke, sin poder apartar los ojos de sus labios llenos—. ¿No, no llevo armas o no, no me revises?

—Llevo un cuchillo.

Su confesión no lo sorprendió, moverse ella sola por Dios sabía qué sitios yendo desarmada hubiera sido una auténtica insensatez. Lo que consiguió que el pirata sintiera un desconocido arrebató de ternura que disipó en parte su mal humor fue lo que sucedió a continuación.

Ella se subió un poco la camisa harapienta que la envolvía y sacó de la cinturilla del pantalón un diminuto cuchillo mellado y sin punta, inservible hasta para pelar una manzana.

—Tiene un aspecto aterrador —se burló con suavidad.

—Puedo cambiárselo por una de sus pistolas, capitán —se ofreció con aparente despreocupación, a la vez que daba un paso atrás.

Nuke frunció el ceño en lugar de esbozar la enorme sonrisa que habían provocado sus palabras. Le gustaba que no se arrugase frente a él. Le gustaba mucho, en realidad.

No era algo inusual que jóvenes sedientos de aventuras se colasen en un barco pirata. En los ocho años que llevaba recorriendo el Caribe, había escuchado muchas historias de polizones que habían tenido diversos finales, desde ascender a cargos importantes en los barcos que abordaban, hasta ser condenados a muerte nada más ser descubiertos. A él personalmente no le había molestado demasiado encontrarse con uno en La descarga, y le habría permitido vagabundear por el bergantín hasta llegar a Nasáu. Pero que fuera una mujer había complicado mucho las cosas.

—¿Darte una pistola para que me abras un agujero en la frente y te quedes con mi nave? Te va a resultar un poco más difícil, muchacho.

Su polizón se puso muy tenso y una expresión de culpabilidad atravesó su rostro. En esa ocasión, Nuke no fingía cuando frunció el ceño.

—¿Por qué me odias tanto, Will? ¿Puede que nuestros caminos se hayan cruzado antes? —tanteó mientras la observaba con mucha atención.

—No nos habíamos visto nunca antes, capitán. Pero su fama lo precede.

—¿Así que no niegas odiarme? —la presionó.

—Yo...

Era como si quisiera desaparecer bajo su espantoso gorro y Nuke se compadeció un poco.

—Se dicen muchas cosas sobre mí, Will. Se dice, por ejemplo, que siempre llevo un collar con los pulgares de las personas a las que les he robado sus móviles para poder desbloquearlos. Y, como ves —explicó mientras se abría más el cuello de la camisa y dejaba la base de la garganta y las clavículas a la vista—, no poseo nada ni remotamente parecido. A lo mejor, no deberías juzgar de antemano.

Los ojos pardos de su polizón, unos que resultaban extrañamente inocentes, se quedaron fijos en la piel de Nuke, pero no respondió a su comentario.

—Bien —carraspeó el pirata—. Prosigamos. Y ya que he mencionado los teléfonos móviles, ¿dispones de uno?

—No, capitán —respondió, apresurada.

—Will...

Se le daba bastante bien imprimir un tono amenazador a un único nombre.

—Sí, capitán —rectificó ella, con los dientes apretados—. Pero es muy viejo.

Esa vez le tocó el turno al bolsillo del mugriento pantalón. Extrajo de él un ladrillo de generosas proporciones, sin carcasa ni cristal protector.

—Dame tu número.

La chica torció un poco el cuello, a la defensiva.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo lo ordeno y tú no estás en posición de impedírmelo.

—Tenía toda la razón, capitán, cuando se lo trata, resulta muy sencillo no odiarlo —resopló la joven, mordaz, antes de decir los números de su teléfono móvil a una velocidad de vértigo con el claro objetivo de obstaculizar que lo copiara.

Pero Nuke, sin poder contener ya una carcajada, extrajo su moderno *smartphone* del bolsillo con igual rapidez y la guardó en la agenda con un signo de interrogación a modo de nombre. Cada vez estaba más y más

fascinado por el enigma que se encontraba frente a él. Por suerte, quedaban muchas jornadas de viaje por delante sin nada que le impidiera tenerla solo para él y desvelar lo que escondía.

Capítulo 9

—Te van a llegar dos códigos al Whatsapp, Will.

—¿Dos códigos? —le llegó la repetición de su frase hecha pregunta, junto con el graznido de unas gaviotas que habían pasado volando cerca de la ventana.

—Así es. Uno es un código de descuento para cuando compres en Pbay, para que veas que soy generoso. El otro es el código pirata de mi barco.

Nuke no la miró cuando hizo el anuncio porque estaba rebuscando entre las imágenes de su móvil las dos que quería enviar. Siempre pensaba que debía ponerlas en favoritos y nunca lo hacía, por lo que perdía muchísimo tiempo deslizando el dedo de un lado a otro de su galería de fotos y eso lo sacaba de quicio.

—¿Dónde demonios están? —gruñó, mientras ponía cuidado de no enviar por equivocación una imagen en la que aparecía bebiendo de dos botellas de ron a la vez con los pantalones del revés. Aquella sí que había sido una memorable noche de celebración tras obtener un jugoso botín. Siguió pasando hasta dar, al fin, con lo que buscaba—. Ya os tengo.



Código: ARMARINERO10

Cupón con 20% de descuento en toda la web

Código pirata de la descarga



I. Todo hombre tiene voto; tiene derecho a provisiones frescas o licores fuertes, y si le corresponden, puede usarlos a voluntad, salvo en periodos de escasez o por el bien de todos.

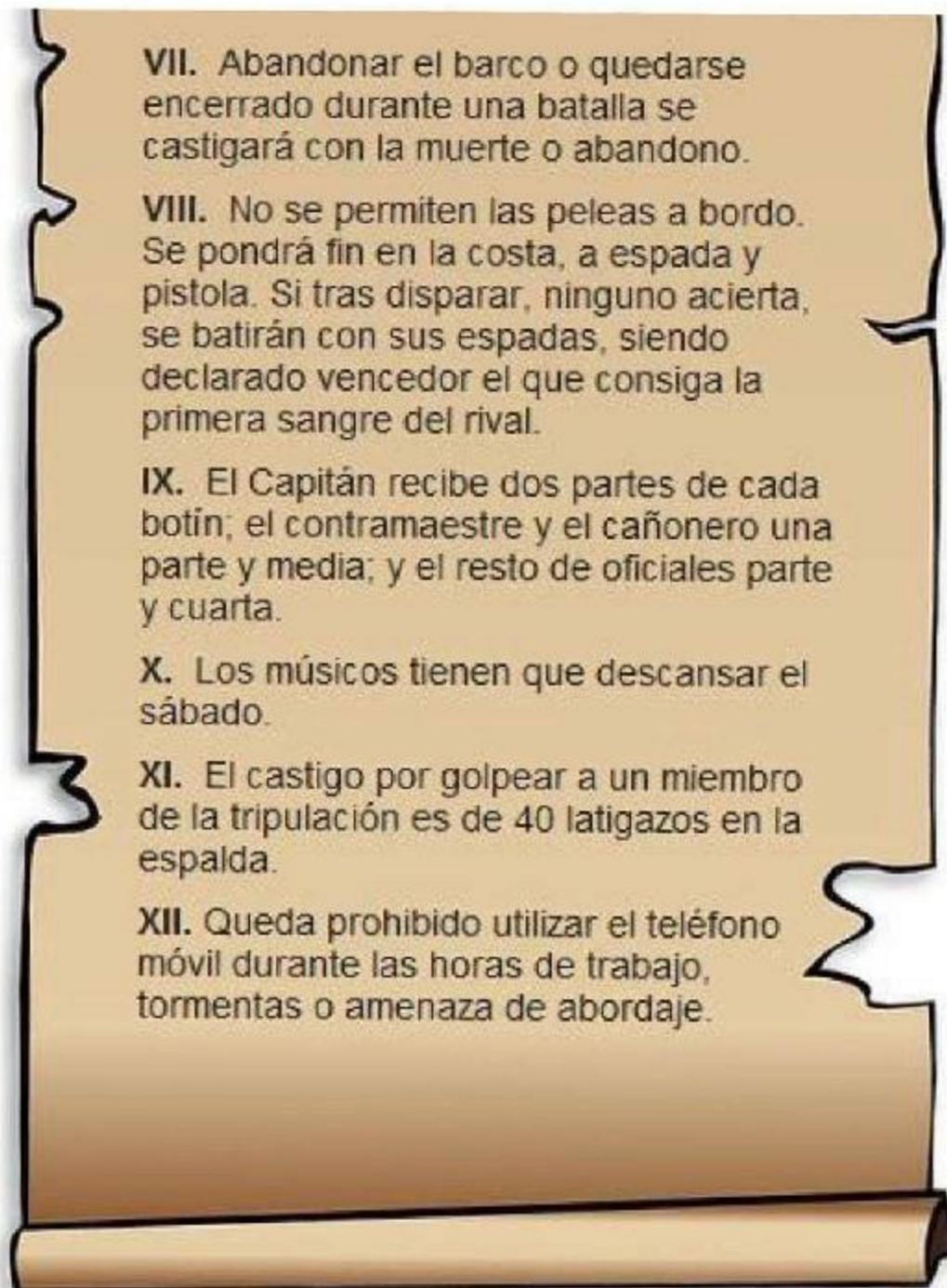
II. El botín se repartirá uno a uno, por lista; pero si alguien defrauda o engaña, el abandono en una isla desierta será su castigo.

III. No se puede jugar a las cartas o a los dados por dinero.

IV. Las luces y velas se apagan a las ocho en punto de la noche: si algún miembro de la tripulación quisiera seguir bebiendo, tendrá que hacerlo en cubierta.

V. Mantener la pistola y sable limpios y aptos para el combate.

VI. No se permiten niños ni mujeres en el barco. Si cualquier hombre fuera encontrado seduciendo a cualquiera del sexo opuesto, y la llevase al mar disfrazada, sufrirá la muerte.



Le dio al botón de enviar y contempló a su polizón mover los ojos con rapidez sobre su propio móvil una vez que hubo recibido el mensaje.

—Estas son las reglas para permanecer en mi barco —aclaró Nuke—. La

que más les cuesta a mis hombres es la de no usar el móvil mientras trabajan, pero esos condenados cacharros los distraen con demasiada facilidad. ¿Tú estás de acuerdo con ellas?

Ella lo miró con ironía antes de responder:

—Cómo no, capitán.

—¿Con todas ellas? —se aseguró con intención.

La joven solo asintió una vez con la cabeza.

—Excelente. Entonces debes hacer una cruz aquí. —Nuke le tendió su teléfono para que firmase sobre la pantalla—. Puedes hacerlo con la yema del dedo.

Su mano derecha, delicada y de un precioso tono tostado, ascendió para hacer los movimientos con total desgana.

—Y, para terminar, un poco de ron. —Nuke sonrió, satisfecho, antes de dirigirse al armario donde Owens guardaba todo su arsenal.

—Capitán, yo no...

—Así es como debe hacerse, Will, son las normas —la interrumpió. Colocó un vaso limpio en la mesa y lo llenó hasta el borde con la oscura bebida—. Un vaso de ron. No te lo rellenaré, aunque me lo pidas.

Ella lo miró como si quisiera triturarlo en mil pedazos y Nuke contuvo otra carcajada a duras penas. Aunque fue imposible resistirse cuando la muchacha dio un pequeño sorbo de ron y comenzó a toser armando un gran escándalo.

Le dio unas palmaditas amistosas en la espalda mientras ella se secaba las lágrimas.

—Y, ahora, Will... —Pronunció las palabras muy despacio a la par que subía la mano desde la espalda hasta el horrendo gorro y se lo arrancaba de un tirón—. Después de violar mi código y subir a una mujer a bordo, me vas a decir quién eres de verdad.

Capítulo 10

Clover todavía tenía la garganta en llamas y las venas que le hervían de furia por la impotencia de no poder arrearle un buen puñetazo al maldito capitán Nuke, cuando la mata de su propio pelo le cayó como una cortina sobre los ojos y la cegó por un momento. Alzó las manos y apartó los marcados rizos castaño oscuro, que le llegaban casi hasta la cintura, de un manotazo. El corazón, como llevaba ocurriendo con frecuencia desde que abandonase la taberna en Tortuga, parecía querer dar un salto mortal hasta su garganta y salir huyendo hacia el mar.

El capitán pirata conocía la verdad. Sabía que era una mujer y no había hecho más que burlarse de ella. Y Clover, una vez más, no había pensado qué plan de acción tomar si ocurría esa situación. De lo que estaba segura era de que no podía demostrar debilidad, o todo estaría perdido.

Alzó la vista y se encontró con los ojos mar de Nuke, que la contemplaban de una manera extraña, como si la vieran por primera vez. Clover contuvo algo parecido a un estremecimiento y se mojó los labios antes de hablar.

—¿Qué quién soy de verdad, capitán? Soy la hija de una prostituta francesa y de un antiguo esclavo de Senegal, que ha vivido toda su vida en un agujero al que llamaban taberna en Tortuga. Mi madre se embarcó hacia las Indias Orientales con la esperanza de mejorar su vida y murió con apenas veinte años, a mi padre le arrebataron absolutamente todo menos su férrea voluntad y yo, capitán, no he pasado ni un solo día desde que nací sin mirar a mis

espaldas esperando que me ocurriera cualquier atrocidad, cometida por la gente que me rodeaba en aquel infierno.

Clover no creía haber hablado nunca con tanta crudeza sobre ella o sobre sus padres. Ni creía que fuera capaz de hacerlo de nuevo. La tensión, el miedo o el cansancio podía ser que fueran los culpables de que hubiera elegido por público a un hombre que despreciaba. Aunque, si era sincera consigo misma, el capitán Nuke no se parecía en nada a la imagen cruenta y detestable que se había formado de él. ¿Podía alguien que había cometido el acto atroz que se le atribuía de ahogar esclavos con total frialdad tener en un puesto tan vital como el de piloto al señor Macodou?

Se limpió una única lágrima que había resbalado por su mejilla izquierda con fastidio e hizo una mueca de dolor al rozar los moratones que habían dejado los golpes de Hamish.

Nuke alzó la mano y pasó las yemas de los dedos con increíble suavidad sobre su piel herida y el contacto inesperado le puso la piel de gallina a causa de una rara emoción. Era una sensación casi desconocida para ella, que había crecido sin el consuelo del contacto físico.

—¿Cómo te has hecho esto? —preguntó el capitán en voz baja.

—Me... tropecé con las cajas de la bodega —mintió en el mismo tono de voz, e intentó alejarse. Nuke no la dejó, la sujetó con cuidado por el hombro, le retiró el pelo del rostro y dejó la palma ahuecada sobre su mandíbula. El pulgar trazaba líneas muy delicadas sobre los moratones y Clover no se sentía capaz de apartar los ojos de los de él.

—No te he preguntado quiénes eran tus padres ni cuál es tu pasado. —La vuelta al tema anterior la tomó desprevenida, pero las siguientes palabras que pronunció Nuke la desconcertaron aún más—. Yo soy hijo de mineros galeses más pobres que las ratas, que trataban de comerse los mendrugos de pan que mis ocho hermanos y yo nos llevábamos a la boca cuando podíamos. Pero luché por una oportunidad. —Le sujetó el rostro con algo más de firmeza—. Lo que te estoy preguntando es ¿quién eres ahora, en este preciso

momento? ¿Por qué has corrido el riesgo de colarte en el barco de alguien por quien parece no sentir un gran aprecio y para qué? ¿Qué oportunidad estás buscando?

Clover se quedó paralizada un instante antes de que todo diera vueltas a su alrededor. El capitán Nuke era un hombre definitivamente extraño. No podía creer que fuera precisamente un pirata de su reputación quien hurgase de esa manera en su interior, que fuera el único que hubiera comprendido que para Clover existían más oportunidades en la vida, más caminos que la sencilla solución de prostituirse en un oscuro rincón de un bastión de bucaneros y asesinos, ni dejarse la piel como tabernera de un antro salido de las más oscuras pesadillas, tal y como había parecido predestinarle su nacimiento.

Con el dinero de su padre, podría dar a su existencia la forma que ella deseara. Podría ser feliz. Quizás si le decía a Nuke que su padre era Will el Troyano y que conocía el paradero de su inmenso botín, él sí que la ayudaría a llegar hasta él. Abrió los labios...

De pronto, una garra helada le atenazó el corazón por la estupidez que había estado a punto de cometer. Si le daba las coordenadas a ese pirata, lo más seguro era que se deshiciera de ella en el acto y pusiera rumbo al tesoro que ella le había puesto en bandeja. Apretó los puños con rabia y odió al capitán Nuke una vez más por intentar engatusarla para que confiara en él y volverla vulnerable.

Se apartó de un empujón y volvió a tomar conciencia de la realidad al apartarse de su roce. Del rumor de las olas a barlovento, de los marineros, que realizaban sus labores ajenos al mundo que se hallaba fuera de ese sólido espacio de velas, madera y libertad... y de que iban exactamente en la dirección opuesta a donde ella necesitaba llegar, puesto que había escuchado decir que se dirigían a Nasáu.

—Busco la oportunidad de sobrevivir, capitán Nuke. Su barco fue el primero en atracar en Tortuga y no desperdicié la ocasión de salir de la isla. Lamento decepcionarlo si esperaba algo más de mí.

—Ya veo —asintió él, como si zanjase el tema, aunque era evidente que no lo dejaría estar. Maldito fuera.

—¿Puedo preguntarle una cosa, capitán? —improvisó Clover con rapidez.

—Adelante —aceptó con la cabeza.

—Puesto que he firmado el código pirata y todavía no me ha rebanado el pescuezo, aunque sea una mujer, ¿eso significa que ya soy parte de la tripulación de La descarga?

Nuke cruzó los brazos y abrió más las piernas para afianzarse sobre el bamboleante suelo.

—Es una suposición bastante atrevida —sentenció—. ¿Qué ocurriría si mi plan fuera tomarte para mí?

Clover perdió el aliento por un momento y el siguiente zarandeo de las olas la hizo darse de bruces contra la pared derecha del reducido cuarto. Nuke hizo el gesto de acudir a sostenerla, pero ella se pegó aún más contra la madera.

—Veo lo mucho que te entusiasma la propuesta —comentó el pirata con una enorme sonrisa angelical.

Era despreciable por burlarse así de ella. Durante un delirante segundo, fantaseó con la idea de seducirlo con la falsa promesa de entregarle su cuerpo, hasta volverlo tan loco que hiciera cualquier cosa que ella le pidiera (como virar el rumbo sin explicaciones), y abandonarlo después en una isla desierta. Había visto a innumerables fulanas hacer uso de sus encantos. Pero ella no tenía encantos. Ni era atractiva para un hombre como el capitán Nuke. Solo era un condenado demonio que la atormentaba.

Desbordada por la avalancha de acontecimientos y sentimientos que habían tenido lugar en los últimos días, cerró los ojos y, pasándose las manos por la cara, hizo a un lado los rizos rebeldes.

Creyó escuchar un suspiro preceder a las siguientes palabras del capitán:

—Como miembro de la tripulación de La descarga, dispondrás de algunos de los derechos y obligaciones del código pirata hasta alcanzar Nueva

Providencia. No obstante, seguirás manteniendo oculta tu condición y siempre tendrás que estar acompañada por Owens o por mí. Lo último que quiero en mi barco es que haya peleas por una mujer.

—Eso no sucederá —prometió Clover con rapidez, aliviada.

Sabía por su propio padre que, cuando una persona estaba bajo el amparo del código pirata, se la respetaba en cualquier circunstancia. Will el Troyano había cuidado a duras penas de Adèle, la madre de Clover, y de la hija de ambos, con visitas esporádicas a Tortuga solo para asegurarse de que estaban vivas. Cuando Adèle falleció, ni se le pasó por la cabeza subir a Clover a bordo del Libertad, ya que iba contra todos sus principios y reglamentos, por lo que los marineros de su barco siempre estuvieron mucho más protegidos que ella. La vida, en un inesperado e irónico giro, había cambiado eso.

No pudo resistirse a añadir algo más:

—¿También podría acompañarme el señor Macodou?

—¿Mac? —repitió Nuke con los ojos entrecerrados, molesto—. Su puesto al timón no le permite perder el tiempo con sandeces.

—No sería una molestia, capitán —insistió tozuda. Parecía no haber tenido suficiente con haber salvado el pellejo y la virtud ante un temido capitán pirata, pero estaba tan desesperada por poner fin a aquello que apenas era consciente de lo mucho que se estaba extralimitando y de las reacciones conciliadores que había tenido Nuke. Solo sabía que Macodou era quien, a fin de cuentas, dirigía el bergantín, y que podrían tener muchas cosas en común. Las suficientes como para sentirse casi a salvo. Casi.

Nuke no respondió durante un buen rato y el silencio se prolongó en la estancia mientras el sol trazaba su curva hacia poniente.

—Puedes irte, por el momento —dijo al fin—, avisaré a Owens para que venga a por ti. Recuerda, cuando no estemos los dos solos, seguirás siendo Will, ¿entendido?

Clover movió la cabeza una única vez y aguardó la llegada del conremaestre barruntando algo. Nuke no le había concedido permiso para

estar con Macodou, pero tampoco se lo había negado, ¿verdad?

Pronto, Owens acudió a la llamada de su capitán, y ella se giró una última vez hacia aquel ángel caído antes de cerrar la puerta, presa de un arrebató.

—Mi nombre es Clover.

Capítulo 11

Como hija de un pirata y habitante de una ciudad costera, Clover había visto barcos amarrados en el puerto desde que podía recordar, conocía todos y cada uno de los términos náuticos que existían y había escuchado hablar de aparejos y jarcias más que de cualquier otra cosa en el mundo. Más que de vestidos, pretendientes y esos temas de los que se suponía que charlaban las jóvenes de su edad. Por eso incluso llegaba a resultar absurdo que nunca hubiera estado a bordo de uno. Cuando la puerta del castillo de proa se cerró y salió a cubierta con la tranquilidad que le daba saber que, por el momento, no corría ningún peligro, empezó a captar con mayor nitidez todo lo que la rodeaba. Estaba visto que, por suerte, había heredado de su padre la facilidad para adaptarse a los movimientos bruscos en alta mar y no se encontraba mareada ni indispuesta, a pesar de que el océano se hallaba un poco revuelto, como si se hiciera eco del tumulto que habitaba en su interior.

La actividad en el barco era pausada pero imparable. Todo, desde los hombres hasta el velamen, funcionaba como un perfecto engranaje para que la descarga surcarse las azules aguas del Caribe con grácil precisión. Podía sentir la curiosidad que despertaba en la marinería, pero ninguno se acercó ni volvió a hacer comentarios jocosos. El encuentro entre el matón de Hamish y Nuke les debía de haber dejado claro que más valía ignorar al polizón.

En su camino con Owens hacia popa, Clover alzó la vista y paseó la mirada por el entramado de cuerdas que formaban los obenques que sostenían el

mástil, fascinada, y no pudo evitar preguntarse cómo sería trepar por ellos hasta la cofa para refugiarse en ese reducido lugar, situado un poco más cerca del cielo.

Iba tan distraída que no se percató de un cabo suelto en el suelo hasta que no dio un traspie y, al bajar la cabeza para recuperar el equilibrio, se encontró con la mirada asesina de Hamish a unos metros de distancia, cerca de la barandilla de estribor. Con un escalofrío, Clover apartó los ojos de él y se acercó deliberadamente a Owens. El contraataca caminaba con pasitos cortos y un poco inestables, sin dejar de murmurar entre dientes y ajeno a todo lo que no fuera una hoja de papel que llevaba en las manos.

—Señor Owens, ¿a dónde vamos?

El aludido se reajustó sobre el tabique nasal los quevedos, esas lentes de gruesos cristales y montura metálica sin patillas que se había puesto para leer.

—Vamos a bajar a la bodega, a apartar los artículos que se han reservado hoy para que no haya confusiones con el *stock*.

A Clover se le cayó el alma a los pies ante el pensamiento de volver a bajar a las tripas oscuras y poco ventiladas del bergantín, y le lanzó otra pregunta al contraataca:

—¿Puedo quedarme con Mac?

—¿Quieres aprender a usar el timón? —preguntó Owens a su vez, sin aguantar una risilla.

Clover no estaba segura de si Owens, bajo cuyo cuidado Nuke la había dejado, estaba al tanto del engaño que había cometido, pero ella prefirió seguir con la farsa.

—Ya que no he logrado hacerme con el puesto de *community manager*, he decido ampliar el abanico de empleos que podría realizar en un futuro. Soy listo y aprendo rápido. Además, el capitán Nuke no ha dicho que no podía estar con Mac.

—Me consta que eres listo, chico —repuso Owens, haciendo mucho hincapié en la palabra «chico».

«Lo sabe». Clover, en lugar de rendirse, decidió arriesgarse a pasar a la artillería pesada y le puso su mirada especial de ojitos de cordero degollado. Era un arma infalible. Era lo único que había funcionado cuando, con ocho años, le pidió a su padre, demasiado avaro para ser un pirata, que contratase por horas a una mujer que le enseñase a leer, a escribir y a usar Internet.

—Está bien, demonios —resopló el contraamaestre.

Clover fue detrás de él con un diminuto atisbo de sonrisa, y enseguida subieron unas escaleras para llegar a la altura del señor Macodou. Tenía ambos brazos en el timón, la mirada atenta al horizonte y los pies y el torso descubiertos y brillantes por la transpiración.

—Mac —lo llamó Owens—, nuestro polizón va a pasar un rato contigo.

—De acuerdo —accedió, sin apenas echarle un vistazo a Clover de reojo.

Owens se alejó sin añadir nada más, con su característico andar irregular, hasta desaparecer por una de las escotillas.

Ni un sonido salió de los labios del piloto de La descarga durante un rato bastante prolongado, así que Clover decidió iniciar la conversación y dirigirla hacia los derroteros que le interesaban.

—Parece que el barco no dispone de sistema de navegación, como un GPS o de Google Maps... ¿Cómo sabe el rumbo que debe fijar, señor Macodou?

—Mac.

—¿Disculpe?

—Llámame Mac —aclaró.

—Oh, así lo haré.

Clover emitió una ligera tosecilla nerviosa, a la espera de que le diera una respuesta a su pregunta anterior.

—Navegar no es seguir a ciegas las indicaciones de un cacharro —expuso Mac un tiempo después—. Navegar es dejarse llevar por el sol y las estrellas, interpretar la forma y dirección de las olas, las tonalidades del agua y sentir la temperatura y la humedad del viento... —Clover estaba absorbida por completo por las explicaciones del piloto, hasta que este se detuvo para

mirarla—. Además, sería una necesidad exponer el posicionamiento de un barco pirata. Por otro lado, no hay *wifi* en La descarga, y mantener Internet encendido con Google Maps las veinticuatro horas sería la ruina de Nuke. Lo desconecta a ciertas horas del día y durante la noche.

—¿No hay *wifi*? Vaya... —Se sorprendió—. ¿Y no hay ninguna compañía que le haga una tarifa especial?

—No —respondió rotundo.

—¿Y cómo usan el móvil los marineros de abordo? —siguió interrogándolo Clover, muerta de curiosidad.

—Cada uno se paga su línea, por supuesto. Eligen cuántos datos usar y cuándo gastarlos, el precio de las llamadas... ¿es que no sabes el alto coste de Internet en aguas internacionales?

Esa vez le tocó el turno de dar una negativa a Clover, que sacudió la cabeza, pasmada.

—Bueno, los ingleses, portugueses o españoles dirán que estas aguas son suyas, pero el Caribe pertenece a todo aquel que tenga la valentía, o la locura, de surcarlo. *Mare liberum* —apostilló guiñándole un ojo.

Clover no reaccionó porque estaba demasiado ocupada empezando a preocuparse una vez más. Ella ni siquiera tenía una tarifa mensual, sino que su móvil era de prepago con tarjeta. No había desactivado el consumo de datos cuando se subió al bergantín e incluso había usado el Whatsapp con Nuke. ¿Hasta cuándo le duraría el dinero de la última recarga? ¿Y si ya lo había gastado y se quedaba completamente aislada? Necesitaba Internet con desesperación para encontrar el tesoro de Will el Troyano.

Sin pensar en el código pirata, Clover extrajo su anticuado teléfono, desactivó los datos y pulsó «1#» para conocer su saldo.



¡Apenas le quedaban cincuenta maravedíes! Poco más de un real... Era una auténtica miseria, pero, si era rápida, podría hacer capturas de pantalla del itinerario que debía seguir hasta el botín.

—¡¡Will!!

El bramido casi consiguió que el móvil se le cayera de las manos. Lo guardó con premura y se volvió hacia el capitán Nuke, quien la observaba desde varios metros de distancia con la cabeza alzada, en cubierta.

—Sigue a Percy —ordenó antes de echar a andar con rapidez y desaparecer en la estructura de madera bajo la que se encontraba el timón.

El tal Percy, un tipo bajito y con barba de chivo, le hizo una seña para que se reuniera con él.

Clover miró con odio el lugar por donde había desaparecido el maldito capitán pirata.

—Polizón —la llamó Mac cuando empezaba a descender las escaleras. Él aguardó a que ella se acercara de nuevo y dijo en tono quedo—: no es muy difícil deducir que desprecias al capitán por las historias que circulan sobre lo que hizo en Barbados. No seas tú quien tiene prejuicios. Al fin y al cabo, él está cuidando de ti. Podrías estar metida en graves problemas.

Las palabras de Mac, que al parecer también conocía su secreto, todavía resonaban en sus oídos cuando se reunió con Percy y entraron en una estancia muy lujosa. Las paredes estaban forradas de madera tallada, la mesa y las sillas parecían ser pesadas y de la mejor calidad. El resto de los muebles, baúles y objetos anclados al suelo y a las paredes también tenían ese aspecto refinado que solo dan las cosas caras. Al igual que la cama. Junto a la que Nuke se estaba desnudando con los ojos fijos en Clover.

—Dormirás en mi camarote.

Capítulo 12

Clover tardó un segundo más de la cuenta en darse la vuelta y dejar de ver el torso descubierto de aquel canalla que gobernaba tanto La descarga como su destino, este último al menos en los próximos días. Tenía el rostro encendido, aunque no había sentido algo ni lo más remotamente parecido al ver a Mac de la misma guisa que a Nuke.

—Gracias por traer a mi nuevo asistente, Percy. —Sonrió el muy sinvergüenza con gesto angelical—. Ahora seré igual que esos nobles y hacendados podridos de doblones de oro a los que los visten, los afeitan, les dan de comer... e incluso les redactan los *wasaps*.

—Creo que se confunde, capitán —lo contradijo Clover, muy alterada—. Eso no fue lo que acordamos.

Antes se ataba a un cañón como munición que servir a ese hombre y compartir su cama.

—Es cierto —le dio la razón Nuke para asombro de la joven. Hasta que continuó—: Sé que te has escapado de casa y te has colado en mi barco con la intención de divertirme y hacer todo lo que no has podido hacer antes, chico. Fumar, beber, apostar con mis hombres y cantar canciones obscenas mientras os ayudáis a quitaros las astillas que se os han clavado por el cuerpo a lo largo del día en un espacio bastante reducido con poca ventilación. — Bajó un poco el tono de voz y colocó una mano con la palma estirada a un lado de la boca, como si fuera a revelar algo confidencial—. Al igual que

ocurre contigo, a mi tripulación tampoco le gusta demasiado bañarse.

Clover, furiosa, dejó escapar un jadeo ofendido. Percy, que estaba colocando unos libros que ya estaban en perfecto orden para remolonear por el camarote y no perder detalle de la conversación, soltó un bufido de risa.

—Pero he decidido hacer de ti un hombre de provecho, Will. —No apartó sus ojos azules de ella ni un instante—. A no ser... que prefieras seguir con tus planes de vivir una inicua vida pirata sin una mano firme que te guíe.

La tenía acorralada y lo sabía. Le estaba exigiendo plegarse a sus viles intenciones a la fuerza, ya que Clover no dudaba de que la enviaría con Percy y el resto de sus hombres sin mirar atrás si no hacía lo que él quería.

—No, capitán. Seré su asistente —mintió.

Enfrentarse a un solo pirata era mejor que enfrentarse a treinta. Clover se juró que, si Nuke intentaba someterla aquella noche de la manera que fuera, lo mataría con sus propias manos.

—Excelente decisión.

Para estupefacción de la joven, Nuke se desabrochó el cinturón y se acercó con parsimonia hasta donde ella se encontraba.

—Puedes dejarnos, Percy. Tengo que darle su primera lección a este jovencito. Así no olvidará que debe respetarme y no meterse en problemas.

Su gesto era muy duro y sus ojos fríos y acerados. Percy salió como una exhalación por la puerta y la cerró de un portazo mientras Clover se tensaba igual que una cuerda de la cabeza a los pies, sin apartar la vista del cinturón que llevaba en la mano derecha.

—No se atreva a ponerme un dedo encima —lo encaró, aunque por dentro sus huesos se habían vuelto líquidos.

Nuke siguió avanzando, inexorable y sin cambiar de expresión. Clover se replegó hacia la pared a la vez que buscaba con los ojos algo con lo que hacerle frente. Pero el capitán, con la velocidad que lo caracterizaba, la enjauló entre sus brazos y la madera a su espalda.

—¡No! —se asustó Clover.

—Más alto —susurró él, con la cabeza medio enterrada en su cuello. Eso solo consiguió paralizarla—. Grita más alto, ¿o me obligarás a tirarte sobre la cama para conseguirlo?

¿Pero qué le pasaba a ese sádico? Era un lunático peligroso. Clover gritó, vencida por la impotencia y el miedo, e intentó apartarlo.

Medio segundo después, Nuke la soltaba y abría la puerta a Owens, que había llamado solo una vez. El contramaestre entró cargado con varios bártulos mientras Clover temblaba sin estar segura de si debía dejarse caer al suelo o tirarse al mar ya oscurecido por la noche.

—Aquí están las cosas, tal como pidió, capitán —dijo Owens, más fresco que una lechuga, sin una sola mueca después del grito de Clover, que ella estaba segura de que se habría oído hasta en Panamá—. Además, el condenado chismoso de Percy ya está informando a todo el que se quiera acercar de lo que ha visto en el camarote.

—Excelente —dijo Nuke, poniéndose la camisa blanca sin abrochar como si nada.

Clover observaba el intercambio sin decir palabra.

—Y con ese alarido de ultratumba, están seguros de que va a ponerle el trasero tan rojo al polizón, capitán. —Owens rio, a la vez que depositaba los bultos en el suelo y empezaba a colocar una especie de armazón que había estado plegado en un lateral del cuarto—. Que no podrá sentarse en un mes.

Nuke se unió a las carcajadas y Clover los miró de hito en hito, con la boca abierta varios milímetros. ¿Acaso se había colado en un barco de desquiciados?

Se le cortó la respiración cuando Nuke volvió a prestarle toda su atención. La diferencia era que, en esa ocasión, el hielo en sus ojos se había derretido y solo había un brillo diabólico de auténtico regocijo.

—Y así, pequeño Will, nos aseguramos de que nadie sospeche ti —dijo—. Ya eres, oficialmente, un mocoso al que el capitán de La descarga va a martirizar.

¿Por eso había hecho todo aquello? ¿Es que quería matarla del susto? Si creía que iba a estarle agradecida, no podía estar más equivocado.

—Eres un ba...

—Ya están listos el biombo y la hamaca para su estimada invitada, capitán —masculló Owens, interrumpiéndola en esa plena y poco meditada arremetida.

—Entonces nos acostaremos temprano —respondió Nuke y se volvió hacia ella—. Debes de estar exhausta por pasar tanto tiempo junto a Mac en el timón. Sin mi permiso. —Fue notable el énfasis que puso en esas últimas palabras, a la par que el brillo diabólico aumentaba de intensidad al saborear la revancha.

Clover casi se atragantó de la furia que le provocó ese aborrecible ser. Era un auténtico demonio y, mientras lo asesinaba con la mirada, incluso habría jurado que podía ver el vaho de azufre que le salía por su perfecta y masculina nariz.

Capítulo 13

Lo que ocurrió aquella primera noche en el camarote del capitán Nuke siempre sería el secreto mejor guardado de Clover. Después de que Owens se hubo retirado, el capitán intentó conversar con ella e insistió en que cenase con él. Pero Clover, sin dirigirle ni una sola palabra o mirada, rodeó el biombo y se retrepó como pudo en la incómoda hamaca, dispuesta a pasar toda la noche en vela, a la espera de una nueva jugarreta de ese pirata.

Se durmió a los dos minutos. De una manera tan humillantemente profunda que no volvió a abrir los ojos hasta que no sintió los primeros rayos de sol intentar traspasar sus párpados.

Se desperezó, desubicada, y se apartó el pelo de la cara mientras intentaba recordar dónde se encontraba. Una sombra que tapó el sol que la deslumbraba consiguió que los acontecimientos de las últimas horas llegasen de golpe.

—Buenos días, pequeño polizón —la saludó Nuke, con la voz algo ronca por el sueño que aún no se había terminado de desprender de él—. Tengo dos órdenes para ti.

Clover levantó la cabeza de manera brusca y un mullido cojín que no había estado allí cuando se acostó en la hamaca la noche anterior se cayó al suelo.

—¿Lo... ha puesto usted ahí, capitán? —preguntó sintiendo un extraño nerviosismo al imaginar al pirata de pie a su lado durante la noche, mientras la tocaba para colocar el cojín con el fin de que durmiera más cómoda.

—Me sobraba —respondió con hombro alzado para restarle importancia—.

Y también he echado tu lamentable gorro al fuego.

—¿Qué?! —exclamó Clover al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza. ¿Qué se iba a poner ahora para ocultar su pelo? ¿Acaso el siguiente plan retorcido de Nuke era que se rapase el cráneo?

—Le dije a Owens que te trajese ropa de verdad para reducir a cenizas esos andrajos que llevas —continuó el capitán—. Esa es la segunda orden, que te vistas con esto. —Estiró el brazo y señaló unos pantalones limpios y una camisa de un blanco tan deslumbrante como la que él mismo llevaba, que colgaban del biombo—. La primera es que te sientes conmigo a la mesa para desayunar.

—No tengo hambre.

El traidor de su estómago rugió como si una bestia estuviera atrapada en su interior. «Supervivencia, Clover, piensa en la supervivencia».

—Eh... de acuerdo, capitán —acabó aceptando con toda la dignidad de la que fue capaz y las mejillas coloreadas de bochorno.

Nuke no aprovechó la oportunidad para burlarse, pero la joven vio cómo una pequeña sonrisa curvaba los fascinantes labios del pirata. Esos que la atormentaban sin descanso, aunque al final resultase que sus acciones fueran todo lo contrario.

Se sentaron uno frente al otro en la robusta mesa del camarote y Clover no pudo evitar que se le hiciera la boca agua ante el aroma que desprendía la enorme cantidad de platos colocados ante ella. Llevaba tres días al borde de la inanición y le supuso toda su fuerza de voluntad no lanzarse sobre la comida como un vendaval.

—Adelante, sírvete tú misma —la invitó Nuke con un gesto de la mano.

Clover asintió agradecida y, solo cuando hubo probado todos y cada uno de los platos, se acordó de alzar la vista y mirar al capitán. El corazón se le saltó un latido al ver que él también la contemplaba con demasiada intensidad.

—¿Cuándo llegaremos a Nueva Providencia, capitán? —preguntó nerviosa.

—¿Impaciente por deshacerte de mí? —inquirió a su vez, con una rubia

ceja alzada.

—Es solo por curiosidad —se defendió apresurada. Y para fantasear con un plan alternativo en el que se subía a un barco en Nasáu que pusiera rumbo al Sureste. Un barco que no fuera gobernado por un apuesto capitán demonio.

—Calculo que unos cuatro días. Cinco a lo sumo —dijo al fin—. Tenemos que pasar por el canal de Bahama antes de que comiencen los huracanes.

«Es cierto —pensó Clover, desanimada—, va a empezar la época de huracanes. ¿Qué más me puede ocurrir? ¿Un abordaje?».

—Puedes estar con Mac.

—¿De verdad? —La joven volvió a centrarse por completo en el presente.

—Owens y yo estamos demasiado ocupados como para estar pendientes de una mocosa las veinticuatro horas —gruñó Nuke. Aunque Clover no se sintió atacada en absoluto, sino con ganas de sonreír—. También podrás pasar algunos ratos con él.

—De acuerdo, capitán.

Esbozó una enorme sonrisa al decirlo, ya sin poder contenerse. Era la primera que le dedicaba a Nuke desde que se habían conocido. El pirata fijó sus ojos azules en ella un segundo antes de levantarse de la silla como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Vístete —ladró—, se hace tarde.

Clover también se levantó muy deprisa, perdido todo el buen humor.

—No lo haré con usted aquí —le aseguró con el mentón alzado.

—Ya salía, su majestad —replicó, sardónico. Hizo una reverencia antes de abandonar el camarote y dejar a Clover cada vez más confundida.

Sacudió la cabeza y se puso detrás del biombo, donde encontró también una palangana con agua dulce para asearse un poco y se cambió lo más rápido que pudo, sin dejar de agudizar el oído ante el menor ruido.

Cuando terminó, debió admitir ante sí misma que sentía fuerzas renovadas y que Owens había tenido buen ojo. La camisa era lo suficientemente holgada como para sentirse cómoda y los pantalones no le arrastraban. El único

problema era que tenían la cintura demasiado ancha y estaba convencida de que se le caerían al caminar. Salió de detrás del biombo, decidida a encontrar una cuerda o algo que sirviera de sujeción, así como un pañuelo para cubrirse la cabeza, ya que el memo de Nuke se había deshecho del gorro.

Cuando vio a ese ángel caído que no podía desterrar de sus pensamientos sentado en un butacón frente a ella como si lo hubiera conjurado, Clover se llevó ambas manos al pecho, sobresaltada. Luego llegó la conocida furia.

—¡Dijo que se marchaba del camarote!

—Pero no dije que no volvería a entrar —sentenció con toda tranquilidad.

—No debí fiarme de un pirata —lo acusó entre dientes.

—¿Es que existe alguien que lo haga? —fingió asombrarse él, con esos ojos claros, que siempre parecían brillar como si tuviesen un fuego azul dentro, abiertos como platos.

—No volveré a comer ese error.

—Fui a buscar algo para ti —explicó haciendo caso omiso a las palabras de Clover. A continuación, se puso en pie y se aproximó a ella.

—¿Veneno? —Lo miró con los párpados entrecerrados, decidida a no dar un paso atrás.

Nuke sonrió y agitó la cabeza.

—No, estoy seguro de que encontrarías la forma de envenenarme a mí. — Cuando llegó a su altura, alzó el brazo, tomó uno de sus rizos entre los dedos y lo fue alisando según deslizaba la mano con suavidad hacia abajo. A Clover ni siquiera se le pasó por la cabeza que debería detener ese gesto tan íntimo, pero no quiso profundizar en el motivo—. Se trata de un gorro para cubrir tu precioso cabello... Una verdadera pena.

Tampoco pensó en moverse cuando Nuke sujetó toda su melena, mechón a mechón, rozándole el cuello y la nuca con los nudillos en el proceso. Tras lo que pareció una eternidad de caricias fortuitas, Nuke le colocó el gorro y se apartó para contemplarla de arriba abajo.

—Ya casi estás, grumete, solo falta un pequeño detalle.

Fue hacia uno de sus baúles mientras Clover seguía anclada y temblorosa en el mismo lugar. Nuke regresó enseguida con un cinturón colgando del hombro y se situó una vez más delante de ella. Muy cerca.

—Métete la camisa por dentro del pantalón.

—¿Q-qué?

En lugar de sacarla de su aturdimiento, el capitán agarró la parte de abajo de su camisa y dio un pequeño tirón para acercarla aún más. Sus grandes manos, todavía sin soltar la tela, le aferraron las caderas y casi la quemaron con su calor cuando se colaron ligeramente por la cinturilla de los pantalones.

—Tienes que poner esto justo aquí —aclaró con voz ronca—, para poder colocarte el cinturón.

—¡Sé hacerlo yo! —exclamó Clover, que se apartó de golpe. Estaba claro que no sabía cómo reaccionar a contactos físicos que no implicasen brusquedad. Y el capitán había sido cualquier cosa menos brusco...

—¿Qué solías llevar en la taberna? —se interesó Nuke, mientras observaba cómo se arremetía la camisa por dentro de manera desgarrada.

—Pues blusas y faldas, ¿qué otra cosa iba a llevar? —bufó Clover. Y extendió una palma hacia él para que le diera el cinturón mientras intentaba que los pantalones no se escurrieran con la otra.

—¿Igual de desastradas que tu anterior atuendo? —continuó incordiándola una vez que se lo hubo entregado, sin perder de vista sus desesperadas contorsiones para sujetar, apretar, estirar y abrochar las diversas prendas.

Clover no se dignó a contestar. Detestaba que él la pusiera tan nerviosa como para que sus manos se volvieran torpes, pero dedicaría toda su energía a vencer a ese maldito cinturón.

—Deja que te ayude —se ofreció solícito, con una de esas sonrisas de arcángel expulsado del Cielo.

—No es necesario.

—Insisto.

Con su característica rapidez, ya había puesto los largos brazos alrededor de

su cintura en algo muy parecido a un abrazo. Tomó la prenda de cuero y la colocó en su lugar antes de abrochar la hebilla. Su aliento no había dejado de acariciar la mejilla de Clover en ningún momento.

—Gracias, capitán —susurró ella, antes de alzar la vista hacia él. Lo que encontró en sus profundidades azules era tan potente como una marejada, imparable. Aunque Clover no estaba segura de desear que parase.

De pronto, las fuertes manos del capitán, apoyadas aún en su cintura, la pegaron a su pecho. Clover puso las palmas sobre los hombros de Nuke para mantener el equilibrio y entreabrió los labios para dejar escapar un sonido de sorpresa que quedó atrapado entre su boca y la del capitán. El abrasador contacto la estremeció de la cabeza a los pies y el movimiento del barco pareció acentuarse, como si todo empezase a girar más deprisa a su alrededor. Se aferró más fuerte a él para no perderse en ese torbellino que la arrastraba, y el pirata también la estrechó con más fuerza contra sí, sin dejar de besarla, como si él también fuera a perderse si no lo hacía.

Unos golpes en la puerta consiguieron que se separaran, ambos con la respiración entrecortada, y Nuke soltó un juramento.

—No soy el tipo de hombre que da cosas sin esperar nada a cambio, Clover. Y parece que mucho menos en lo que respecta a ti.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Después de robarle un beso.

Capítulo 14

—¿Ha mejorado tu opinión sobre el capitán Nuke?

Clover entornó los ojos ante la pregunta de Mac antes de responder:

—Ha empeorado.

El piloto rio con las dos manos puestas sobre el timón, igual que tres días atrás. Habían mantenido una incesante charla cada vez que Clover se le había unido, en la que habían descubierto que tenían en común más de lo que pensaban, ya que, al igual que su padre, Mac también había sido arrancado de su tierra en Senegal muchos años atrás por tratantes de esclavos.

Sin embargo, parecía que había llegado la hora de cambiar el tema de su conversación.

—¿Cómo puedes trabajar para él?

Sabía que no tenía el más mínimo derecho a cuestionar sus decisiones, pero todavía le parecía sentir los labios de Nuke sobre los suyos y, aunque había hecho todo lo posible por ignorarlo en un lugar tan reducido, no lo había conseguido y necesitaba dejar salir su mal humor.

—La pregunta es ¿cómo podría no hacerlo? Es un capitán justo y yo seré el piloto de La descarga hasta que me ahorquen o el mar se parta en dos.

Clover maldijo para sus adentros. Había sopesado la posibilidad de confesarle a Mac el nombre de su padre y hablarle sobre el tesoro para que la ayudase a encontrarlo. Le ofrecería una parte de él, por supuesto. Pero después de sus palabras, sabía que jamás traicionaría a Nuke. En realidad,

todo apuntaba a que la entregaría a él si lo hacía.

¿Cómo podían haberse torcido tanto las cosas? Cada vez estaba más lejos del botín, cada vez se le escapaban más segundos... pero daría con ese tesoro costara lo que costase.

Dejó escapar un suspiro.

—Escúchame, polizón. Yo podría contarte la verdadera historia de Barbados, pero prefiero que sea Nuke quien lo haga. Habla con él.

—No sé si quiero saber esa historia, Mac —se le escapó sin querer.

Ya estaba demasiado fascinada por ese maldito pirata, por sus caricias, por su beso... Ya le costaba demasiado concentrarse en otra cosa que no fuera él, cuando se estaba jugando algo tan importante como su vida y su futuro. ¿Qué ocurriría si descubría que la razón más dura e importante para odiarlo no era cierta? Le daba pánico solo con pensarlo.

Mac la miró con una mezcla de compañerismo y compasión en sus ojos oscuros.

—Veo que estás en problemas.

«Ni te imaginas cuántos».

—Eh, polizón. Tengo un trabajo para ti.

La voz cascada de Owens acabó con el ambiente de camaradería y Clover se despidió de Mac antes de bajar a la bodega con el contramaestre. No había visto al capitán por la cubierta desde hacía un buen rato y no pudo evitar que el corazón le latiera un poco más deprisa al pensar en encontrarse con él en la penumbra de las cubiertas inferiores, pero tampoco estaba allí. Seguramente, se hallaba encerrado en el castillo de proa manejando sus asuntos de Pbay. Seguramente, ya se había olvidado de ese beso. Y, seguramente, solo se había tratado de otra forma de atormentarla.

—Bien. —Owens exhaló la última bocanada de humo de la pipa que había estado fumando y vació la cazoleta en un viejo cubo con agua destinado a tal fin—. ¿Ves esas cajas? —preguntó a Clover, a la vez que señalaba con la pipa una enorme pila en el rincón izquierdo de la bodega. Ante el

asentimiento de la joven, continuó—: Tienes que asegurarte de que hay ochocientos cincuenta y dos garfios en total.

—¿Tengo que contarlos uno a uno? —se horrorizó Clover.

—¿Cómo ibas a hacerlo sino? —resopló incómodo.

—Suponía que vuestros proveedores no se atreverían entregaros otra cosa que no fuera lo acordado.

—Una comprobación nunca está de más.

Owens evitaba que sus ojos se encontrasen con los de ella, y la sospecha se fue abriendo camino en Clover.

—Nuke te ha ordenado que me encargues esta tarea, ¿verdad? Una tarea inútil porque hay ochocientos cincuenta y dos garfios —lo acusó, con el dedo estirado.

—Tú límitate a hacerlo, diantres —la regañó antes de sentarse en una silla con la dichosa lista de la que nunca se separaba—. Yo revisaré unos números mientras tanto.

Clover se dirigió hacia las cajas hecha un basilisco, con la enorme tentación de tirar los garfios por la borda. Cuando llevaba doscientos dieciséis contados, escuchó un pequeño ruido, una especie de silbido que retumbaba en la silenciosa estancia. Se giró para detectar la procedencia del sonido.

Era Owens, que roncaba dormido como un bebé.

Clover esbozó una sonrisa de triunfo y se apresuró a esconderse en otro compartimiento, entre algunos barriles usados, para conseguir la privacidad que la había estado eludiendo los últimos días al tener los ojos de Mac, Owens y del maldito Nuke siempre encima. Extrajo el móvil y conectó los datos para hacer las capturas de pantalla que necesitaba para encontrar el tesoro. Acaba de copiar las coordenadas para introducirlas en el buscador cuando escuchó un nuevo sonido que la alertó. Se guardó el móvil con urgencia en el bolsillo del pantalón y aguardó a que llegasen Owens o Nuke para reñirla por haber descuidado la importante tarea que le habían encomendado.

Se incorporó y se sacudió las manos, mientras pensaba qué excusa inventar que justificase encontrarse allí, pero un violento empujón la envió de nuevo contra los barriles. Uno de ellos se astilló y le produjo un corte en la muñeca, que escoció como mil demonios.

—Al fin te encuentro a solas, pequeña alimaña.

Escuchar la voz cargada de odio de Hamish fue como recibir un nuevo golpe. Iba a gritar a pleno pulmón para que Owens o quien quiera que estuviera cerca acudiera en su ayuda, pero el matón se le adelantó. La levantó en vilo del suelo, al igual que en el encontronazo que tuvieron en Tortuga, solo que en esa ocasión se cuidó mucho de inmovilizarla poniéndola de espaldas a él, y le cubrió la boca con una de sus poderosas manos.

—¿Te has convertido en el juguete del capitán? Creía que le gustaban las mujeres, pero no te deja ni a sol ni a sombra. Incluso cuando no estáis juntos no deja de mirarte. —Su aliento repugnante le quemaba las fosas nasales y le daba náuseas—. No te imaginas las ganas que tengo de terminar lo que empecé contigo. Como ya te dije una vez, es una lástima que tenga que ser tan rápido.

Movió la mano que la silenciaba hacia su garganta y empezó a apretar con saña. Clover, medio asfixiada, utilizó todas sus fuerzas para clavarle una de las maderas astilladas del barril, que había tenido tiempo de recoger cuando estaba en el suelo. La afilada punta se hincó en el antebrazo derecho de Hamish y logró que ya no le atenazase el cuello, aunque la mano que no estaba herida aprisionó su muñeca como un cepo. Clover tiró con desesperación sin poder contener un ataque de tos que seguía obstaculizando el paso del aire a sus pulmones. Pero no le impidió ver la cara de Hamish, que se había convertido en una espeluznante máscara de violencia.

—¿Una mujer?! —Ni siquiera se había dado cuenta de que durante el forcejeo había perdido el gorro y sus cabellos se desparramaban libres y en todas direcciones—. Te partiré el cuello y dejaré que te hundas en el mar. Es lo que se merece la escoria que eres, ya no te librarás como en Tortuga. Pero

quizá goce de ti antes.

Clover no tenía ninguna duda de que el primer golpe la dejaría inconsciente. Casi sería una bendición. Cerró los ojos e intentó cubrirse lo mejor que pudo, esperando... Lo que escuchó fue el sonido de hueso al quebrarse, a la vez que sentía que la horrible presión en su muñeca desaparecía.

Alzó poco a poco las pestañas y se encontró con el cuerpo de Hamish desmadejado en el suelo, con la mandíbula partida. También se encontró con unos ojos azules que destilaban ira, preocupación, calor y algo profundo que arrancó el primer sollozo de Clover en mucho tiempo. Cuando Nuke corrió a abrazarla, se desmayó en sus brazos.

Capítulo 15

Nuke sostuvo a Clover contra su pecho unos segundos antes de subir de tres en tres los escalones hasta cubierta con ella en brazos. Llamó a gritos al cirujano del bergantín y a algunos hombres para que se hicieran cargo del cabrón de Hamish. Si lo encerraban, lo mataban o si ya estaba muerto por el golpe que él le había dado, le traía sin cuidado en ese momento.

Entró en su camarote con Owens y el cirujano pegados a sus talones, y depositó a Clover con muchísima delicadeza sobre la cama.

Su plan de protegerla de la tripulación había fracasado en todos los sentidos. No solo no había sido capaz de evitar que Hamish le hiciera daño, sino que muy pronto toda La descarga sabría que era una mujer. Sin ese ridículo gorro, sin tratar de ocultar sus facciones, había sido un blanco fácil en cubierta. Solo un ciego no sería capaz de ver su exótica belleza, solo un imbécil como él.

—Vaya, vaya. Así que el joven Will es en realidad una...

—Seguirá siendo Will. Se la seguirá tratando como Will —interrumpió Nuke al señor Gibbs, el cirujano, con la mandíbula apretada.

—Por supuesto, capitán —asintió con rapidez mientras la reconocía—. Está un poco vapuleada, pero nada que un poco de descanso no consiga arreglar. Permítame que le vende ese rasguño de la muñeca y habré terminado.

Nuke asintió y se apartó un poco para que Gibbs hiciera su trabajo, pero sin perder de vista ni un centímetro de Clover.

—Se pondrá bien, capitán —lo animó Owens con torpeza—. Esa muchacha es de las que tienen más vidas que un gato.

Nuke le dio una palmada en el hombro a su conrmaestre, agradecido.

—Listo, capitán.

Gibbs recogió sus cosas y, marchándose, dejó de nuevo a los dos hombres sumidos en el silencio.

—No debí aceptar a Hamish como parte de la tripulación. Fui un imbécil por dejarme convencer por Celia —se lamentó al cabo de un rato.

—Todos sabíamos que es una maldita bestia —asintió su conrmaestre—, pero también sabemos que usted lo hizo de buena fe.

—No sé cuándo aprenderé que la buena fe nunca es suficiente.

—Nunca —se burló Owens.

Un movimiento en la cama puso punto final a la conversación. Nuke se acercó hasta Clover y fue testigo de cómo sus hechiceros ojos pardos se iban abriendo.

—Capitán... —lo llamó con la voz un poco rasposa.

—Aquí estoy. —La tomó de la mano con suavidad y se la llevó a los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—Soy demasiado viejo para ver estas tonterías, me largo.

La digna salida de Owens pasó desapercibida para los otros dos ocupantes del camarote, mucho más pendientes el uno del otro.

—Gracias... otra vez.

Nuke comprendió que se refería a haber detenido Hamish en cubierta el primer día, cuando la descubrieron en la bodega.

—Sabes que me lo voy a cobrar. —Le acarició la punta de su respingona nariz con el índice—. Ahora duerme.

No tuvo que repetírselo dos veces. Se quedó dormida enseguida, y Nuke no pudo evitar una sonrisa porque ya sabía que ocurriría. Así había podido contemplarla durante un rato cada madrugada, sumida en un sueño profundo mientras la luna bañaba en plata su preciosa piel canela. Esa piel que le

recordaba a todas las cosas dulces y prohibidas, esa que lo llevaría al paraíso si pudiera acariciarla.

Su pequeño polizón durmió toda la tarde y volvió a abrir los ojos al atardecer. El capitán de La descarga estaba al tanto porque se había llevado el portátil al camarote y había estado trabajando desde allí para no moverse de su lado.

Pero, más que trabajar, había estado dándole vueltas a todo lo ocurrido con Clover. Había llegado a la conclusión de que nunca, a pesar de la multitud de encuentros que había tenido con numerosas mujeres a lo largo y ancho del Caribe, había tenido esa sensación de plenitud, de estar en el lugar que le correspondía, y todo con un simple beso. Pero no había sido simple en absoluto, así como Clover tampoco lo era. La admiración que sentía no hacía sino aumentar con cada escaso milímetro de ella que le permitía conocer. Disfrutaba inventando maneras de sacarla de sus casillas. Era valiente, inocente, seria y desconfiada. Su sonrisa había estado a punto de volverlo loco. Y el evidente desprecio que mostraba hacia él lo molestaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cuando vio cómo Hamish la insultaba y maltrataba, el frío aplomo que lo caracterizaba siempre en las confrontaciones se había esfumado y solo había dejado lugar a un velo rojo e hirviente de ira y a la necesidad de protegerla a cualquier precio.

Nuke la quería para sí, y lo que un pirata quería, lo conseguía.

Capítulo 16

El ruido de unas teclas sobre el ordenador, junto con la cadencia infinita de las olas al romper unas sobre otras, despertó a Clover. La garganta le molestaba un poco y el corte de la muñeca escocía, pero se encontraba muy bien teniendo en cuenta lo que habría podido ocurrir. De no haber sido por Nuke... Intentó apartar las sábanas que la cubrían y salir de la cama del capitán. Una mano amable aunque firme se lo impidió.

—Te quedarás aquí esta noche, Clover.

La joven siguió la dirección de esa voz ronca y conocida, y encontró a Nuke sentado junto a ella, con el portátil en las rodillas.

—Eso es imposible, capitán —se negó. Un escalofrío de emoción la recorrió de arriba abajo al verlo.

—Es una orden. A pesar de que no se te da demasiado bien cumplirlas...

Las mejillas se le enrojecieron un poco.

—Lo siento, capitán —balbuceó, no sin esfuerzo.

—¿Qué demonios hacías fuera de la bodega? Sola —la amonestó con un ceño fruncido que resultaba bastante intimidatorio.

Clover no sabía muy bien qué decir ni cómo reaccionar. Ya no recordaba lo que era que alguien se preocupase por ella, y Nuke parecía hacerlo demasiado.

—Estaba furiosa —se animó a contar parte de la verdad.

—¿Furiosa? —repitió Nuke, sin comprender.

—Con usted —puntualizó a la vez que se incorporaba un poco y se apoyaba sobre los almohadones—. Por encerrarme en ese lugar oscuro a contar garfios.

La sonrisa que suavizó los duros rasgos del pirata durante un fugaz instante, deleitó a Clover, aunque le pareció que él hacía un titánico esfuerzo por ocultarla.

—Llevabas demasiado tiempo al timón con Mac, era para evitarte una insolación.

—Qué atento —masculló mientras hacía un nuevo intento por apartar las sábanas—. Me ha quedado muy claro que no le agrada que el señor Macodou y yo nos relacionemos. Ahora me iré a la hamaca, si no le importa.

El capitán no le impidió ponerse en pie esa vez, pero la sostuvo con mucha delicadeza del brazo. Dejó el portátil sobre la cama y la acercó hasta colocarla entre sus piernas abiertas.

—Si te encuentras lo bastante fuerte como para rechazar mi mullido colchón y dormir en ese trasto, estás lo bastante fuerte como para contar de nuevo.

—¿Garfios? —resolló Clover, sin apenas dar crédito a lo que oía.

—Estrellas —la corrigió. En sus ojos parecía estar formándose una nueva marejada.

¿Contar estrellas? La propuesta y la expresión de Nuke la intrigaban y atraían hacia el precipicio.

—Es el cobro que exijo a cambio de haber salvado tu bonito pellejo.

Era un extraño cumplido, pero un cumplido, al fin y al cabo.

—Cumple muy rápido con su palabra de pirata.

—Siempre —le aseguró con una sonrisa que casi le derrite los huesos.

Al final asintió con la cabeza, rendida. Después de su terrible experiencia con Hamish, Clover tenía la certeza de que el capitán de La descarga no le haría daño.

El pirata extrajo el móvil de su bolsillo de inmediato y marcó un número.

—Carl, cambio de turno. Sí, iré yo.

Parecía bastante entusiasmado, se puso en pie y se dirigió a la puerta del camarote. Abrió la puerta y se giró hacia Clover con la palma extendida hacia ella. La joven colocó la mano en la suya como si fuera lo más natural del mundo y salieron al exterior.

—¿Desde dónde vamos a contar estrellas? —preguntó husmeando la cubierta con la vista.

Sintió los dedos de Nuke que se deslizaban con suavidad bajo su mentón y lo alzaban un poco en una dirección concreta.

—Justo allí. En la cofa.

El ascenso por los obenques resultó más fácil de lo que pensaba. Había ayudado mucho que Nuke estuviera a su lado en todo momento, casi cubriéndola con su cuerpo, para indicarle dónde debía colocar los pies y sujetarla en caso de que se escurriera. Que la tenue luz de la luna no le hubiera permitido distinguir bien la altura que iban tomando también fue un importante detalle a tener en cuenta. Cuando alcanzaron la pequeña plancha de madera rodeada por una robusta barandilla, Clover se dejó caer con un suspiro y los brazos doloridos y tensos.

Después echó un vistazo a su alrededor y cualquier miedo o malestar se disolvió como la más fina voluta de humo, hasta que solo quedó ese momento suspendido entre el cielo y la tierra. Cientos de estrellas parpadeaban con fuerza sobre su cabeza, como si le hicieran señales para que eligiera a la más bonita de todas, y su fulgor rielaba sobre las crestas de las olas, que danzaban al son de una música secreta en un horizonte sin final. La brisa era más pura, más dulce a aquella altura, y jugaba con los cabellos de Clover mientras la luna contemplaba su bello reflejo en el espejo del océano.

—Sabía que te gustaría —le dijo Nuke al oído—. Veo tu expresión cada vez que miras la cofa desde cubierta.

Clover se estremeció y contuvo el loco impulso de abrazarlo. Podía sentir el calor de su cuerpo sentado junto al de ella.

—Es tan deslumbrante que te deja sin aliento.

—Es una deliciosa sensación, ¿verdad?

El rostro del capitán estaba girado hacia ella, sus atractivos rasgos, muy serios, también parecían reflejar el brillo de las estrellas.

—¿Vamos a contarlas? —preguntó Clover apuntando con un dedo al cielo, sin poder evitar la agitación que cosquilleaba en su estómago.

—Cada noche, hasta que estén todas —respondió Nuke.

—Oh, pero eso no...

El capitán no la dejó terminar la frase. Le rodeó las mejillas con las palmas y la besó. Aunque era más pausado que el primero, el beso estaba repleto de la misma intensidad y estremeció cada milímetro de su piel. Luego bajó las manos y la comenzó a acariciar con cuidado, hasta que Clover emitió un pequeño quejido de protesta. Él se apartó con rapidez y la recorrió con la mirada.

—Perdóname, ¿te he hecho daño?

Clover se apresuró a negar con la cabeza.

—Aquí me golpeé contra uno de los barriles —le explicó con una mano sobre la costilla derecha.

Nuke soltó un juramento y le apartó el pelo de la cara con delicadeza.

—Hamish también te hizo estos moratones, ¿verdad? —la interrogó mientras los nudillos rozaban con suavidad su pómulo.

—Fue cuando intentaba colarme en La descarga. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Parece ser que lo ha enfadado mucho que consiguiera burlarlo.

Nuke le dedicó unos cuantos y floridos insultos más a Hamish y, para sorpresa de Clover, depositó un beso ligero como el rocío sobre su mejilla. Luego depositó otro en su garganta y el último sobre la venda de la muñeca.

—Ya no va a volver a hacerte daño.

Clover no se atrevió a preguntar si estaba muerto o encerrado en algún

lugar del barco. En aquellos momentos, ni siquiera quería saberlo. Pero recordó algo y se apartó del toque tierno de Nuke, al que no sabía bien cómo responder.

—¿Quién es Celia? ¿Una de tus... amantes? —Le costó pronunciar la palabra.

—Vaya, así que estabas despierta, pequeña fisgona —replicó Nuke tras una carcajada.

—¡No lo escuché a propósito! —se defendió.

—¿De verdad quieres que te hable sobre mi amante?

«No», se rebeló su mente.

—No. —Sus labios se hicieron eco, casi sin pensarlo.

Nuke esbozó una sonrisa maliciosa.

—En realidad, Celia es la viuda de uno de mis hombres. Él murió hace muchos años, cuando intentábamos asaltar un galeón español que partía de Maracaibo, pero yo sigo en contacto con ella. Me pidió que ayudase a su primo a ganarse la vida.

—Hamish es su primo.

—Sí, y maldita la hora en la que acepté ayudarlo —gruñó de rabia.

Clover no pudo contener más tiempo el impulso de acariciar el rostro de Nuke.

—No es tu culpa. Además, me has defendido. Me has defendido como nadie lo había hecho jamás —susurró despacio.

—Clover...

Escucharlo pronunciar su nombre y sentir sus ojos de mar sobre sus labios estuvieron a punto de conseguir que volviera a perder la noción de la realidad. Pero se apartó de golpe.

—No puedo, capitán. No puedo volver a hacerlo sin decepcionar a esa parte de mí misma que solo conoce las cosas horribles que se cuentan de ti.

Notó cómo el cuerpo de Nuke se ponía rígido y él se apartó con el rostro crispado.

—Clover —dijo con las mandíbulas apretadas—, por eso necesito que escuches lo que ocurrió en Barbados.

Capítulo 17

—¿Recuerdas que te conté que había nacido en Gales? ¿En una familia que no tenía nada con lo que alimentar a sus propios hijos?

Clover únicamente asintió, con un nudo en la garganta del que no creía que pudiera desprenderse pronto.

—Con quince años, me embarqué en un barco que partía hacia las Indias Occidentales desde Cardiff. Allí estaba el invencible Nicholas Madden. Tenía un contrato de servidumbre en una plantación de tabaco de Barbados por tres años bajo el brazo y las ilusiones de un mocoso que creía que el mundo se iba a poner a sus pies. —Se detuvo un momento para mirarla antes de continuar—. Los dos años y medio que pasé en la plantación de Cristian Coleman fueron el peor infierno que puedas imaginar.

Cuando llegó el momento de escuchar los castigos, vejaciones y penurias a los que lo sometió Coleman, Clover no se creyó capaz de soportarlo. Acabó acurrucada en su regazo, mientras las lágrimas rodaban sin control por las mejillas y con el alma rota por el niño esperanzado que había perdido cada brizna de inocencia en Barbados.

—Shhh, no llores —la acabó consolando él. Besó con suavidad sus párpados húmedos y le acarició la espalda con ternura—. Como ves, conseguí sobrevivir, me convertí en un demonio pirata que surca cada rincón del Caribe y traje a Owens y a Mac conmigo.

—¿A O-owens y a Mm-ac? —repitió entre pequeños hipidos, pasmada.

—Owens era el contable de Coleman y quien nos curaba de las palizas a los trabajadores de la plantación siempre que no perdía el conocimiento por todo el ron que bebía para evadirse de ese horror —explicó—. La historia de Mac es un poco más larga. —Nuke se acomodó mejor contra la madera de la cofa, rodeó a Clover con los brazos y posó los labios en su pelo—. El dinero de Coleman no procede solo del tabaco. También comercia con esclavos de África. —Clover permaneció callada, en completa tensión—. Unas dos semanas antes de que atracase el barco en el que traían preso a Mac, llegó a la plantación un chico holandés llamado Manfred, quien también creía que pronto conseguiría dinero y fama en las Indias. Coleman lo sacó enseguida de su error y, si bien no había disfrutado de los castigos del hacendado tanto tiempo como otros de nosotros, cayó enseguida en la desesperación. Manfred escuchó en alguna parte que pronto llegaría un barco repleto de esclavos y baúles con joyas, y decidió apropiarse de él para escapar de ese pozo de miserias.

»Trató de convencernos a otros siervos y a mí de que nos uniéramos a él, pero el miedo que teníamos a Coleman era más fuerte que nuestro deseo de libertad. Sin embargo, la última noche antes del ataque, Manfred me habló de su prometida que lo esperaba en Utrecht, de su familia, de toda la vida que había planeado para ellos. Al alba lo esperé para colarnos en el barco. Aquello era un suicidio, pero no me sentía capaz de dejarlo morir solo.

—Oh, Dios mío —se horrorizó Clover, que no dejaba de abrazarlo con fuerza.

—Todavía no sé cómo conseguimos entrar en el buque sin que nos detectasen. Nos metimos en el mar y trepamos por el ancla, para escabullirnos después como dos sombras hasta la santabárbara y hacer explotar la pólvora. En medio de aquel caos de fuego, Manfred y yo bajamos a por los cofres para hacernos con lo que pudiéramos y marcharnos sin mirar atrás... Pero los vi a ellos. Vi a Mac, encadenado y molido a palos, pero orgulloso. Tampoco fui capaz de dejarlo morir solo.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Manfred y tú lo liberasteis?

Nuke asintió despacio.

—Sí. A él y a los otros siete u ocho esclavos que estaban allí. Pero habíamos perdido mucho tiempo. Subimos a cubierta e hicimos que se metieran en el bote en el que íbamos a huir Manfred y yo. El chico bajó de los primeros con su parte del botín, y Mac y yo nos quedamos hasta que comprobamos que el último de ellos estaba dentro. Mac consiguió saltar al mar, pero a mí me atraparon los hombres de Coleman. —El tono de Nuke tenía un deje acerado que le puso el vello de punta a Clover. Luego suspiró y pareció relajarse contra ella—. Pasaré directamente al final feliz, preciosa. Meses después, Mac halló el modo de dar conmigo en la plantación y se coordinó con Owens para sacarme de allí. Decidimos tomar prestado otro de los barcos de Coleman, esta vez sin hundirlo. No estaba tan custodiado como los otros galeones o las fragatas, ya que tenía mucha menos capacidad en bodegas y la carga que transportaba era una minucia. Pero era rápido. El más rápido de todos —concluyó con un guiño.

—La descarga —comprendió Clover.

Nuke pasó los dedos una vez más sobre las mejillas que se habían manchado de lágrimas por él.

—Así comenzó mi vida pirata... —Acercó la boca a su oído—. Pero no se lo cuentes a nadie o echarás a perder la reputación de Nuke.

—Nicholas. —Clover pronunció ese nombre suavemente, con toda intención, y casi resultó cómica la expresión de sorpresa con la que la miró—. Perdóname por creer lo peor de ti. —Posó las manos sobre sus hombros con cierta vacilación—. Lo que quiero es contar todas las estrellas contigo.

Abrió las palmas sobre el pecho de Nicholas y sintió el corazón del pirata latir acelerado, al mismo ritmo desbocado que el suyo, pero él no movió ni un músculo. Dándose coraje, y con muchísima timidez, Clover movió de nuevo las manos hasta enlazarlas detrás de la nuca de Nicholas y sus dedos se

enredaron en los cabellos plateados. Luego le dio un fugaz beso con los labios cerrados y las mejillas arreboladas. Fue tan placentero que lo repitió otra vez, y otra vez más, en una sucesión de besos que se volvían cada vez más largos, más audaces.

Clover escuchó el gemido de Nicholas antes de sentir que le enmarcaba el rostro con las manos.

—No puedo aguantarlo más, Clover. Me vas a matar —susurró con voz ronca antes de sostenerle la nuca y tumbarla en el suelo.

Apenas le dio tiempo a tomar aliento antes de que los labios del capitán capturasen los suyos en un nuevo beso, que se volvió aún más abrasador cuando sintió la humedad de la lengua de Nicholas abrirse paso en su interior. Clover soltó un jadeo y, con la libertad que le daban los pantalones, le rodeó las caderas con las piernas de forma inconsciente, lo que provocó un nuevo gemido en él. Al sentir la dureza de Nicholas acomodarse entre sus muslos, en el centro exacto de su sexo, también recibió una potente descarga de deseo que la dejó aturdida.

Se separaron un momento para mirarse a los ojos, y la imagen de Nuke, que la devoraba con su mirada de mar embravecido mientras las estrellas titilaban sobre ellos, se clavó en el alma de Clover.

—No tienes idea de lo hermosa que eres —dijo antes de apoyar la frente sobre la suya—. Ni tampoco tienes idea de que tu inocencia me va a volver loco. Pero cuando estés preparada para hacer el amor y me aceptes, no habrá nada en el cielo o el infierno que pueda detenerme. Hasta ese momento, no voy a dejar de besarte —susurró contra su boca antes de fundirse en un beso que duró hasta el rayar del alba.

Capítulo 18

«Nicholas Madden». Clover hizo rodar las letras de ese nombre en su cabeza. Era el único nombre que importaba, en realidad. Pertenecía al hombre íntegro que se escondía detrás del pirata Nuke y que no se mostraba ante la gente. La joven se sentía muy mal por todo el desprecio con el que lo había tratado. Pero también aliviada por no volver a sentirse culpable de vibrar con sus gestos tiernos, sus caricias, sus besos... Y, por último, se sentía aterrada por unos sentimientos que ya no podía ni quería controlar.

Era una tonta a punto de entregar su corazón a alguien que, al igual que su padre, le había regalado el suyo al mar. El capitán de La descarga había vencido sobre Nicholas para abrirse camino a golpes en una vida que casi había conseguido destrozarlo. ¿Cómo iba él a abandonar todo lo que había conseguido a base de sudor y sangre por ella? ¿Cómo iba ella a llevar una existencia pirata? Tal vez se estaba precipitando y daba por hecho que los deseos de Nicholas también incluían tener a Clover a su lado, pero le costaba creer que lo que se estaba forjando entre ellos fuera algo pasajero.

De vuelta en la soledad del camarote para descansar algo por insistencia de su capitán pirata, Clover se mordisqueó el dedo índice a la espera de una solución que estaba delante de sus ojos.

¡El tesoro de Will el Troyano! Si lo conseguía, estaba segura de que a Nuke no le importaría desaparecer del mapa para volver a dejar paso a Nicholas y disfrutar de las incontables ventajas de poseer una cantidad de dinero tan

grande que podrían legársela a los hijos de sus hijos.

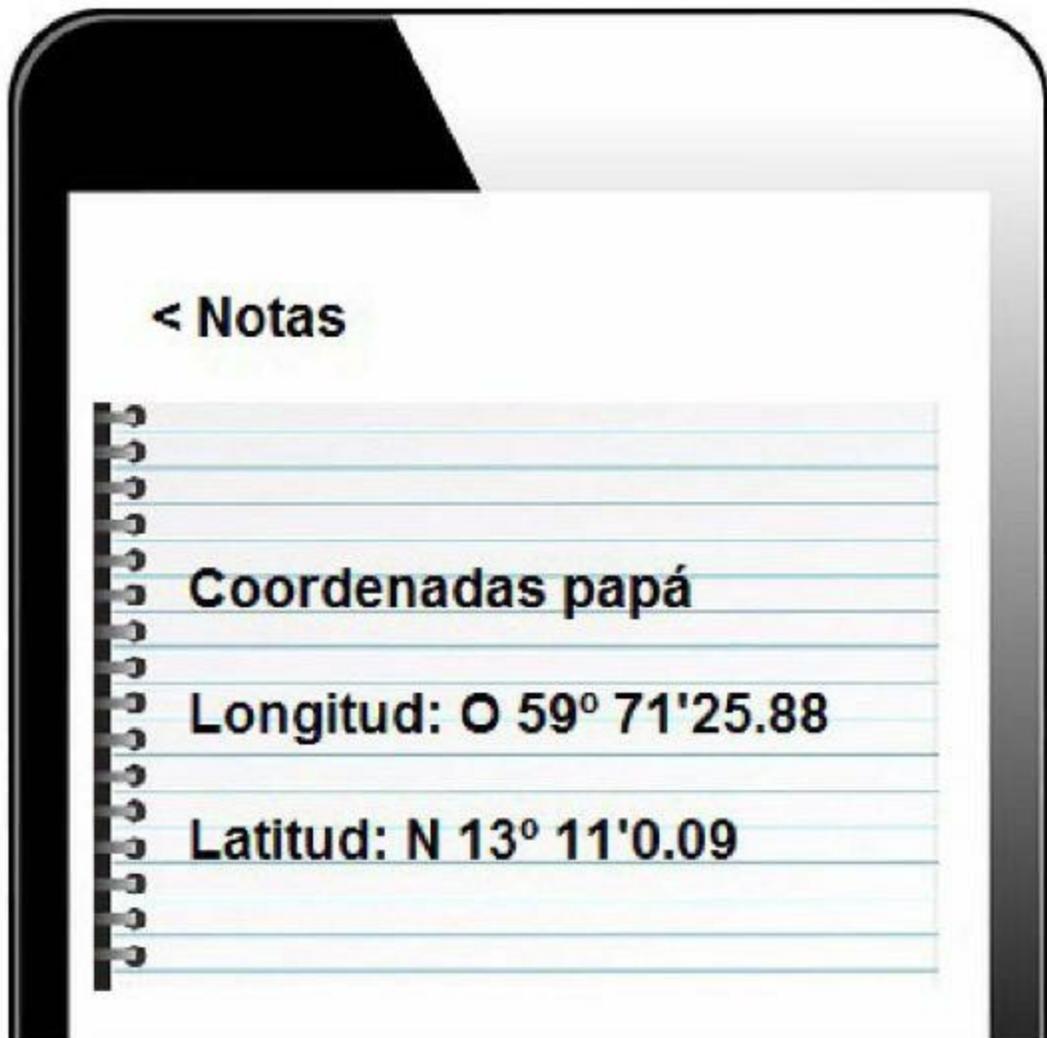
Con las mejillas arreboladas, se levantó de un brinco de la cama y sacó el móvil del bolsillo. Por suerte había cargadores hidráulicos repartidos por todo el bergantín y aún le quedaba batería. Lo que no le quedaba, comprobó con creciente angustia, era saldo. Había dejado los datos activados y Google Maps abierto cuando Hamish la atacó y, por supuesto, no se había acordado de desconectarlos.

—No, no, no —se lamentó, mientras intentaba, sin éxito, que Google Maps cargase las imágenes.

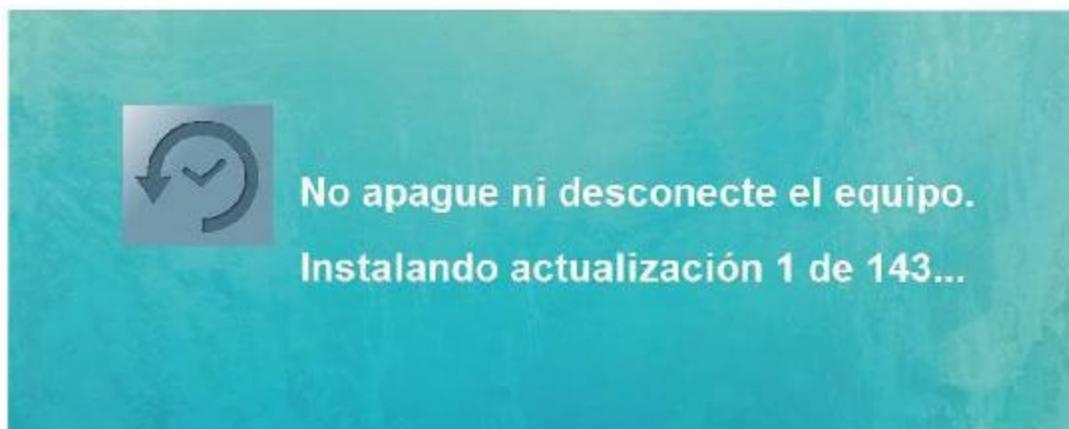
Por el rabillo del ojo, vio colocado encima de la mesa el ordenador que Nicholas había dejado la noche anterior en el cuarto. Al parecer, había salido a atender otros asuntos en el bergantín y aún no se lo había llevado para trabajar en el castillo de proa. Se acercó a él de puntillas, tratando de que no sonase ni un solo crujido de la madera bajo sus pies, y movió el ratón sin dejar de rezar a los dioses de la informática por que no estuviera bloqueado.

No lo estaba.

Victoriosa, abrió una ventana de Internet y luego comprobó las coordenadas que tenía escritas en las notas de su teléfono.



Las escribió y sus ojos saltaron varias veces de una pantalla a la otra para asegurarse de que eran correctas. Solo tenía que pulsar «ENTER» y podría hacer las fotos de su mapa pirata. Con una sonrisa de oreja a oreja, pulsó el botón.



«¿Qué?!». Era imposible que tuviera tan mala suerte. Las actualizaciones eran su peor pesadilla, siempre al acecho para saltar en el momento más inoportuno. Se frotó los ojos con las manos, impotente y con ganas de estampar el ordenador contra algo. «No tardes, no tardes, no tardes», rogó. Pero no quedaba más remedio que esperar, el proceso llevaría una eternidad.

La puerta del camarote se abrió para dar paso a Nicholas, tan impresionante como siempre, o quizá más, puesto que sus rasgos estaban más relajados que de costumbre.

Clover se colocó de un salto frente al portátil. «Tarda tooodo lo que quieras. Noventa y siete actualizaciones son muchas». Su parte precavida no parecía estar preparada para contarle nada sobre el tesoro todavía. No de esa manera tan improvisada y expuesta.

—Hola, preciosa. ¿Ya has descansado lo suficiente? —preguntó el pirata, poco convencido.

—Pues, verás yo...

—¿Andabas curioseando en mi ordenador? —intentaba sonar severo, pero se lo veía demasiado contento—. Veamos, ya te he desmentido casi todos los rumores sobre mí. Supongo que querías asegurarte de que el más escabroso no fuera cierto.

—¿Ah, sí...? Digo, sí. Exacto.

Nicholas pasó por su lado y Clover escuchó varios *clicks* de ratón. Pero no

podía ser, ¿verdad? Estaba actualizándose. Acabaría al anochecer como pronto. Confiada, se giró y su mandíbula descendió varios centímetros al comprobar que el condenado portátil ya había terminado con su misión. ¿El único ordenador de todo el planeta que era rápido en actualizar le tenía que haber tocado a ella?

«Que Nicholas no restaure las páginas, por favor». Sabía que era demasiado pedir ya que ese día los dioses de la informática parecían estar recreándose con su padecimiento.

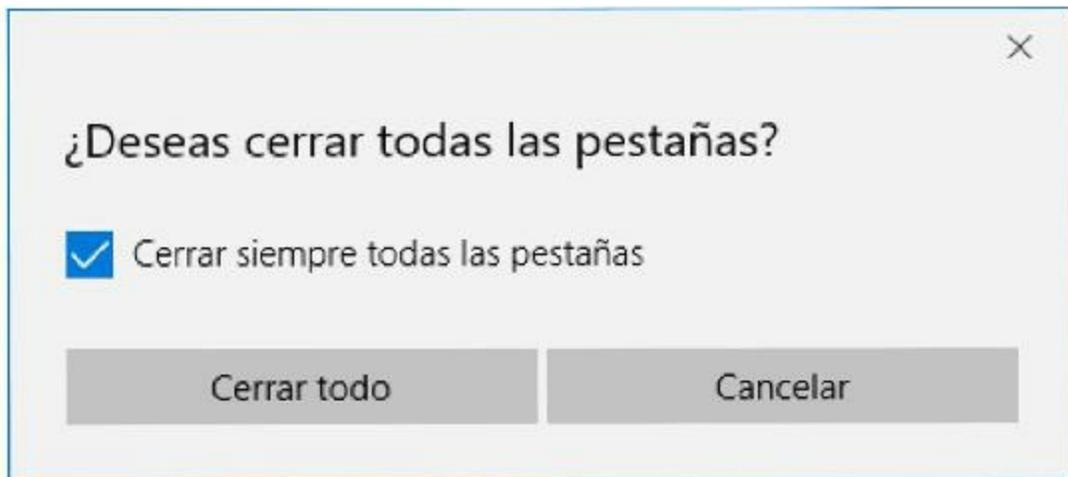
Nuke, inclinado sobre la mesa, cliqueó en restaurar las páginas silbando una alegre cancioncilla.

—Eres muy desconfiada, pequeño polizón. ¿Cómo voy a subastar mujeres en Pbay? Si recibiera el dinero que se dice que las pujas alcanzan en Internet, ya me habría hecho un palacio fortificado en alguna isla desierta. —En sus ojos azules se apagó la risa cuando se estiró cuan largo era y se colocó frente a Clover—. Jamás comerciaría con seres humanos, en ninguna de sus variantes.

—Lo sé.

Clover lo abrazó y alargó el brazo todo lo que pudo para atrapar el ratón en un intento desesperado de cerrar las páginas a ciegas. El característico timbrado de Windows cuando algún elemento se quedaba bloqueado invadió el silencio.

El capitán se volvió hacia la pantalla y el campo de visión de Clover quedó libre de nuevo a tiempo para leer la ventana emergente que había aparecido.



«¡Sí! ¡Por amor de Dios! ¡Sí!». ¿Era que su sufrimiento no iba a acabar nunca? Si no hubiera sabido que era imposible, habría jurado que el portátil de Nicholas estaba tan endemoniado como decían que lo estaba su dueño.

En cuestión de segundos, la expresión de él volvió a endurecerse hasta convertirse en una fría piedra tallada en mármol.

—¿Por qué buscas esas coordenadas, Clover? —exigió saber con la voz más gélida que le había oído jamás.

Capítulo 19

Nuke contempló a Clover a la vez que el brillo de las estrellas que habían capturado los dos aquella madrugada se iba apagando.

Miró las coordenadas escritas en la pantalla y puso más atención a su actitud esquiva y casi culpable.

—Te lo volveré a preguntar, ¿por qué buscabas la forma de llegar a un punto cercano a la plantación de Coleman?

Los hermosos ojos de Clover se abrieron por la impresión.

—¿Qué?

—He sido un imbécil una vez más, ¿verdad? Aunque debo reconocer que su estrategia ha sido muy buena en esta ocasión. La inocente y huérfana polizona que enamora al pirata. —Los labios llenos de Clover se abrieron para darle una explicación que él no quería oír—. ¿Cuál era tu plan? ¿Hundir La descarga y rebanarme el pescuezo? En los diez años que lleva persiguiéndome, esta es la vez que ha estado más cerca de atraparme. Y la que más ha dolido.

—¡Escúchame, Nicholas! —rogó ella.

—Ni. Una. Palabra —demandó entre dientes. Se revolvió el cabello con los dedos para evitar gritar de pura rabia y se encaminó hacia la puerta, sin el más mínimo deseo de enfrentarse a ella. Hasta habría podido entregarse él mismo a Coleman solo por abrazarla una vez más como la había abrazado la noche anterior, tales eran los mil veces malditos sentimientos que le había

arrancado de dentro.

Solo logró dar dos pasos antes de que sus brazos lo rodearan por detrás y sus pechos plenos se pegasen a su espalda para torturarlo. Quiso apartarla, pero solo consiguió dejar las manos prendidas en sus delicadas muñecas.

—Yo también necesito contarte algo. Algo que es muy importante para mí —le llegó la voz amortiguada a sus espaldas.

—Ya no quiero oírlo —suspiró cansado y con la cabeza alzada.

—Por favor —volvió a suplicarle a la vez que se apretaba más fuerte contra él—. Ese secreto significa mi vida, por eso no me había atrevido a contártelo. Pero iba a hacerlo cuando me sintiera preparada, Nicholas.

—¿El secreto es que Coleman te matará si no cumples tu misión? ¿Acaso ha amenazado de muerte a alguien de tu familia? —preguntó no sin cierta sorna. Aunque en su interior sabía que se sentiría aliviado de morir por alguna de esas razones y no por simple dinero.

—Ya te dije que soy huérfana.

—Así que es tu vida la que...

—Soy la hija de Will el Troyano.

Nuke se quedó en silencio por unos instantes mientras absorbía la información.

—¿Will el Troyano? —repitió estupefacto antes de apartar con suavidad las manos de Clover para girar entre sus brazos y mirarla de frente. No entendía nada en absoluto—. ¿Y me puedes decir por qué es un secreto de vida o muerte que seas la hija de ese pirata? Lo cual es bastante sorprendente, he de admitir.

Había oído hablar mucho de Will el Troyano en tugurios y muelles del Caribe. Lo habían apodado así porque era igual que uno de esos virus informáticos que no dejaban más que destrucción a su paso. Y todos coincidían en que era un tipo brutal que había asaltado casi tantos barcos como el pirata Morgan.

Clover alzó el cuello para contemplarlo con esa inocencia que lo tumbaba.

—Mi padre fue ajusticiado hace una semana y antes me pidió que buscase su botín, que enterró en isla Umbría.

—Isla Umbría es una leyenda —resopló con el ceño fruncido.

—No lo es, Nicholas. —Clover se acercó al ordenador y señaló un pequeño punto entre atolones de coral, cerca de la costa Oeste de Barbados—. Esta es isla Umbría.

—¡Por todos los diablos del infierno, Clover! —bramó, podía notar una vena de ira contenida latir en su cuello—. ¿Por eso te colaste en mi barco? ¿Para tratar de apoderarte de un maldito tesoro?

—Lo siento —se disculpó—. Estaba segura de que no podía confiar en ti en ese momento, por eso no te lo dije y...

—No me refiero a eso. Me importa una mierda ese botín, Clover. ¿Eres consciente del peligro al que te has expuesto? ¿Y si te hubieras colado en cualquier otro barco y su capitán y toda la tripulación te hubieran violado, golpeado o acabado contigo? —Vio cómo se estremecía ante la cruda realidad, pero se sentía incapaz de parar el torrente de ira que lo consumía—. Supongamos que hubieras alcanzado isla Umbría, ¿crees que la situación allí hubiera sido mucho mejor? Dios sabe lo que te hubieras encontrado o cómo habrías salido de allí.

—Ese tesoro es mi futuro —repuso en voz baja, testaruda.

—¡Yo seré tu futuro!

Una lágrima se deslizó por la suave mejilla de Clover y Nuke volvió a darle la espalda. Se sentía como un estúpido de nuevo. No sabía que diría esas palabras hasta que no abandonaron su boca, pero había quedado expuesto del todo ante ella. La hija de un pirata que lo había engañado.

—No te enfades conmigo.

Notó un tironcito de la manga de la camisa, pero no se giró. Si la miraba, sería capaz de besarla.

—No estoy enfadado, Clover. —Expulsó el aire con fuerza y se llevó una mano a la frente—. De acuerdo, sí que lo estoy. ¿No comprendes lo que me

provocas? ¿Lo que he sentido al pensar que te enviaba Coleman? ¿El miedo a que te pueda ocurrir algo? La angustia de no saber qué quieres de mí...

—Nicholas... —Algo en la voz de Clover, una corriente cruda y llena de embrujo, lo empujó a mirarla, por fin. Así no se perdió ni el más mínimo detalle de cómo sus labios se curvaban para pronunciar las siguientes palabras que lo atravesaron de parte a parte, mientras sus oscuros ojos lo acariciaban—. Quiero contar todas las estrellas contigo.

Capítulo 20

—Clover... —Su voz fue apenas un susurro ronco antes de atraerla hacia él para saborear directamente de su boca esa dulce petición.

Se dedicó a besarla durante un largo rato, en el que se recreó con la tersura de sus labios, el terciopelo cálido de su paladar y el tierno juego de su lengua contra la suya. Hasta que llegó un momento en el que ninguno de los dos pareció ser capaz de mantenerse en pie y Nuke la tomó en brazos para depositarla sobre la cama. Se tumbó sobre ella con cuidado de no hacerle daño con su peso y le habló con delicadeza en el oído.

—¿Quieres que ocurra?

Aguardó la respuesta mientras el corazón le latía desbocado, cada parte de su cuerpo que tocaba a Clover parecía arder.

—Sí.

Fue una única sílaba que iba a cambiar los mundos de ambos hasta convertirlos en uno. Nuke tembló por la necesidad de estar dentro de ella, pero encontró en sus ojos pardos un rastro de inquietud que quiso hacer desaparecer para siempre. Volvió a besarla con cuidado y empezó a desabrochar los botones de la camisa para ir descubriendo poco a poco su hermosa piel morena. El contraste de sus pechos llenos contra la tela blanca casi le robó la cordura, y no pudo contener el deseo de poner su boca alrededor de uno de los duros pezones de Clover. Ella dio un ligero respingo, que se convirtió en un quedo gemido de placer cuando él empezó a

succionarlo. Nuke gimió a su vez y desvió sus labios hacia el otro pecho, mientras sus manos se deleitaban en recorrer la pura seda que era la piel de su pequeño polizón.

—He querido hacer esto desde la primera vez que te vi dormir en esa condenada hamaca —susurró antes de continuar descubriendo su cuerpo con la boca. Cuando su torso brilló por la humedad que habían dejado las caricias de la lengua del pirata, Nuke le terminó de quitar la camisa y comenzó a desabrocharle el cinturón.

Justo en ese instante comenzó a sonar su móvil y juró por lo bajo mientras intentaba sacárselo del bolsillo para apagarlo.

—Responde —dijo Clover sin apenas aliento—, puede ser importante.

Por fin dio con él, pero al sostenerlo en la mano, se le ocurrió algo.

—Tú eres más importante...

Antes de que Clover pudiera protestar, Nuke introdujo el teléfono, que no paraba de sonar, dentro de sus pantalones y lo colocó sobre su sexo.

—¡Nicholas! —gritó Clover, al tiempo que le aferraba de la muñeca—. ¿Qué haces? —consiguió preguntar con las mejillas ardiendo.

—Shhh... No olvides que soy un demonio... —susurró, y movió el aparato de tal modo que la vibración tocó directamente su clítoris. Clover se mordió el labio hasta que no pudo contener los gemidos de placer y sus caderas se dispararon hacia arriba. Le rogó que se detuviera, pero él continuó hasta que la sintió alcanzar el orgasmo.

—No sabía que se podía sentir algo así —dijo jadeante, asombrada y satisfecha.

—Pues ahora —respondió Nuke a la vez que le terminaba de quitar los pantalones— me vas a sentir a mí...

Su cuerpo desnudo era el de una diosa y los dedos del pirata se volvieron algo torpes al deshacerse de propia ropa. Enseguida volvió a tumbarse sobre ella, sin nada que se interpusiera entre ellos, y la besó a conciencia. Las manos de Clover también empezaron a vagar por su cuerpo hasta que se

detuvieron en su espalda e interrumpió el beso.

—¿Qué es esto?

—No es nada. —Nuke trató de volver a atrapar su boca, pero ella no se lo permitió.

—Date la vuelta.

—Clover... —le advirtió, sin éxito. Ella se escurrió bajo su cuerpo y se llevó las manos a la boca, horrorizada, cuando descubrió las cicatrices que horadaban su piel.

—Latigazos —explicó conciso.

—¿De Coleman? —supuso Clover, con la voz entrecortada.

—Sí. —Nuke suspiró y empezó a apartarse. Se había cuidado mucho de que Clover no descubriera las horribles marcas que le había dejado el hacendado después de que intentara escaparse, pero ya no importaba—. Si te desagrada...

No acabó la frase porque sintió, sobresaltado, una suave caricia sobre sus heridas. Su polizona pasaba las yemas de los dedos con una ternura que sacudió cada fibra de su ser y, al notar un beso salado en la espalda, la enjauló una vez más entre sus brazos y la presionó contra el colchón.

—Clover... Clover... —repitió, incapaz de decir nada más, mientras le apartaba sus hermosos rizos de la frente.

—No eres un demonio. —Sonrió—. Eres Céfiro, con el viento de la libertad a tus pies.

—Y tú... —susurró a la vez que se deslizaba con infinito cuidado en su interior— eres una sirena que me ha robado el alma con su hechizo.

Clover pronto se adaptó a tenerlo dentro de su cuerpo, y los dos compartieron el aliento mientras se movían al unísono, sin querer perderse ni por instante lo que habían encontrado en los ojos del otro, hasta que alcanzaron el clímax.

Capítulo 21

Clover tenía las piernas enredadas entre las sábanas y las propias piernas de Nicholas, la cabeza apoyada en su pecho y la mano derecha unida a la suya con los dedos entrelazados, y no deseaba tener que moverse de esa posición en unos mil años.

Todo había sucedido de una manera tan rápida, explosiva, arrasadora y potente como una tempestad. Pero así era como parecían ocurrir las cosas entre ellos.

En un momento había estado peleándose con un maldito portátil, y al siguiente estaba en los brazos de Nicholas mientras le hacía el amor.

Sin embargo, después de que todos los secretos hubieran desaparecido entre ellos, no podía permanecer con la duda ni un segundo más.

—Nicholas —lo llamó con voz suave por si estaba dormido, pese a ser cerca de las doce del mediodía.

—¿Mmm? Dime, sirena —respondió con su seductora voz adormilada.

—Después de hacer las entregas en Nasáu, ¿pondremos rumbo a isla Umbría?

Nicholas le apoyó la espalda en el colchón y se alzó sobre ella.

—¿No habíamos dejado claro ese tema?

—Para nada —negó ella.

—No vamos a ir en busca del tesoro, Clover.

—¿¡Qué?! —Lo empujó, enfadada, hasta que consiguió incorporarse—.

¿Qué clase de pirata de pacotilla eres tú que no te interesa ir en un busca de un tesoro como ese?

Nicholas la miró con el ceño fruncido y los ojos de hielo otra vez. Nuke en toda su gloria.

—Uno que tiene un trabajo rentable y seguro para ti. Y con eso basta.

Clover imitó a la perfección el ceño fruncido y la expresión pétrea.

—Eres un tirano arrogante y ni se te ocurra que voy a vivir a tu merced.

—¿Ah, no? ¿Entonces piensas cruzar de nuevo el Caribe por tu cuenta para encontrarlo?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que pienso hacer.

A esas alturas de la discusión, sus rostros estaban muy cerca y el volumen de sus voces había aumentado varios tonos.

—¡Eres un...!

—¡Eres una...!

—¡Capitán! ¡¡Nos atacan!!

Owens entró en tromba en el camarote y ni siquiera se molestó en determinar el grado de desnudez en el que se hallaban sus ocupantes. Su rostro estaba muy pálido.

Clover se sentó de golpe en la cama, sin aire, mientras que Nicholas saltaba del colchón en busca de su ropa sin dejar de hacer preguntas.

—¿Quién nos ataca? ¿Artillería? ¿Distancia?

—Es una fragata de cuarenta cañones, capitán. Lleva la bandera negra en ristre sin pabellón y está utilizando el viento a favor para darnos alcance en unos quince minutos desde estribor.

—¿Quince? ¿Por qué no se la ha avistado antes? —rugió.

—Divisamos un barco hará como dos horas, capitán. Lo estuvimos llamando al móvil durante un rato por si quería asegurarse de que no era una amenaza, pero no respondía. —A Clover se le colorearon las mejillas y habría jurado que las de Nicholas también se habían puesto más rosadas de lo normal—. No quise entrar a molestarlo. Uno nunca sabe cómo acertar con

estas cosas...

—Basta, Owens. Di a los hombres que se preparen. —Se había atado el pelo en una coleta baja con una cinta y ya estaba terminando de ponerse las botas, pero Clover estaba paralizada—. Quiero a cada uno de ellos armado y sobrio, cañones listos, granaderos con munición y suficiente arena en las planchas de madera como para que no se resbale ni una mosca por mucha sangre que se derrame.

—A la orden, capitán —asintió el contramaestre antes de salir corriendo de nuevo hacia cubierta.

Nicholas se giró en su dirección y en tres largas zancadas estuvo arrodillado junta ella. Le tomó las manos con mucha suavidad. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que le temblaban.

—Clover. Clover, mírame —la llamó, con lo que la obligó a apartar la vista de sus manos. Sus ojos azules transmitían una calma que necesitaba en ese momento—. No voy a permitir que te ocurra nada malo, sirena. La descarga es muy rápida. Intentaré que ni siquiera nos den alcance.

Ella asintió, con un nudo de angustia en el estómago.

—Bien. Ahora necesito que te vistas —pidió el capitán con dulzura.

—De acuerdo.

Clover trató de serenarse y de actuar con rapidez porque no dudaba de que cada segundo era valioso. Se enfundó como pudo en la camisa y los pantalones, no sin algo de ayuda de Nicholas, y este también hizo que se pusiera una chaqueta bastante gruesa.

—Voy a llevarte a cubierta para untar la chaqueta en brea. Es una buena protección contra armas blancas y no quiero correr ni el más mínimo riesgo contigo, ¿entendido? Luego te encerrarás en el camarote y no saldrás hasta que todo haya terminado.

Sin esperar una respuesta, la tomó con fuerza de la mano para salir a cubierta.

Allí se había desatado un caos organizado en el que decenas de hombres

dejaban escapar su excitación por el inminente combate. Clover quiso taparse los oídos con las manos, pero Nicholas iba demasiado rápido hacia los barriles de brea. Mac se había materializado a su lado y escuchaba cada una de sus órdenes con tranquila aceptación.

—Gira todo a babor y sigue la corriente, Mac. Nos acercaremos al banco de arena que hay a tres millas de aquí. Nosotros tenemos mucho menos calado que la fragata, les será muy difícil evitar encallar.

—Roguemos por que no deje de soplar el viento, capitán.

Clover captó la mirada de advertencia que Nicholas le dedicó a Mac antes de que volviera con ella de nuevo al camarote y su desazón se acentuó. Una vez en el cuarto, el capitán se acercó a uno de sus baúles hasta que encontró lo que buscaba. Colocó un cuchillo y una pistola encima de la mesa, junto al portátil, y se las señaló.

—Úsalas solo como último recurso.

—Nicholas, ten cuidado —rogó Clover, que lo único que deseaba era que se quedase en el camarote junto a ella. Que volvieran a tumbarse en la cama, abrazados. Que se acabase esa pesadilla.

La tomó de la cintura y la acercó a él para darle un duro beso de despedida.

—No te muevas de aquí. No veremos enseguida, sirena.

El viento se había detenido y la maniobra de Nuke había fallado. Clover lo supo cerca de una hora después, cuando la primera bola de cañón impactó contra el bergantín. El estruendo arrancó un grito a la joven, que había estado acurrucada junto a la ventana de estribor mientras veía acercarse a una mole de cuarenta cañones de forma inexorable. Solo el hecho de que el viento no hinchase las velas de la nave podía haber provocado que la veloz Descarga no hubiera dejado atrás a su enemigo.

El intercambio de cañonazos perturbó la tranquilidad del océano e inmensas columnas de agua se elevaban allí donde caía una bala perdida. Escuchar

cómo todo el esqueleto del barco crujía y se estremecía cada vez que era alcanzado suponía un espectáculo aterrador. Y Clover intentaba evadirse de los gritos de dolor de los hombres.

—¡Preparad los ganchos!

La joven dio un respingo al entender con tal nitidez las órdenes que se daban desde la cubierta de la fragata y abrió los ojos, que había preferido mantener cerrados hasta ese momento, para ver que el casco de la nave de guerra había tapado su horizonte. Tal cercanía solo significaba una cosa: iban a abordarlos y Nicholas estaba allí fuera.

Capítulo 22

Clover se dejó llevar por un impulso primario y se olvidó del cuchillo y la pistola antes de correr hacia cubierta. Parpadeó un momento, cegada por el sol, hasta que la visión de un oscuro abismo de muerte se fijó en sus retinas. La tripulación de la fragata ya había conseguido sujetar las barandillas de ambas naves con ganchos y había tirado tablas de madera por las que corrían con asombroso equilibrio los piratas que los estaban atacando. La marinería de La descarga se defendía con notable pericia, pero su número era mucho menor y se hacía evidente por momentos, ya que cada vez había más grupos de dos o tres hombres de Nuke que luchaban contra cinco o seis contrincantes de la fragata. Las baterías de cañones tampoco dejaban de tronar y, a esa distancia, tanto la munición como las astillas de madera segaban vidas como si se tratasen de simples brotes de trigo.

Clover se había agazapado bajo las escaleras que conducían al timón. Intentaba ponerse a cubierto de las esquirlas de metralla de las granadas mientras sus ojos recorrían la cubierta con desesperación, en un intento de dar con Nicholas. Las escaramuzas se iban recrudeciendo y las pistolas, de un solo tiro, se sustituían por afilados alfanjes, tan cortos que no se enredarían en los aparejos, pero que resultaban igualmente mortales.

Le pareció ver un destello casi plateado cerca de la escotilla de la bodega y agudizó la vista hasta que lo volvió a ver. Una cabellera casi tan blanca como la luna solo podía pertenecer a un hombre.

Su pirata estaba cubierto de sangre y trataba de mantener a raya a tres enemigos con el machete sin ser consciente de que un cuarto agresor se acercaba por detrás.

—¡Nicholas! —lo llamó, aunque sabía que era imposible que la escuchase.

Sin permitirse pensar en otra cosa que no fuera llegar a su lado, Clover se escabulló como pudo, medio arrastrándose entre tantos hombres repletos de violencia, heridos e incluso muertos y, sin pensárselo dos veces, se hizo con el trabuco de uno de aquellos cuerpos sin vida. Indiferente a lo que pudiera ocurrirle a ella misma, se puso el pie y sujetó la pesada arma a la altura del hombro, lista para disparar. Colocó el dedo en el gatillo y apuntó al bastardo que se encontraba ya demasiado cerca de Nicholas. Él lo había visto y también intentaba contenerlo, pero la superioridad numérica le estaba pasando factura.

Como si presintiera su presencia, se volvió un poco antes de gritar «¡Clover, no!» en el momento exacto en el que ella disparó.

El retroceso del trabuco fue brutal. Hizo que saliera despedida casi medio metro hacia atrás y que cayera sobre un amasijo de sangre y arena con un dolor tan agudo en el hombro derecho que estaba segura de habérselo roto en mil partes.

—¡Clover! ¡Clover!

No supo si habían pasado segundos u horas, pero le pareció que Nicholas se había arrodillado junto a ella y le sostenía la cabeza con dulzura mientras le llenaba el rostro de besos. Si aquello era un sueño, no estaba dispuesta a despertar. Pero un ruido tan fuerte como si se hubiera dinamitado una montaña entera consiguió sacarla de su estado de semiinconsciencia por unos momentos.

—Nuestros disparos han desarbolado la fragata, ¿me oyes? —le estaba diciendo Nicholas al oído—. Una bala de cañón ha alcanzado la botavara y han perdido la vela mayor. Hemos vencido, Clover. Y, cuando te despiertes, te vas a enterar de lo que es bueno...

Capítulo 23

—¿Se lo dije o no, capitán? Esa muchacha tiene más vidas que un gato.

—Parece que está dispuesta a gastarlas todas.

Las voces familiares trajeron a Clover flotando de vuelta a la Tierra y lo primero que hizo antes de abrir los ojos fue soltar un pequeño quejido por el dolor que sentía en todo el cuerpo. Volvía a estar tumbada en un blando colchón y una mano amada, la mano de Nicholas, le acariciaba la frente con dulzura. Aunque su voz fue mucho más seca al preguntar:

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera masticado un tiburón.

El ladrido de risa de Owens consiguió arrancarle una sonrisa a ella también. Por fin consiguió despegar los párpados y se encontró con la hermosa visión de los ojos azules de Nicholas, que no la miraban con la ternura que cabría esperar.

—¿Serías tan amable de explicarme cómo se te ocurre abandonar un camarote en el que estás a salvo? ¿Cómo se te ocurre salir desarmada? ¿Cómo, por todos los infiernos, se te ocurre cruzar una cubierta en medio de un abordaje? ¿Y cómo se te ocurre disparar precisamente un trabuco? —Las fosas nasales se le habían ido dilatando con cada pregunta y su respiración también se había alterado.

—Lo que el capitán quiere decir es que la única forma de disparar un trabuco es sosteniéndolo a un lado de la cintura, polizona, para que el

retroceso no te muela los huesos.

Clover giró un poco el cuello y se encontró a Mac, que sonreía sentado en una silla de lo que debía de ser la habitación de una pensión o posada, ya que no se encontraban en La descarga.

—Hola, Mac. —Le sonrió de vuelta—. ¿Dónde estamos?

—Clover... —El tono de advertencia de Nicholas arrancó un suspiro a la joven.

—La explicación es que lo hice por ti.

Nuke cerró los ojos, se acomodó en un lado de la cama, pegó su frente a la de Clover, e hizo una profunda inhalación, como si estuviera reteniendo demasiadas emociones.

—Por mí te has dislocado el maldito hombro —dijo contra su boca—. Y tengo que estar agradecido de que solo haya sido eso.

Clover frotó su nariz con la suya, pletórica de verlo sano y salvo, a pesar de la regañina.

—Hora de largarse, Mac —intervino Owens, que se volvió hacia ellos desde la puerta tras dejar salir a Mac—. Ya eres una auténtica pirata, muchacha.

Clover volvió a sonreír de oreja a oreja. No parecía que se le diera mal esa vida, al fin y al cabo...

—No tiene ninguna gracia —la amonestó Nicholas, todavía muy cerca de ella.

—Eh... no, no la tiene.

—Solo me estás dando la razón porque estoy enfadado —refunfuñó como un niño con una rabieta.

—Nicholas...

—¿Qué?

—Quiero contar...

—No. No lo digas, Clover. Estoy furioso de verdad.

—... todas las estrellas contigo.

Nicholas apoyó de nuevo la frente sobre la suya y aferró las sábanas con los puños a ambos lados de la cabeza de Clover.

—Joder —gruñó antes de besarla con fuerza en la boca. Ella le devolvió el beso con toda el alma y, cuando se separaron, Nicholas acarició sus labios húmedos con el pulgar—. Vas a volverme loco. Gracias por venir a rescatarme, pero no se te ocurra volver a hacer algo así.

—Me lo voy a cobrar —replicó ella, muy seria.

Nicholas le dio otro beso rápido en los labios.

—Te estás convirtiendo en una verdadera pirata, ¿eh?

Clover asintió con una sonrisa, y los ruidos que se colaron por la ventana del cuarto le recordaron algo.

—¿Dónde estamos?

—En una posada de Nasáu. La descarga ha sufrido bastantes desperfectos después del ataque de la fragata y la están reparando en los muelles.

—Oh, ya veo... ¿crees que fue Coleman? —se atrevió a preguntar.

Un relámpago de odio cruzó sus ojos azules.

—No lo creo. Estoy convencido.

Nicholas se levantó de la cama y dio una pequeña vuelta por la estrecha habitación, sumido en sus pensamientos.

Clover echó un vistazo al vendaje de su hombro, a la camisa de Nicholas que llevaba puesta, al techo... hasta que al final se decidió a llamarlo.

—Nicholas...

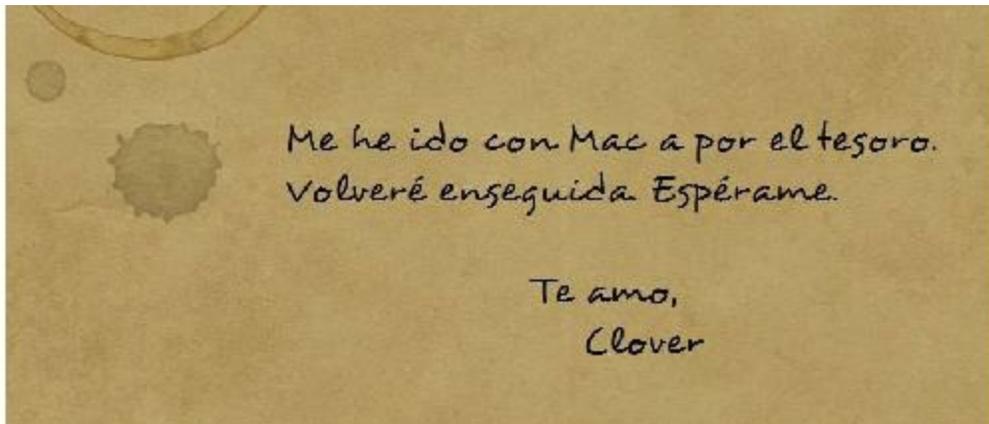
—No.

—Pero si ni siquiera sabes qué era lo que iba a decir.

—La respuesta es no, Clover. Un no infinito. No vamos a ir a por el tesoro y es mi última palabra.

Tres días después Clover se encontraba mucho mejor. Apenas le molestaba el hombro, estaba cansada de esperar en el cuarto a que Nicholas terminase con

su venta de mercancías mientras ella contemplaba la actividad y colorido de Nasáu desde la ventana y, sobre todo, estaba cada vez más convencida de lo que tenía que hacer. Como su móvil no tenía saldo y había quedado inservible de todas formas para enviar un *wasap*, tomó un pedazo de papel y una pluma de la posada y dejó una nota a Nicholas de su puño y letra.



Capítulo 24

Cerca de isla Umbría, en algún punto de Barbados

La travesía de una semana en barco desde Nueva Providencia hasta Barbados se había hecho eterna para Clover. Extrañaba cada uno de sus días en La descarga junto al capitán Nuke.

Se había atrevido a pedirle a Mac que fuera su acompañante por la complicidad que compartían... y porque así habían podido hacerse pasar por un matrimonio que viajaba de una isla a otra a visitar a su familia.

Por otro lado, la razón por la que Mac se había dejado convencer para ir con ella se le antojaba una incógnita que jamás alcanzaría a desentrañar, pero le estaría agradecida toda su vida. El primer motivo por el que ella había querido ir acompañada se debía a que, a pesar de sus baladronadas, no era tan tonta como para volver a embarcarse en una aventura en solitario para cruzar todo el Caribe y la segunda, y no menos importante, que Nicholas la mataría si no iba con alguien que pudiera protegerla. ¡Como si no tuviera suficientes razones ya para amenazarla con retorcerle el pescuezo cuando se encontrasen de nuevo! Le preocupaba que él no la esperase, tal y como le había pedido, pero ya se encargaría Clover de traerlo de vuelta por su plateada melena si osaba desaparecer...

La siguiente etapa del viaje con Mac había resultado más complicada. Habían tenido que alquilar un pequeño bote y asegurarse de que nadie los siguiera en las tres largas horas de recorrido desde Speightstown hasta isla

—No es un lugar muy acogedor que digamos —comentó Mac mientras la ayudaba a descender del bote.

—Es algo... umbrío. —Clover sonrió. Gotas de agua dulce y salada se entremezclaban para formar regueros de lluvia que descendían desde sus cabezas hasta las puntas de los pies—.Tú móvil no es resistente al agua, ¿verdad?

Mac hizo una mueca negativa.

—Entonces será mejor que lo sigamos dejando envuelto en esa funda de piel impermeable para que no se estropee. Exploraremos la isla sin Internet mientras escampa este diluvio —decidió. Se sentía extraña sin el punto de apoyo de Google Maps.

—Habría sido más sencillo que Will el Troyano hubiese dibujado un mapa del tesoro sobre el papel, como en los viejos tiempos, con una enorme cruz roja que señalase el lugar. En ocasiones como esta es cuando te das cuentas de que nos hemos vuelto demasiado dependientes de la tecnología.

Clover asintió, totalmente identificada con las palabras de Mac. Se despegó por enésima vez la blusa mojada, que se le había adherido al cuerpo, y echó a andar con decisión gracias a los cómodos pantalones que llevaba. La falda que había colocado sobre ellos para viajar se había quedado hecha un ovillo en el bote.

—Encontraremos las riquezas escondidas de mi padre, llenaremos los barriles hasta que nos cueste cerrarlos y volveremos a Nasáu para ver la cara de sorpresa de Nuke ante nuestra exitosa hazaña —se dio ánimos.

—Yo no apostaría por ello —pronunció una voz que parecía igualar en ferocidad a la tempestad, antes de que una figura alta y musculosa se fuera materializando ante ella.

—Nicholas... —susurró Clover.

Capítulo 25

—¿Cómo has...?

Clover ni siquiera finalizó la frase, sin poder creer que Nicholas se encontrase parado a unos dos metros de ella. Con su deslumbrante aspecto de ángel caído dispuesto a sembrar el caos.

—¿Cómo he llegado a una remota islucha envuelta en una tormenta perpetua? —Comenzó a caminar de nuevo y empezó a trazar un círculo alrededor de Clover, como un depredador que acorrala a su presa—. Verás, encontré una nota en la posada de Nasáu en la que me hospedaba. Decía así: «Me he ido con Mac a por el tesoro. Volveré enseguida». —Su manera de hablar era sedosa y baja, y por eso mismo mucho más aterradora—. Daba la impresión de que la persona que la dejó iba a comprar mangos a la vuelta de la esquina. Pero resulta que no. He acabado aquí... siete días después. Tras un viaje en un balandro repleto de cabras.

—Me habrías defraudado si no te nos hubieras adelantado —intervino Mac, que se interpuso en la trayectoria de ambos de una manera que podría parecer casual.

—Después me encargaré de ti, Mac —replicó Nicholas, con los puños apretados.

—Yo creo que es mejor que lo aclaremos ahora —objetó el piloto.

Clover no era ajena a la corriente de tensión que circulaba entre los dos hombres. El ambiente se iba caldeando por segundos.

—Voy a llevar a Clover al corcho que me han alquilado por bote, aunque sea cargada sobre el hombro como un fardo, para salir de esta endiablada isla y después —remarcó la palabra— hablaré contigo.

—Nadie se va a mover de aquí —respondió el piloto.

—¿Ah, no? —lo provocó Nicholas, cada vez más cerca.

—¡Basta! —Clover se interpuso entre los dos, furiosa—. Fui yo quien le pidió a Mac que me acompañase, la culpa no es suya. ¡Deja de comportarte como un cavernícola!

—¿Yo? ¡¿Un cavernícola?! —rugió Nicholas—. Lo que debería hacer es atarte a uno de esos cocoteros hasta que recuperes la sensatez, si es que has tenido alguna vez en tu vida.

—Atrévete a intentarlo... —siseó ella.

—Callaos los dos —ordenó Mac, sereno. Hasta el punto de que consiguió que se callasen de verdad—. Quise acompañar a Clover a isla Umbría tanto por ella como por ti. Nuke, eres demasiado testarudo como para cambiar una decisión. Y decidiste olvidar que existía un tesoro, pero nunca te habrías deshecho de la duda de si Clover te abandonaría para ir a buscarlo.

—¡Y con toda la maldita razón del mundo! —blasfemó el aludido—. Pero ni siquiera yo pensé que cometería la locura de hacerlo con un hombro lesionado.

—Ya no me duele —masculló Clover.

Mac los ignoró a los dos.

—En cuanto a ti, Clover —continuó—, sé que ese botín no solo representa riqueza, sino el derecho que tiene cualquier persona a elegir su vida. Tal y como hizo tu padre. Tal y como quieres hacer tú.

Clover sintió que unas cuantas lágrimas se entremezclaban con la lluvia y las apartó de un manotazo. La rigidez en los hombros de Nicholas se relajó un poco al ver cómo trataba de evitar llorar.

—Dos horas —suspiró. Ante la mirada interrogante de Clover y de Mac, alargó más la escueta frase—. Buscaremos el tesoro durante dos horas. Si no

hemos encontrado nada para entonces, nos iremos de aquí.

Se pusieron en marcha de inmediato. Lo único que veía Clover de Nicholas era su ancha espalda al caminar delante de ella. No le había vuelto a dirigir la palabra, ni una simple mirada, y cada minuto que pasaba se sentía más abatida que enfadada. Podía ser que, después de todo, el tesoro no mereciera la pena. No si le costaba perderlo a él.

Unos tres cuartos de hora después de internarse en la isla, la vegetación se había vuelto tan espesa como un muro y la cortina de lluvia solo permitía ver los troncos de las palmeras y cocoteros que tenían al lado. Unos troncos que se movían. Clover parpadeó un momento y luego dejó escapar un grito aterrado.

—¡Clover!

Nicholas estuvo a su lado en un instante, la alzó en brazos y la apretó contra él mientras echaba un vistazo a lo que la había asustado.

—Por amor de Dios, ¿qué diablos son esas cosas?

Clover se preguntaba exactamente lo mismo. Desde la seguridad de los brazos de Nicholas, se esforzó en ver bien las formas que reptaban sobre los árboles, a pesar de la escasa luz.

Eran cangrejos. Cangrejos gigantes. Tan grandes como un perro de cuatro kilos. Su caparazón era bulboso y de un color parduzco muy parecido al de los troncos a los que estaban agarrados, por eso no se habían percatado de su presencia hasta ese momento. Pero lo más espeluznante eran las enormes pinzas, que parecían tener la fuerza suficiente como para partir un coco en dos, o incluso la cabeza de un hombre.

Mac soltó un silbido impresionado.

—Parecen apetitosos. Si nos quedamos aquí atrapados, no tendremos problemas con la cena.

—O la cena seremos nosotros —espetó Nicholas, con el ceño fruncido. Después apoyó las manos en los hombros de Clover, muy serio—. ¿Estás segura de que tu padre no los entrenó para proteger el tesoro? Algo así como

los «CCC», Corpulentos Crustáceos Come-Piratas.

—No tiene gracia, Nicholas —le reprochó a la vez que se soltaba de una sacudida.

La sonora carcajada de Mac resonó entre las copas de los árboles antes de que interviniera:

—Sí que la tiene.

—Prefiero tomármelo de esa manera porque, si los cangrejos son así, no quiero ni imaginarme cómo serán las serpientes, escorpiones y demás fauna de esta encantadora isla.

Clover no pudo contener un escalofrío ante las palabras de Nicholas, pero todavía les quedaba poco más de una hora y pensaba aprovecharla. Para cuando todo quedó en silencio de nuevo, la lluvia había amainado un poco y podía percibirse un pequeño rumor, como el de una corriente de agua.

—¿Será un río? —preguntó Nicholas, que también debía de haberlo escuchado, al aire en general.

—Eso parece —confirmó Mac.

—Os propongo que sigamos su curso.

Los dos hombres la miraron y al final hicieron un pequeño gesto de asentimiento. Dependiendo de su anchura, un barco podría navegar por él para dejar su preciada carga a buen resguardo.

Emplearon otra media hora en dar con el río, cuidándose mucho de evitar los troncos ocupados, y remontarlo durante bastantes metros. Pero desaparecía en un paredón muy liso, sin posibilidades de que existiese una cueva o grieta que sirviera de escondite pirata. Clover emitió un pequeño suspiro de derrota.

—Lo mejor será que demos media vuelta y caminemos río abajo, hacia la costa —dijo Nicholas.

Clover iba a girar sobre sus pies, sin ánimos de contestar siquiera, cuando algo en la roca volcánica llamó su atención. La forma era bastante irregular, pero, si inclinaba un poco la cabeza hacia la derecha, podía apreciarse un

corazón de un gris más oscuro que el del resto de la montaña.

—Allí hay algo —señaló con el dedo.

—Clover...

El pulso comenzó a latirle más fuerte a Clover y sintió la necesidad de llenar con más aire los pulmones al rescatar el último recuerdo de Will el Troyano.

—Mi padre me dijo en su último mensaje que los tesoros más valiosos se guardaban en la pequeña caja que es nuestro corazón. Es un corazón, Nicholas, ¿no lo ves? —Le imploró con la mirada.

Nicholas se llevó las manos a las caderas y exhaló con fuerza.

—Será el último lugar al que iremos. Luego nos volvemos a la playa. Prométemelo.

—¡Te lo prometo! —exclamó impaciente por comenzar el ascenso.

Invirtieron posiciones y ella subió delante de Nicholas y Mac, ya que los fragmentos de rocalla mezclados con la lluvia hacían que el camino fuera muy resbaladizo.

Afortunadamente, el corazón de roca no estaba a demasiada altura y lo alcanzaron en poco tiempo. Tenía unos ocho metros de ancho y lo curioso era que estaba situado delante de la montaña y no insertado en la propia piedra, tal y como parecía desde abajo a causa de un efecto óptico. Rodearon el farallón con cautela, expectantes... y tuvieron que detenerse en seco para absorber la imagen con la que se dieron de bruces. En la cara interna del corazón había una oquedad, desde cuya entrada ya se podían distinguir los reflejos dorados, platas, granates y esmeraldas de una riqueza que haría palidecer a la de cualquier rey. Entraron de uno en uno, en un silencio sobrecogido, para encontrar decenas de cofres de perlas y piedras preciosas dejados de cualquier manera junto a baúles de finas sedas, y también monedas de oro y plata esparcidas hasta donde alcanzaba la vista, desbordadas de otras decenas de cofres más.

Un verdadero tesoro pirata.

Capítulo 26

—**E**staba delante de mis narices y, sin embargo, jamás habría podido verlo —murmuró Nicholas, con la voz algo inestable.

Al menos él podía hablar. Clover solo notó cómo le fallaban las piernas y cayó sentada sobre una pila de collares y anillos, que salieron desperdigados en todas direcciones. La fortuna que su padre había amasado a lo largo de los años superaba cualquier expectativa que hubiera podido soñar jamás y, a partir de ese momento, era suya. Se tapó la cara con las manos para ahogar un sollozo que luego se convirtió en risa incontrolable. Incluso Mac se unió a ella en el suelo con expresión de éxtasis. Pero, cuando Clover miró a Nicholas, este no le devolvió ni una sonrisa.

—¿Te desagrada que hayamos encontrado el tesoro? —inquirió molesta por su actitud.

—No.

No añadió nada más e incluso se giró un poco, sin llegar a darle la espalda.

—Bueno —dijo Mac, atento al intercambio—, voy a regresar a la playa. Subiré los barriles por el río y los bajaremos de la misma forma. Pero llenos —apostilló con una inmensa sonrisa. No esperó ninguna contestación y salió con agilidad de la gruta.

Clover aprovechó la intimidad que les había proporcionado el piloto para incorporarse y acercarse a Nicholas. Alzó el brazo para tocarlo, pero él comenzó a caminar también hacia la salida.

—Será mejor que esperemos a Mac junto al río, por si necesita ayuda.

La mano de Clover cayó de golpe, herida por el rechazo.

—Si lo único que pretendes hacer después de todo lo que ha ocurrido es ignorarme, adelante. Yo también lo haré.

Se expuso de nuevo a la lluvia con la espalda recta y toda la dignidad que su cabello empapado y pegado al rostro podía conferirle, y empezó el descenso sin preocuparse de si Nicholas la seguía o no. Le pareció oír que la llamaba, pero no se detuvo hasta que no alcanzo la rivera. De pronto, su fuerte mano la aferró del brazo y la hizo volverse hacia él.

—¿Ignorarte? De todas las cosas que quiero hacer contigo, te aseguro que esa ni siquiera figura en la lista. —Estaban tan cerca que podía verse reflejada en sus ojos cristalinos—. Darte una buena tunda es una de ellas... Justo después de hacerte el amor.

Clover entreabrió los labios en un suave jadeo de sorpresa.

—Nicholas...

—¿Tienes idea de la tortura que me has infligido estos días, en los que no he parado de pensar en todo lo que podría ocurrirte?

—Lo siento. Lo siento —repitió con un nudo en la garganta—. Ahora entiendo que, si tú desaparecieras, me volvería loca.

—Eso no es todo, Clover. ¿Cómo pudiste escribirme que me amabas y luego salir corriendo?

Ella sintió cómo se le coloreaban las mejillas. Quizá había sido demasiado directa, pero, tras tantos años en los que solo había conocido la soledad, había sentido la necesidad vital de declararle lo que sentía a la persona que lo había cambiado todo. Incluso aunque él no pudiera corresponderla.

—¿Te ha avergonzado cómo he expresado mis sentimientos? Porque...

Nicholas le rodeó el rostro con las manos para que lo mirase.

—Clover, ¿de verdad me preguntas si me avergüenza, cuando lo que ocurría es que me estaba rompiendo por dentro al no poder saber si tendría la oportunidad de decirte que yo también te amo?

El corazón de Clover se saltó un latido completo para después lanzarse a una desenfundada carrera contra su pecho. Quería echarse en sus brazos, quería cubrirlo de besos sin parar de decirle que lo amaba, todo a la vez. Pero él se adelantó y le puso un dedo en los labios.

—Shh... No digas nada hasta que no haya terminado —pidió—. Al escuchar las palabras de Mac acerca de que eres libre para elegir tu vida y al ver ese descomunal tesoro hace un rato, en la cueva, me he dado cuenta de que ya no tienes que estar conmigo si no quieres —tragó con dificultad—, de que ya no me necesitas...

Fue el turno de Clover de taponarle la boca con la mano.

—Nicholas, yo no quiero necesitarte. Quiero amarte. Con total libertad. —Fijó sus ojos en sus iris marinos—. Y contar todas las estrellas contigo.

Sintió la sonrisa de Nicholas bajo la palma y la apartó para disfrutar de ese precioso espectáculo.

—Aquí el cielo está nublado, Clover...

—Cuando estoy a tu lado, veo constelaciones incluso con los ojos cerrados.

Nicholas la aferró por la cintura para levantarla hasta sus labios y devorar su boca con un fiero beso que la deshizo en cientos de átomos de amor y deseo.

—Qué... inesperado espectáculo, Madden. ¿O ahora prefieres que te llame Nuke?

La voz, engañosamente amable los obligó a separarse y Nicholas la apretó contra su costado con tanta fuerza que casi le hacía daño.

—Coleman.

Capítulo 27

Clover, sin poder controlar los temblores, rodeó la cintura de Nicholas para enfrentarse a Cristian Coleman. Lo que más asustaba de él era que parecía una persona normal, un hacendado entrado en años, con pelo canoso y abdomen grueso por la buena vida, tan solo dedicado a su trabajo de forma honrada. Ella, que había visto la espalda de Nicholas, sabía que era un monstruo.

—No di crédito a mis hombres cuando me dijeron que te habían visto en Barbados. Una jugada bastante arriesgada, habida cuenta de que cualquiera de ellos te iba a reconocer en cuanto vieran esa llamativa cabellera tuya. Pero... —Fijó sus ojos amarillentos, como los de un reptil, en Clover—. Entiendo que haya sido por una mujer.

El trallazo de la culpa la golpeó con saña y una nueva lágrima se deslizó por su mejilla para mezclarse con la lluvia. Después de todos los años en los que Nicholas había conseguido evitar la violenta e incansable venganza de Coleman, ella se lo había puesto en bandeja. No había nada que hacer. El capitán de La descarga llevaba su alfanje y un par de pistolas, pero los rodeaban unos diez hombres con fusiles y ella ni siquiera iba armada.

—Esto es solo entre los dos, Coleman —dijo Nicholas, en un claro intento por protegerla.

—Es cosa de todos, en realidad.

A una señal del hacendado, seis de los hombres se lanzaron sobre ellos para

amordazarlos y maniatarlos mientras los otros vigilaban el perímetro. Nicholas puso a Clover detrás y derribó a dos, pero uno consiguió asestare un golpe en la sien con la culata del fusil y lo dejó aturdido, lo que hizo que ella gritase, aterrorizada. En menos de cinco minutos, ambos estaban atados con unos nudos imposibles, y los hombres de Coleman tiraban de la cuerda para obligarlos a caminar.

Ella lo hacía muy pegada a Nicholas, que parecía intentar transmitirle calor y fuerza con su cuerpo. Pero no debía de encontrarse tan bien como aparentaba, quizás a causa del golpe, porque tropezó entre la maleza y al intentar guardar el equilibrio dio un tremendo empujón a Clover, y la hizo caer por un empinado terraplén, en el que perdió la noción de todo lo que la rodeaba.

Capítulo 28

Fuerte Charles, Port Royal, Jamaica, 7 de junio 1692

Nuke contemplaba la oscilación de la cuerda en el patíbulo desde el estrecho ventanuco del fuerte donde llevaba dos días encerrado. Casi podía oír el ruido que hacían las fibras al rozar contra la madera, que aumentaría de volumen cuando el peso muerto de un cuerpo tirase de ellas. Quedaba una hora para que lo colgaran.

Había sido un juicio rápido, un acuerdo de caballeros entre Cristian Coleman y John White, gobernador de Jamaica, para poner en su lugar a un prófugo que no había cumplido con sus años de servicio, a un pirata que no respetaba a la Corona británica y que se atrevía a atacar a sus súbditos en el otro lado del mundo. Eficiente e inmediato, tal y como le gustaba a Coleman.

Después de que Nuke había empujado a Clover por el terraplén para ponerla a salvo, los hombres del hacendado habían intentado localizarla, pero, afortunadamente, a Coleman poco le importaba lo que fuera de ella, y habían puesto rumbo a Barbados y de allí a Port Royal sin pérdida de tiempo. La única y desgarradora tribulación que el capitán se llevaría consigo a la tumba sería no saber nunca si Mac había conseguido encontrar a Clover y la había sacado de aquella isla. Había rezado con todas sus fuerzas a un dios en el que no creía para que así fuera.

Se pasó una mano por las greñas mugrientas y ensangrentadas de lo que había sido su níveo pelo, y trató de imaginar que Clover llevaba una vida

acomodada con el dinero del tesoro, en una hermosa casa, luciendo sofisticados vestidos... Aunque él nunca la había visto con uno, estaba seguro de que se vería preciosa. Cerró los ojos y siguió pensando en ella mientras pasaban los minutos. Era la única manera de obtener un poco de paz.

A las once y media de la mañana los guardias vinieron a buscarlo. Le ataron las muñecas, que ya tenía desolladas, una última vez y lo sujetaron por encima del codo para llevarlo hasta el patio. Cientos de personas se habían reunido allí para ver la ejecución, el cartel que circulaba por Internet, de hecho, era bastante llamativo, aunque no era de extrañar, ya que una de las webs más importantes de cotilleos se había hecho eco de la noticia muy pronto y esta había circulado como la pólvora por toda la red.

El loro pirata

Noticias que vuelan por los siete mares



¡Ahorcan a
Nuke!
¡Ahorcan a
Nuke!

El capitán, empresario y pirata Nuke, dueño de la conocida web pbay así como de la veloz embarcación 'La descarga', tiene una cita con el cadalso el próximo día 7 de junio en el Fuerte Charles (Port Royal, Jamaica).

Viejo Nuke, esta vez la sogá ha sido más rápida que tu barco!

Desde 'El loro pirata' informaremos de todo el evento, donde esperamos encontrar y saludar a muchos lectores piratas.

¡Que la marea siempre os sea alta!

Pero los escasos huecos que quedaban en el suelo de piedra blanca del fuerte reflejaban el intenso brillo del sol que llegaba casi a su cénit y lo obligaron a entrecerrar los ojos. Necesitaba ver entre esas caras curiosas que querían tomar fotografías macabras un rostro familiar, pero solo veía chispas anaranjadas en un mundo desenfocado.

Subió los escalones de madera que llevaban a la horca como si los pies le pesasen toneladas, pero cuando alcanzó la plataforma se irguió en toda su

estatura, con la barbilla alzada en un orgulloso ángulo. Sabía que Coleman estaría mirando. Momentos después, el verdugo le pasó el nudo corredizo de la soga por la cabeza, y sentir la aspereza de la cuerda que le rozaba el cuello fue como sentir el mordisco de la muerte que lo aguardaba.

Recorrió por última vez las gruesas paredes de ladrillo del fuerte con la mirada y los treinta y seis cañones que apuntaban al mar desde una altura de sesenta metros para proteger a la ciudad más perversa y disoluta del Nuevo Mundo. Resultaba irónico que él fuera a morir allí. Un refugio de piratas, donde se decía que había un burdel por cada diez hombres y donde en las tabernas se sucedían los crímenes más atroces que se pudieran imaginar. Resignado, hizo que sus ojos descendieran hasta el público que esperaba impaciente a que el verdugo accionase la palanca que abriría la trampilla bajo sus pies. No guardaba esperanzas de que Owens o Mac acudieran en su rescate porque enfrentarse ellos solos a todo un fuerte armado sería un suicido asegurado. Al fin y al cabo, en sus últimos años había llevado una buena vida y, en lugar de pensar en el profundo odio que le tenía a Coleman, volvió a visualizar la hermosa cara de Clover. Sus delicados pómulos, su piel morena besada por un sol eterno... Al principio pensó que se trataba de su propia imaginación, pero cuando vio que sus sueños se materializaban en una Clover con el rostro bañado en lágrimas que corría hacia el patíbulo, a Nicholas se le fue el alma del cuerpo. El verdugo ya tenía la mano sobre la palanca y ella iba a verlo asfixiarse delante de sus ojos.

Entonces, a las once y cuarenta y tres del mediodía, el suelo empezó a temblar bajo Jamaica.

Capítulo 29

Clover obligó a sus piernas a correr más rápido sobre el suelo empedrado del fuerte Charles. Desde que Mac la había encontrado en isla Umbría, era lo único que había hecho. Obligarlas a correr tras Nicholas en una desesperada carrera por salvarlo.

Habían perdido un tiempo precioso vigilando la plantación de tabaco de Cristian Coleman porque pensaban que era allí donde lo ajusticiaría. Pero el hacendado no se había conformado con menos que el espectáculo que daría hacerlo en Port Royal. Para cuando lo descubrieron, ya era tarde. Tanto que Nicholas tenía literalmente la soga al cuello, y ella no había podido esperar al plan de Owens de volar el almacén de pólvora del fuerte. Solo podía correr hacia él. Más rápido. Apenas le quedaban unos metros.

El extraño mareo llegó justo antes de que el suelo empezara a combarse y agitarse bajo sus pies. La sacudida la envió trastabillando al suelo, donde estuvo a punto de ser aplastada por las decenas de personas que trataban de huir de lo que parecía el fin del mundo. Se cubrió la cabeza con las manos rodeada por los gritos y la muerte mientras que la tierra se abría en Port Royal para devorar sin tregua cuanto encontraba a su paso. El tiempo que se prolongó el terremoto, segundos en realidad, fueron los momentos más espantosos e interminables de la vida de Clover, en los que trató de reptar hasta la estructura de madera que se había venido abajo con los primeros temblores, con el hombre que amaba aún atado a ella. Repitió su nombre a

voz en grito sin importar que ya se había quedado tan afónica que únicamente salían sonidos estrangulados de su garganta. Pero por fin escuchó la respuesta que deseaba.

—¡¡Clover!!

La inconfundible melena de Nicholas, a pesar de su estado, relució como un faro en medio de esa vorágine de horror que la rodeaba. Llegó hasta donde estaba ella y cayó al suelo para abrazarla, con lágrimas que se escurrían por su rostro de ángel expulsado del cielo.

—Estoy aquí, mi amor —susurró contra su pelo mientras la mecía. Clover estaba deshecha en un llanto que la hacía convulsionar de la misma manera que lo había hecho el suelo bajo ellos—. Tenemos que irnos.

El fuerte parecía haber resistido las violentas embestidas de la tierra, que ahora permanecía quieta, y Clover tenía la certeza de que sus piernas no responderían si se ponía en pie, por lo que negó con la cabeza contra el pecho de Nicholas.

—Tenemos que buscar un sitio incluso más elevado que este por si acaso, Clover —dijo con mucha ternura, a la vez que señalaba las montañas de crestas azules que se alzaban muy al Norte. Demasiado lejos—. Esto no ha acabado.

Como si la naturaleza hubiera estado pendiente de sus palabras, llegaron nuevas réplicas que hicieron temblar los edificios hasta derribarlos o hundirlos en la tierra igual que juguetes rotos.

Nicholas sostuvo a Clover para ayudarla a caminar, pero pronto se dieron cuenta de que no tenían ninguna parte a la que ir, puesto que Port Royal estaba a punto de ser engullida por el mar.

Era como si el dedo de Dios hubiese creado una descomunal ola que fuese a castigar todos los viles pecados cometidos en el corazón de Jamaica. Clover cerró los ojos y se aferró a Nicholas, esperando lo peor, pero la muerte solo decidió rozarlos aquel día. Cuando volvió a abrirlos, el paisaje había cambiado. El mar había invadido el puerto y sus casas de ladrillo, calles

enteras se habían hundido bajo las olas y muchos barcos se habían incrustado en edificios muchos metros tierra adentro. Más tarde se enterarían de que el terremoto y posterior tsunami de Port Royal había sumergido tres cuartas partes de la ciudad entre las cristalinas aguas del mar Caribe y se había llevado dos mil almas consigo.

Pero ellos estaban vivos.

Epílogo

Isla Umbría, Mar Caribe

Dos meses después

Clover se encontraba tumbada sobre la arena blanca y fina que se escondía bajo las tormentas de isla Umbría, en uno de esos extraños y ansiados días de sol. La sombra de unas hojas de palmera protegía su rostro y las olas rompían con mucha suavidad en la playa, como si temieran molestarla. Unos metros más allá, frente a la costa, La descarga flotaba orgullosa sobre las aguas transparentes para demostrar a cuantos la contemplasen que había recuperado todo su esplendor. En su bodega, junto a los artículos que el pirata Nuke seguía vendiendo con un tremendo éxito (había adquirido una popularidad arrolladora tras su milagrosa salvación de un ahorcamiento), descansaba el colosal tesoro de otro pirata. Uno que había sido temido, desconocido y querido por Clover a partes iguales. Un padre ausente y un hombre libre, que había entregado a su hija lo único que él sabía valorar. Después de tantos meses, y de tantas lágrimas de dolor y de dicha derramadas, el botín de Will el Troyano pertenecía Clover.

Por suerte, ella había encontrado algo mucho más valioso que añadir a su fortuna. Y, aunque el amor no se podía pesar ni medir, era la única parte que contaba en realidad.

El objeto de sus pensamientos dejó sus huellas sobre la arena húmeda de la orilla después de bajarse del bote procedente del bergantín, antes de que los

granos cristalinos se acumulasen en pegotitos sobre sus pies al acercase a la zona seca en la que se encontraba Clover.

—Hola, sirena.

Ella se limitó a sonreír y a estirar los brazos, y Nicholas no la hizo esperar. Se tendió a su lado y la envolvió en un apretado abrazo.

—¿Contenta?

—No me creerías si te dijera que no —susurró con una sonrisa pilla.

Nicholas se echó a reír antes de besarle la punta de la nariz.

—Todos pensamos que Coleman habría enviado a alguien a llevarse el tesoro, pero ese imbécil jamás supo que existía. Ni siquiera se acercó al paredón de piedra.

—No. Estaba demasiado ocupado pensando en ahorcarte —repuso Clover, antes de torcer los labios en una mueca.

El destino, en cambio, había querido que fuera Cristian Coleman quien pereciera en el terremoto de Port Royal.

—He hablado con Owens —comentó Nicholas con la voz un tanto extraña.

—¿Por qué no me has esperado? —se apenó Clover—. Lo echo de menos.

—Ya sabes lo quisquilloso que es con la diferencia de hora. Dijo que tenía sueño y ni siquiera se puso con Mac.

Clover asintió, distraída por los recuerdos al pensar en su amigo.

Tras el cataclismo que asoló Port Royal, Nicholas y ella habían buscado durante días al piloto y al conremaestre de La descarga en medio de una enorme angustia, temiéndose lo peor. Para dificultar las cosas, Nicholas, con su condena a la horca muy presente, tenía que evitar a cuantos soldados británicos se cruzasen en su camino. Al fin, la tarde del tercer día, entraron en uno de los pocos edificios que no se había derrumbado y que se había reacondicionado para atender a los supervivientes, y allí distinguieron la enorme figura de Mac inclinada sobre un camastro. El piloto tenía magulladuras sin importancia repartidas por todo el cuerpo, pero quien se había llevado la peor parte del derrumbe del almacén de pólvora había sido

Owens. Su pierna derecha había sido aplastada de forma horrible por las piedras y cascotes que le cayeron encima y ya nunca volvería a ser la misma. Por eso, después de que todos se hubieron marchado a Nueva Providencia para superar el horror que habían vivido y celebrar cada minuto de vida, Owens había decidido poner fin a su existencia como pirata y regresar a Inglaterra para vivir sus últimos años en su antiguo hogar.

—¿Me estás escuchando siquiera?

La voz risueña de Nicholas y su posterior beso en los labios la devolvieron al presente.

—¿Mmmm?

—Lo que te preguntaba, sirena, es si deseas comenzar una nueva vida lejos del mar o si prefieres embarcarte en otra aventura pirata.

Clover se incorporó sobre los codos y frunció el ceño.

—¿Qué significa eso de una vida lejos del mar? ¿Tratas de deshacerte de mí?

Nicholas la aprisionó bajo su cuerpo y depositó un reguero de besos en su garganta que la hicieron suspirar.

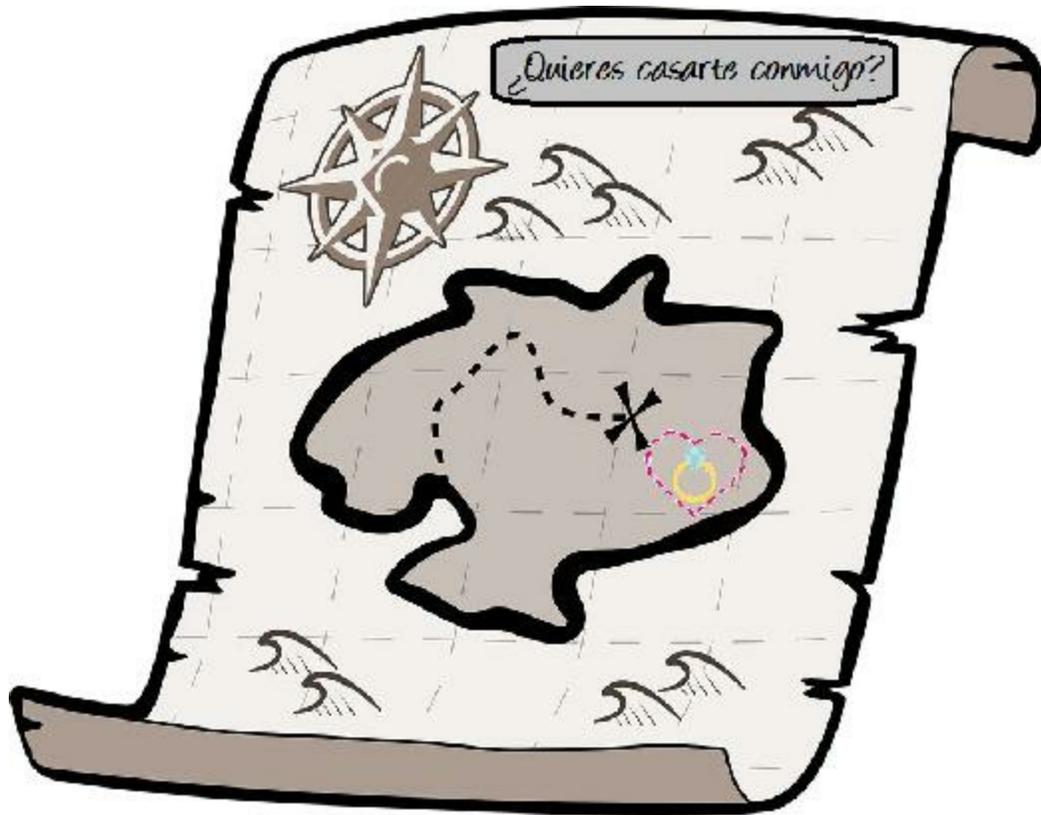
—¿Es necesario que te recuerde quién rechazaba y volvía loco a quién? — Le dio un mordisco en la oreja y Clover dio un pequeño chillido. Luego se puso serio de nuevo—. Me refiero a hacer como Owens, dejar los riesgos y el pasado atrás, y ser otras personas.

—Me gusta quienes somos y las razones por las que lo somos... — respondió con suavidad, y el resplandor azul en los ojos de Nicholas hizo estragos en su pecho—. Pero si tu aventura consiste en exportar a los pobres y descomunales crustáceos de esta isla para convertirlos en sopa, mi respuesta es no.

Nicholas tardó medio segundo en reaccionar antes de hacerla rodar por la orilla entre cosquillas y besos.

—Es algo más complicado que eso... —confesó él al cabo de un rato. Luego sacó un pergamino arrugado de los pantalones.

—¿Un mapa de tesoro? —quiso saber Clover de inmediato, excitada.
Nicholas se lo tendió sin añadir nada más. Tan solo la contemplaba sin perder ni el más mínimo detalle de su expresión.



—¿Casarnos? —casi se atragantó Clover.
—De inmediato.
—Creía que los piratas no se casaban...
El corazón de la joven era un tambor en su pecho.
—Y yo creía que tampoco se enamoraban —murmuró Nicholas contra sus labios—, pero mira lo que has conseguido... Así que, dime qué es lo que deseas, sirena.
Clover le echó los brazos al cuello antes de mirarlo a los ojos.
—Lo que quiero cada noche, mientras las olas nos sostienen, es contar todas las estrellas contigo.
Se besaron con las palabras «te amo» suspendidas en los labios del otro.

FIN

Nota de la autora y agradecimientos

Al igual que si se tratase de una legendaria ciudad hundida, escribir romance histórico significa bucear en el pasado y hallar valiosos tesoros que darán vida y profundidad a una novela que necesita nutrirse de historia. En esta ocasión, viajar al Caribe del siglo XVII, la Edad de Oro de la piratería, para documentarme y aprender sobre corsarios, bucaneros y demás aventureros que buscaban fortuna y gloria en las Indias Occidentales ha sido tan enriquecedor como emocionante. ¿A quién no le gustaría echar un pequeño vistazo a esos bastiones de delincuencia y desenfreno como Tortuga, Nasáu o Port Royal durante su esplendor pirata o presenciar un fiero abordaje a un galeón para hacerse con un jugoso botín? Eso sí, ¡sin ser vistos! Por eso, junto a las obvias licencias literarias que caracterizan toda la serie *Tecléame «Te quiero»*, también he querido incluir hechos, documentos y lugares reales que acompañasen a los protagonistas de «Navegar en tu red». Entre ellos se encuentran, por ejemplo, el fuerte Charles, que sobrevivió al devastador terremoto y posterior tsunami que engulleron Port Royal el 7 de junio de 1692, el código de conducta pirata del temido Bartholomew Roberts o el mencionado manuscrito *Mare Liberum*, que defendía la libertad de navegación en alta mar para aquellas potencias europeas que querían su pedazo del jugoso queso que eran las Américas.

Como curiosidades, los enormes cangrejos con los que Clover se topa en la ficticia isla Umbría sí que existen en realidad. Se llaman cangrejos cocoteros, los más pesados de su especie, aunque su hábitat natural se encuentra en

áreas a lo largo del océano Pacífico y el Índico. Y el apodo de Nuke procede del nombre que se le da a un ataque informático en el que se envían datos fragmentados o inválidos que ralentizan un ordenador hasta que deja de funcionar.

Os espero en las redes sociales para cualquier comentario que me queráis hacer llegar y, como siempre, solo puedo agradecer de corazón el haber llegado hasta aquí de la mano de Clover y Nicholas. Gracias a todos los que formáis parte de la serie *Tecléame «Te quiero»* por ser mis alas para creer que se puede disfrutar con lo imposible.

Isabel Jenner

Próximamente, el libro VI de *Tecléame «Te quiero»...*

Mil mensajes a mi dama

Isabel Jenner

Mes de diciembre del año 999 de Nuestro Señor. El clero ha sembrado el pánico entre nobles y siervos por igual en el reino de Northumbria. Está próxima la fecha en la que un apocalipsis milenarista acabará con el mundo conocido, así como con todas las impías tecnologías que han corrompido la mente del hombre. El temor al «Efecto 1000» ha hecho que el padre de Edyiva de Waren, un acaudalado mercader de dispositivos electrónicos, ponga rumbo a Jerusalén y así poder cumplir su sueño de pisar Tierra Santa antes de que la catástrofe ocurra. La testaruda joven no quiere expiar sus pecados junto a su padre, ya que está muy orgullosa de sus aparatos electrónicos y sus consultas en la Wikipedia, por lo que se queda en Northumbria a esperar su regreso, que debería haber ocurrido un mes antes. Preocupada por su ausencia, Edyiva decide emprender un viaje hacia el Sur para encontrarse con él... Hasta que la acusan de brujería y cae en manos de Elric de Bamburgh, ealdorman de Bamburgh, quien intentará protegerla de los disturbios, el cambio de milenio y de su propia tozudez.

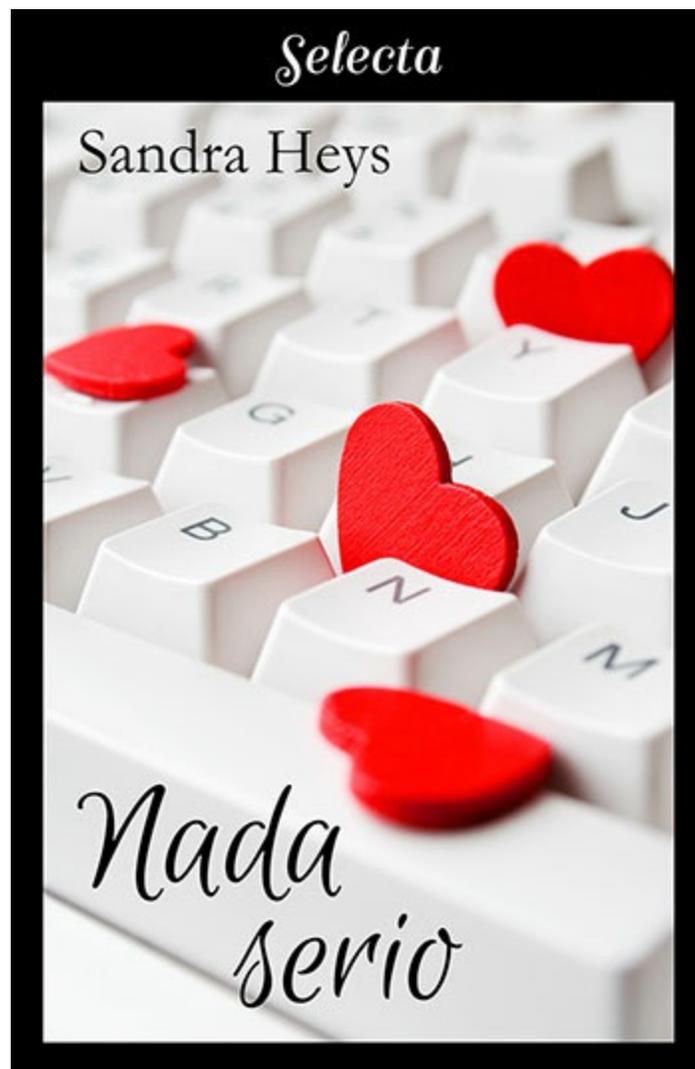
Si te ha gustado

Navegar en tu red

te recomendamos comenzar a leer

Nada serio

de *Sandra Heys*



Capítulo uno

La novia estaba radiante, bellísima. «Es bella», pensó Octavio, viendo cómo se movía feliz por la pista en brazos de su ahora esposo, y uno de sus dos mejores amigos.

A Eduardo lo conocía desde que eran niños. A Isabel, casi cinco meses atrás, un día a comienzos de septiembre, cuando ella llegó al bar donde él estaba con el grupo de amigos que aún conservaba de los tiempos de la escuela.

Era una mujer asombrosa, eso lo había reconocido desde el primer segundo. Se necesitaba mucho coraje para hacer lo que hizo. Y estar muy enamorada. Es decir, llegar a un bar vistiendo de esa manera tan extremadamente sexy y poner en su lugar a un grupo de buenos para nada como eran sus amigos, llamándolos pelmazos, requería mucho valor. Por eso, estaba muy feliz por Eduardo.

De manera objetiva, debía aceptar que era la más bella de todo el grupo con el que había llegado, pero no pudo dejar de contemplar maravillado el cabello como el fuego y las formas redondeadas de Pamela.

En ese instante, la observaba bailar con Jorge, otro de los asistentes a la memorable noche en que habían chocado sus mundos. Por lo que veía, Jorge seguía siendo Jorge, porque ni la distancia podía borrar el gesto de incomodidad de Pamela. Al parecer, había llegado el momento señalado por Isabel de ir al rescate de la colorina. Por un momento, recordó la conversación que había tenido con ella unos días atrás, con una serie de instrucciones que él había seguido al pie de la letra.

«Primero —le había dicho—, revolotea, pero sin tomarla en cuenta a ella. Van a estar en distintas mesas, pero al lado. Te voy a dejar de espaldas a ella, así, ocasionalmente, le puedes dar un codazo y disculparte. Ofrecerle ayuda al

pararse o sentarse, cosas de cortesía general, no particular. Ya sabes, el perfecto caballerito que tu mamá educó», concluyó, Octavio estaba seguro, advertida por Eduardo de la manera en que su amada madre hablaba.

Entre muchas otras cosas, Isabel le aconsejó no invitarla a bailar enseguida ni tampoco muchas veces. Y, sobre todo, nada de atosigarla. Por ejemplo, si iba a la barra, ofrecerle una bebida a todos en la mesa y, finalmente, a ella. Y cuando Jorge se comportara como todos sabían que haría, sería su oportunidad de rescatarla.

Cuando le habló de decirle a Juan que estropeará el único vehículo en el que irían Catalina, la mamá de Pamela y Jacqueline, su tía, él supo que sería el favor más grande que recibiría jamás de parte de Isabel. Lo harían de tal manera que requeriría el uso de la grúa, para dejarlas a ellas sin medio de transporte.

«Tienes que estar muy atento —lo había instruido—, así, cuando ellas se empiecen a despedir, tú también sales y les ofreces, primero, ir a buscar a alguno de los mecánicos... Obviamente, será Juan y, después, las llevas a su casa. Cuento con que mi tía Cata acepte de inmediato, ya está mayor y cansada. Tal vez, en casa, te ofrezcan café. De hecho, sería bueno que bostezaras un par de veces».

Entonces, había tomado forma en Isabel el cambio más drástico que Octavio había visto. Ya no era la simpática vecinita de la que su amigo se había enamorado perdidamente. Era la fiera mujer que había salido a defenderlo de sus propios amigos.

«Que te quede claro —había exigido golpeando su pecho repetidamente con un dedo—, solo estoy haciendo por ti lo que mi hermana hizo por mí al dejarme a Dimi, que es crearte la oportunidad. Cómo la aproveches es cosa tuya y, a partir de ese momento, mi intervención a tu favor va a ser nula. Es más, hazla sufrir y yo voy a hacer que me las pagues».

Octavio no tenía ninguna duda de que el costo a pagar sería elevadísimo. Si no se había enterado en ese momento, en la oficina de Isabel, por cierto que

lo hizo cuando se acostó por la noche. Se había desnudado y fue al baño a lavarse los dientes. Entonces vio tres o cuatro pequeños pero marcados hematomas producidos por los golpes de Isabel en su pecho.

Pero la cuestión era que Octavio no quería hacerla sufrir, muy por el contrario. Le gustaba Pamela, le gustaba mucho. Incluso había ido un par de veces al taller de mecánica automotriz, que era propiedad de la familia de Isabel y donde trabajaba Pamela, bajo cualquier pretexto.

La tercera vez que fue, Isabel lo había enfrentado, sospechaba que alertada por Eduardo. Fue el día en que ofreció ayuda, ya que había hecho todas las averiguaciones pertinentes y había concluido que valía la pena. Sus palabras exactas fueron: «Estás bien para ser un rubiecito translúcido».

Así que, siguiendo el plan cuidadosamente trazado, se puso de pie rápidamente y caminó hasta donde la colorina estaba bailando con Jorge. Aunque decir que bailaba era mucho, se había quedado quieta y tenía los puños apretados.

Algo que había aprendido era que todas las amigas de Isabel eran mujeres de armas tomar y, si no se equivocaba, Jorge pronto recibiría más que un trago en la cabeza, como esa noche, varios meses atrás.

—Permiso —dijo al llegar junto a la pareja—. Espero que no les moleste que interrumpa, pero me parece que Jorge tiene que ir a tomar aire puro.

—No necesito... —empezó a decir el hombre, pero Octavio detectó inmediatamente los dos o tres tragos de más que había bebido.

—Yo creo que sí, Jorge. Ten presente lo que acordamos —murmuró calmo, poniendo una mano sobre el hombro de su amigo.

—Lo siento, Tavo, tienes razón. —Jorge soltó a Pamela, que suspiró aliviada—. Voy a salir un rato y a tomar un café.

Lo vieron caminar en dirección a la puerta, con un ligero bamboleo que dejaba claro el estado del hombre.

—Lo siento, Pamela. —Octavio le ofreció la mano para seguir bailando—. Desde que se separó, Jorge ha tenido muchos problemas.

—Lo siento por él —le respondió la joven, tomándola—, pero no tiene por qué hacerme cargar a mí con sus problemas.

—Lo sé. Por eso es que estaba pendiente de él.

—Ah. —¿Era su impresión o Pamela sonaba un poco decepcionada?—. Bueno, en fin, igual me alegro de que llegaras, no quiero arruinarle la fiesta a Isa, pero estaba dispuesta a darle un buen golpe.

—Todos lo habríamos entendido. Tal vez, hasta lo necesite. Es más, seguro que al menos Héctor me ayuda a agarrarlo para que tú puedas... ya sabes. — Octavio levantó un puño y dio un golpe en el aire—. Pero es mejor evitarlo y no arruinar la fiesta, como dices.

En ese momento, terminó la canción que bailaban y la cambiaron por música tropical, de la que Octavio no era muy fanático, pero por tener a Pamela junto a él, haría cualquier cosa.

Por dos canciones más, hizo lo poco que sabía para defenderse, pero estaba en obvia desventaja. Pamela se movía con tal gracia que hubiera preferido sentarse a observarla que seguir bailando con ella. Lo salvaron las palabras de la novia, que le había recomendado no bailar más de dos o tres canciones con Pamela.

—Tengo una sed terrible, Pamela —le dijo acercándose a ella—. ¿Vamos a buscar algo para beber?

—Bueno. —Lo miró brevemente, luego se giró y se dirigió a la barra.

—¿Por qué no vas a la mesa y yo voy a buscar lo que desees? —le ofreció el hombre tomándola por la cintura para empujarla en la dirección que le indicaba.

Pamela lo miró con cara de pocos amigos, Octavio pensó en seguida que había cometido un error.

—O vienes conmigo, como quieras —continuó rápidamente, encogiendo los hombros—. Yo lo decía para evitarte el amontonamiento. Mi tío Pablo va a tener que agrandar el local de aquí a que se case Claudio, el mayor de los nietos, si quiere seguir celebrando acá los matrimonios.

—Cuando Isa decía que la familia de Eduardo era grande, yo pensaba que se limitaba a tener cuatro hermanas —comentó Pamela confidente.

—No, para nada —le explicó Octavio—. Además, hay que considerar que faltan varios tíos y más de la mitad de los primos.

—Oh, por Dios. —Pamela rio entornando los ojos.

—Yo estoy acostumbrado, aunque no tengo más que un hermano.

—Me lo dices a mí, que soy hija única.

Mientras conversaban, siguieron caminando hasta llegar a la barra, donde Octavio pidió cuatro jugos, ya que Pamela quería llevarles algo a su mamá y a su tía.

—¿No vas a tomar nada? —le preguntó la joven.

—Es que tengo que manejar y ya bebí vino con la cena, con eso completé mi cuota.

—Un hombre responsable. —Pamela aplaudió dos o tres veces—. Eres una especie en extinción.

—Gracias —replicó él con una leve inclinación—, aunque no creo que sea gran cosa.

—Lo es, créeme. —Recibió dos vasos y comenzó a caminar hacia su mesa—. Acuérdate de que trabajo en un taller automotriz y veo todos los días un montón de tipos que se toman un par de copas de más y chocan, algunos con resultados muy catastróficos.

Cuando llegaron donde su madre y su tía estaban sentadas, la muchacha les entregó los vasos y recibió el que traía Octavio, que le sonrió, pero no se sentó a su lado, sino que ocupó la silla donde había dejado su chaqueta y que estaba a casi un metro de la silla de Pamela.

—¿Por qué te sentaste tan lejos? —le preguntó la joven.

Octavio no le respondió, sino que volvió a ponerse de pie y se sentó en una silla más cercana.

—¿Aquí sí? —interrogó Octavio con una ceja arqueada.

—Claro. —Pamela giró la cabeza con indiferencia, pero Octavio pensó que

estaba fingiendo. Hubo algo curioso en sus ojos, un brillo delator que decía que se había acordado a último momento que debía o quería mantenerse alejada de él. Octavio se sintió muy esperanzado, ya que no era la primera vez, desde que se conocían, que Pamela actuaba de la misma manera. Lo incentivaba, como hubiese dicho su madre, solo para alejarlo en el último minuto.

—Hola, Tavo. —La alegre y profunda voz de una bellísima joven morena interrumpió los pensamientos de Octavio.

—Hola, Claudia. —El hombre se puso de pie para saludar a la recién llegada con un beso en las mejillas—. ¿Cómo estás?

—Bien, Tavo. ¿Y tú?

—Muy bien. Claudia, déjame presentarte a Pamela, una amiga de Isabel. — Señaló a la joven—. Su madre, la señora Catalina, y su tía, Jacqueline. Ella es Claudia, una prima de Eduardo.

—Hola —saludó Claudia a Pamela y a las otras mujeres, sonriendo amistosa—. Un gusto. ¿Cómo lo están pasando?

—Hola —respondió una fría Pamela.

—Hola —la saludaron las mujeres mayores con la mayor cortesía.

—Muy bien, gracias. ¿Y usted? —agregó Jacqueline.

—Excelente. Mi tío Pablo sí que sabe cómo dar una fiesta. —La recién llegada se sentó junto a Octavio y señaló el vaso de jugo que estaba en la mesa como preguntando si era de él. Ante su respuesta positiva, lo cogió y bebió un trago.

—Estoy cansada, he tenido una semanita de aquellas. —Apoyó su cabeza en el hombro de Octavio, que la miró extrañado. Aunque mantenían una relación muy cercana, nunca había sido de esa naturaleza, pero luego ella acercó su boca al oído de Octavio y habló muy despacio—. Me mandó Eduardo.

—¿Mucho trabajo? —preguntó, ignorando el último comentario y rodeando sus hombros con un brazo.

—Bastante.

Siguieron conversando un rato, Octavio intentaba incorporar a Pamela y a las otras mujeres en su conversación, pero Claudia se mostraba muy posesiva. Rio internamente por lo curioso de la situación. Nunca había estado tratando de conquistar a una mujer y recibiendo tan obvias insinuaciones de otra.

Cuando la música volvió a cambiar, en esa ocasión, a rock latino, Claudia se puso de pie rápidamente y tiró de la mano de Octavio.

—Vamos, me encanta esa canción.

Octavio la siguió, se volvió brevemente hacia Pamela y le sonrió.

—¿Se puede saber qué te traes? —le preguntó a Claudia cuando la alcanzó en la pista.

—Eduardo me dijo que Isabel le había contado que la dama en cuestión era bastante huidiza —le explicó acercándose a él—, por lo que me reclutó para ayudarte.

—Por Dios, ¿Es que todo el mundo lo sabe? —Octavio tomó la mano de la muchacha y la forzó a dar un giro—. ¿Y nadie tiene confianza en mi capacidad de...?

—No todos, pero los novios lo tienen muy claro. Y no es que no tengan confianza en ti, pero según Isabel, a Pamela hay que darle un par de garrotazos antes que reconozca que le interesa alguien para algo más que divertirse un rato y, naturalmente, tú no quieres solo divertirte, así que...

—¿Tienes algo concreto que decir o te vas a enredar con tanta palabrería, mocosa?

—Objeción, su señoría. Bueno, aparte de a mí, reclutaron a Héctor y Juan, el que trabaja con Isabel, pero no a sus esposas, porque Johanna no sabe guardar un secreto y Adriana, creo que es el nombre de la esposa de Juan, los manda a todos a dormir a la casa del perro de enterarse.

—Adriana tiene un par de cosas que enseñarle a tu prima Sara, es terrible. La primera vez que fui al taller, me miró de pies a cabeza y me preguntó que qué diablos pensaba que estaba haciendo de pie en medio de la recepción. —

Octavio, medio exasperado, medio burlón, entornó los ojos antes de exhalar—. «Busco a Isabel», le respondí, y ella me preguntó si la estupidez era contagiosa o solo había tomado las mismas pastillas para atontarme que Eduardo.

—No entiendo.

—Isabel está el noventa por ciento del tiempo en el taller...

—Por supuesto.

—Dice Eduardo que Juan siempre aconseja quedarse callado con Adriana. Y ahora que está a punto de tener el bebé es peor aún.

—¡Santo Cielo! Al menos, a Sara solo le gusta mangonearnos de acá para allá. En fin, creo que nuestra empresa va por buen camino.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tu Pamela no nos saca los ojos de encima y me mira como si quisiera matarme, así que ahora la segunda parte.

—¿Y cuál es la segunda parte?

—Volvemos a la mesa y yo te convierto en un ser divino, todo un buen chico y tan lindo que no entiendo por qué ninguna mujer ha sido aún lo suficientemente inteligente como para atraparte, y dejo claro que para mí eres como una especie de hermano. —Octavio se rio—. Ya sé que es exagerar y mucho, pero todo vale en el amor y en la guerra.

—¿Es que no soy un buen chico y tan lindo que una mujer tiene que ser como la contraparte femenina de *Forrest Gump* para dejarme huir de su lado?

—Claudia solo lo miró con sus oscuros ojos brillando y un gesto travieso en sus labios—. Bien, vamos a lo nuestro entonces. Tal vez, después consiga bailar con ella.

Fueron a sentarse de nuevo, Octavio preguntó si alguien deseaba algo de beber y solo Claudia le pidió un vaso de jugo.

—Vuelvo inmediatamente.

Cuando llegó a la mesa, Claudia contaba historias de ellos cuando eran niños. Eduardo y su amigo eran cuatro años mayores que ella, por lo que, en

gran parte de sus cuentos, los perseguía y ellos la ignoraban, exceptuando el bueno de Octavio, que, siempre tan compasivo, jugaba un rato con sus muñecas.

—¿Te acuerdas del día en que mi tía Magda nos llevó al supermercado y yo me perdí? —le preguntó al joven que llevaba varios minutos sentado en silencio, escuchándola.

—Cómo no acordarme si, además de los gritos de la tía Magda y el tío Pablo, tuve que aguantar dos semanas de castigo en casa. —Octavio tironeó el pelo de Claudia, reprendiéndola—. Eso, después del susto más grande que había pasado en mis diez años de vida.

—Pobre Tavo —le dijo la muchacha compasiva.

—Y que lo digas, todo por ser el único que tenía paciencia para aguantarte. Ni tu primo se hacía responsable de ti. Era un pequeño diablillo —le explicó Octavio a las otras mujeres.

—Oh, sigo siéndolo, pregúntale a cualquier abogado de la fiscalía oriente. Los tengo locos a todos, y no de la buena manera. —Claudia tomó la mano que Octavio tenía sobre la mesa—. Eduardo también lo pasó fatal. Su castigo, además de no poder salir a jugar contigo, incluía la eliminación total de los dulces y postres. Y sermones a destajo por parte de tío Pablo, tía Magda y Sara. Claro que, a partir de ese día, Eduardo desarrolló su ya famosa paciencia y sentido de responsabilidad. Y aprender a cocinar para que nunca más le negaran algo que quisiera comer.

—Exacto, no puede haber un niño desatendido en su presencia. A veces, pienso que Eduardo tiene un radar que detecta un estómago vacío o alguna necesidad inminente —aportó Octavio.

—Entonces, a la larga, le hiciste un favor a Eduardo, ¿no? —dijo Jacqueline, sonriéndole a Claudia.

—¿Por qué dices eso, tía? —le preguntó, arisca, Pamela.

—Es obvio. Piensa. Un día, la prima se pierde —explicó la mujer—, a Eduardo lo retan y lo castigan. Por eso, aprende de todo lo necesario para

cuidar a un niño. Muchos años después, Baran tiene un accidente, Franny tiene que salir corriendo a Estados Unidos e Isa se hace cargo de Dimi. Creo que Octavio tiene razón con lo del radar, detectó un pequeño en problemas a través de las paredes y en pleno apagón. Si Eduardo no hubiese sabido lo que sabe, ni se habría asomado a la puerta y no habría conocido a Isabelita. Y nosotros no estaríamos acá, teniendo esta conversación.

—Tiene toda la razón, señora —le contestó Claudia, feliz—. Y qué buen argumento, debería de ser abogada. Si no le molesta, voy a usurparlo para incordiar a mi querido primo, ya que hasta el día de hoy me molesta por mi extravío.

—Pero tienes que reconocer que hay razones para molestarte —dijo Octavio tomándole el pelo—, después de todo, te soltaste de mi mano porque nosotros estábamos viendo las pelotas de básquetbol y tú querías ir a ver las muñecas. Y todavía no entiendo qué tienen las muñecas de fascinantes.

—¡Hombres! —Claudia levantó las manos—. Bien, si me disculpan, veo que mi primo tocayo me está haciendo señas, seguramente, para bailar, así que ahí voy. —Se puso de pie, se despidió de las mujeres y le revolvió el pelo a Octavio.

Octavio trató de ordenárselo, pero no obtuvo un buen resultado. Pamela sonrió al ver cómo se desordenaba aún más su rubia cabellera.

—Ven acá. —Estiró sus manos y le arregló lo peinó—. Ya, ahora sí.

—Gracias —contestó Octavio, haciendo un gran esfuerzo por mantener su voz normal. Era la primera vez, desde que conocía a Pamela, que ella lo tocaba por iniciativa propia. No sabía qué más decir o hacer. Por suerte, no tuvo que esforzarse demasiado, ya que los novios se habían acercado al micrófono y estaban pidiendo la atención de la concurrencia.

—Hola —saludó Isabel—. ¿Cómo lo están pasando?

Los presentes manifestaron su satisfacción con gritos, aplausos y golpes en las mesas.

—Excelente —continuó la novia—. Bueno, con Eduardo queremos darles

las gracias por estar con nosotros en este día tan especial.

—Mi esposa y yo. —Eduardo le quitó el micrófono a Isabel, pero se interrumpió de inmediato. Con una enorme sonrisa, continuó hablando—: ¡Qué lindo suena eso!

Nuevamente los asistentes aplaudieron a rabiar y se escucharon algunos gritos, entre ellos, a Sara que exclamaba «¡Por fin!».

—Sigue, Eduardo. —Octavio trataba de hacerse escuchar sobre los gritos.

—Era todo lo que quería decir —explicó el novio—. Mi esposa y yo.

—Pero yo tengo algo más que decir —agregó Isabel—. Algunos me han preguntado cómo me las arreglé para organizar la boda tan rápido. Entonces, voy a mezclar los agradecimientos con las explicaciones.

Eduardo se sentó sabiendo que vendría un discurso largo.

—Lo primero que uno tiene que tener es un primo que sea oficial del Registro Civil, entonces puede ir a casarte cuando quieras y donde quieras. —Había levantado un dedo al comenzar a hablar—. Así pues, un aplauso para el primo Gerardo. Lo segundo —levantó otro dedo después de que cesaran los aplausos— es tener un tío cura que mueve otros compromisos para presidir tu matrimonio. Gracias, tío Jorge.

—De nada, hija —dijo el hombre, poniéndose de pie para recibir su aplauso.

—Lo tercero —siguió contando con sus dedos— es tener una prima que te ha hecho ropa toda la vida y conoce tus medidas y gustos como los propios y es la mejor diseñadora del mundo, dicho sea de paso. La llamas y le dices: «Lorena, necesito un vestido de novia para tal día», y después vas a probártelo y es perfecto. Gracias, Lore. —Más aplausos cuando una muchacha muy parecida a Isabel hizo un par de reverencias traviesas—. También es muy importante tener una amiga y una cuñada que separadas son mandonas, pero juntas son dinamitas. Literalmente. Estoy segura de que a pura fuerza de voluntad serían capaces de mover una montaña. Ellas se encargaron de todos los detalles, incluyendo llevarme a la rastra a probarme

el vestido. Gracias, Adriana y Sara. —Dos mujeres, una alta y morena y la otra baja, igualmente morena y muy embarazada, saludaron a la concurrencia.

—¡Del sobrino me encargo yo, así que, Sara, que no se te metan ideas en la cabeza! —exclamó Eduardo, lo que arrancó una risotada, particularmente, de los hombres.

—Cuarto —continuó Isabel después de darle un pequeño golpe en el hombro a Eduardo—, le agradezco infinitamente a mi querido cuñado por acompañarme al altar y tomar el lugar de mi padre en este día tan especial.

—Solo te devolvía el favor, *dorogaya* Isabel —dijo un hombre alto, rubio y muy guapo que estaba sentado en la mesa principal junto a una mujer pequeña, bella y etérea, también embarazada. La hermana de la novia—. Y cumplía con la promesa que le hice a mi suegro. Me falta solo una y termino.

—Con esa te ayudo yo. —Isabel le guiñó un ojo, lo que dejó a casi todos los presentes desconcertados. Octavio el que más al notar lo sonrojada que estaba Pamela y el gesto pícaro de Jacqueline, quienes obviamente entendían de qué hablaban.

—Bueno, Baran, yo también tengo que agradecer que te cayeras y a Fran por dejar a Dimi con Isa —agregó Eduardo.

—Pero no te acostumbres —replicó el aludido con el ceño fruncido.

—Y lo quinto y último —continuó la novia— es que tu suegro sea el propietario de este magnífico local y que esté dispuesto a cerrarlo el día que tú le digas para celebrar tu fiesta.

Una versión envejecida del novio se puso de pie e hizo una pequeña reverencia mientras los amigos del novio gritaban «¡Pablo! ¡Pablo!».

—Es un placer, querida. —El hombre levantó las manos para callar a sus invitados—. Y espero celebrar un bautizo dentro de poco.

—Ay, suegro...

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo Eduardo, interrumpiendo a la mujer—. Al menos, lo voy a intentar. Todos los días.

Una nueva ola de vítores y gritos recorrió el lugar. Sobresalía el grito de

Pablo, que decía su frase favorita: «Hijo de Tigre».

—¡Y antes que me olvide! —Isabel casi gritaba, intentando obtener calma entre la audiencia—. Antes que me olvide, también quiero agradecer al personal de mi suegro por el maravilloso trabajo que han hecho esta noche. Y a todo mi personal por aguantarme estos meses, les juro que ahora van a mejorar las cosas.

—O a empeorar si consigo mis objetivos —gritó, nuevamente, Pablo.

—¡Pablo! —se escuchó la voz disgustada de Magdalena, la madre de Eduardo.

—No se preocupe, suegra —Isabel le guiñó un ojo a la mujer—, mejor compremos su silencio con un baile. Acompañeme, suegro querido. Música, por favor.

Isabel se reunió en medio de la pista con Pablo y comenzaron a bailar, mientras Eduardo caminaba a donde estaba sentada la madre de Isabel. La mujer había tenido un derrame cerebral hacía poco, pero con la ayuda de un excelente grupo médico, había recuperado gran parte de su movilidad, por lo que acompañó algunos minutos a su nuevo hijo en la pista.

—Isabel parece llevarse muy bien con su suegro —escuchó Octavio que decía Jacqueline, por lo que se volvió hacia las mujeres que lo acompañaban.

—Lo adora —agregó Pamela—, creo que se debe fundamentalmente a que llega al taller a cualquier hora del día con algún nuevo plato para ella.

—Yo creo que es porque le recuerda a su papá —acotó Octavio.

—El caballero no se parece en nada a don Cristian —murmuró Catalina, algo molesta le pareció a Octavio—, excepto en que ambos son altos.

—La misma Isabel me lo dijo —agregó Octavio tratando de no sonar como que contradecía a la mujer—. No sé si se parecerán, ya que no conocí al padre de Isabel.

—Nosotras sí, por eso se lo digo, joven —insistió Catalina—. De hecho, Isabelita se parece mucho a él. Altos, delgados, la tez clara y el cabello castaño claro, medio rojizo.

—Hermana, Isabelita se parece más a la señora Anunciación —replicó Jacqueline—, aunque es innegable el aire Irribarren que ti...

—¿Será porque la señora Anunciación es la mamá de don Cristian? —Catalina le habló a su hermana como si aún fuera una niña.

—Sí, pero don Cristian era rubio, como don Tomás —porfió, una vez más, Jacqueline.

—Como sea —las interrumpió Pamela—, la cosa es que físicamente no se parecen en nada, excepto en la estatura. Mi tío Cristian era... —La colorina sonrió con ternura—. Era el hombre más bueno y despistado del mundo, con un sentido de la oportunidad único y terriblemente generoso. Siempre estaba alegre. Nunca se enojaba y, si lo hacía, procuraba no demostrarlo. Isabel se parece a él en eso. Sé que don Pablo es así en algunos sentidos, pero tiene algo muy especial y es que, cuando le hablas, parece que no hubiera nadie más importante para él en el mundo. Y debe ser difícil de conseguir, considerando que es obvio que adora a su mujer, que tiene cinco hijos, doce nietos y la familia más grande que he visto en mi vida.

—¿Sabes, Pamela?, tienes toda la razón —confirmó Octavio—. Mi tío Pablo se desvive por atender a todo el mundo. Eso lo heredó Eduardo de él. Yo siempre me sentí muy bien acogido en su casa. Más ahora, desde que fallecieron mis padres, me han incorporado como uno más del clan.

—¿Sus padres murieron, joven? —preguntó Catalina.

—Sí, hace unos años ya.

—¿De qué? —interrogó, nuevamente, la mujer.

—¡Mamá! —exclamó Pamela, horrorizada.

—No hay problema, Pamela, no me molesta hablar de ellos —dijo el joven tomando la mano de Pamela—. Mi papá sufría Alzheimer, se deterioró muy rápido, pero antes que muriera, mi mamá enfermó de cáncer. No hubo mucho que hacer, murió en poquísimos tiempo. Y él la siguió a los diez meses. A pesar que ya casi ni la reconocía, no aguantó mucho sin ella.

—¿No tiene más familia entonces? —Al parecer, Catalina no quería dejar a

su presa.

—Mamá...

—¿Qué? ¿Está prohibido hacer preguntas acaso?

—Un hermano, pero él no vive acá. Y no nos llevamos muy bien, de cualquier manera —contestó Octavio impidiendo que madre e hija siguieran discutiendo. Sus ojos verdes se iluminaron con ternura cuando miró la pista, donde Magdalena había llevado a varios de sus nietos pequeños a bailar para evitar que se quedaran dormidos—. Por eso, mi tía Magda me invita siempre a almorzar. O yo mismo voy con alguna cosa comprada en el supermercado a tomar onces con ella. Como mi tío Pablo siempre llega tarde...

—Eso es bueno —aportó Jacqueline en un tono más alegre—. ¡Oh! ¡Me gusta mucho esta canción! —agregó después de una pausa.

—¿Quiere bailar? —le preguntó Octavio, tendiéndole la mano.

—Debería bailar con una muchacha jovencita como usted. No con un vejestorio como yo.

—¿Vejestorio? —le dijo Octavio poniéndose de pie—. ¿No es usted la hermana menor de Pamela?

—La hermana menor de Catalina —replicó la mujer antes de ponerse de pie y tomar su mano.

—Casi lo mismo, ¿no? —Riendo, la guió a la pista de baile.

Bailaron un buen rato, hasta que volvieron a apagar la música y encender las luces. Había llegado el momento de cortar la torta.

—Me salvé —suspiró Jacqueline al sentarse—, un minuto más y habría tenido que reconocer que ya no estoy para estas actividades.

—Tonteras. —Octavio desestimó sus quejas con un movimiento de las manos—. Si parece lola de quince.

—*Lolasauria* de quince siglos, dirá. —Jacqueline se daba aire con una servilleta—. Y muy sedienta. Voy a buscar un jugo.

—Yo voy. —Octavio se puso rápidamente de pie—. ¿Alguien quiere algo?

—Yo me tomaría un té, joven. ¿Sabe a quién hay que pedírselo? —

preguntó Catalina.

—A alguno de los meseros —explicó Octavio—. No se preocupe, yo le digo a Roberto, el asistente de mi tío Pablo. Pamela, ¿tú quieres algo?

—No, gracias —negó la colorina sonriendo.

Octavio caminó hasta donde estaba parado un hombre de unos cuarenta años, de aspecto ratonil, le solicitó el té e indicó la mesa. Cuando iba hacia el bar, fue interceptado por un hombre joven, aproximadamente de su misma edad.

—Compadre —le habló con voz profunda y pausada—, ¿se acuerda de mí?

—Claro que sí, hombre. Eres Juan, el jefe del taller, amigo y compañero de Isabel del colegio y esposo de Adriana —respondió Octavio a su interlocutor, como recitando todo lo que sabía de él—. No sé si felicitarte o compadecerte por eso último.

—Espero sus felicitaciones, mi general es una mujer muy especial. —El hombre le tendió la mano—. Un gustazo volver a verlo. Oiga, ya está listo su pedido.

—¿Qué pedido? —le preguntó Octavio después de soltarse de su apretón.

—Un encargo que me hizo Isabel para usted.

—¡No, por Dios! —exclamó sorprendido—. No pensé que Isabel estuviera hablando en serio.

—Isa es una mujer bastante seria. O lo era antes de conocer a Eduardo. Más bien, lo fingía, aunque... —Sonrió—. Bueno, no importa. Lo que sí es cierto es que jamás ha hecho una broma a expensas de un automóvil. Menos aún de echar a perder uno a propósito.

—Bueno, si es así, no me queda otra que seguir adelante entonces. —Rio—. La verdad es que parece que todos están muy interesados en ayudarme.

—Yo estoy en esto porque me lo pidió mi tío Cristian —le explicó Juan—. Isabel está convencida de que eres el candidato ideal para Pamela, y con Baran ya estamos algo desesperados con ella. Le advierto, eso sí, que Pamela es dura de mollera y que convencerla puede costarle mucho trabajo. Así que

suerte, la va a necesitar. Y mucho aguante. Ah, y paciencia y, probablemente, la compasión de todos nosotros. Y... No le digo más, que ya parece asustado, pero no se preocupe. En fin, cuando ustedes se pongan de pie para irse, voy a ir a la puerta para que no se demore mucho en encontrarme.

—Gracias por todo.

Siguió su camino hacia el bar, donde pidió el jugo de Jacqueline, y volvió a su mesa.

—Te dejaron tu torta, Octavio —le indicó Pamela cuando él se sentó.

—Gracias. —El joven cogió el plato y se llevó un trozo a la boca—. Prepárate, me imagino que ya van a tirar el ramo.

—Prepárese usted también entonces, porque seguro Eduardo hace escándalo al tirar la liga —le dijo Jacqueline risueña.

—La gran diferencia es que a Isabel solo le queda una amiga soltera. —Octavio señaló a Pamela—. En cambio, en nuestro grupo, Héctor es el único casado. Claro que yo tengo ventaja, después de tantos años de básquetbol, soy capaz de recibir cualquier pase que Eduardo me lance.

—Pero parece que hubieran más hombres que mujeres solteras —comentó Jacqueline.

—De lo mismo se quejaron los tres pelmazos —agregó Octavio, lo que provocó las risas de Pamela y Jacqueline.

—¿Qué es eso de los tres pelmazos? —preguntó Catalina.

—Mamá, acuérdate que te conté, ese día en el bar, cuando conocí a Octavio e Isabel puso en su lugar a unos amigos de Eduardo.

—Ah, por supuesto, hija —murmuró la mujer entristecida—. Lo siento, mi memoria ya no es la misma.

—¿Estás cansada, mamá?

—Un poco, hijita —respondió la mujer, ocultando un bostezo.

—Cuando quieras, nos vamos. —Pamela acarició la mano de su madre.

—Después de que Isabelita tire el ramo —le respondió Catalina.

—Bueno. —Pamela se giró y miró a Octavio, que sonreía ante la ternura de

la escena.

Y también sonreía por el gusto que le había dado escuchar a Pamela decir «cuando conocí a Octavio» antes de mencionar a Isabel.

—Creo que yo también me voy a retirar temprano —comentó Octavio—. Tengo mucho que hacer en casa mañana.

—Pamela, anda, que Isabelita te está haciendo señas. —Catalina sonrió a la muchacha—. Quisiera llevarme el ramo a casa.

—Lo intentaré, mamá —respondió Pamela, se puso de pie y fue al centro de la pista donde se habían reunido unas pocas mujeres.

Isabel, parada en el escenario, bromeó con sus invitadas, haciéndolas bailar, y con falsos intentos de tirar el ramo.

Cuando por fin lo hizo, utilizó mucha fuerza y arrojó el ramo más allá de donde estaban reunidas las mujeres, por lo que Pamela, que estaba en la última fila, fue la beneficiada al conseguir llegar más rápido al lugar donde había caído.

Fue al escenario para tomar la foto solicitada por la novia, que aprovechó de susurrar algo en el oído de Pamela. La muchacha, con las mejillas enrojecidas por la vergüenza que le provocó el comentario, volvió hasta la mesa en medio de aplausos.

Luego llegó el turno de los hombres solteros. Como dictaba la tradición, el novio se sentó en una silla que estaba sobre el escenario, se bajó la intensidad de las luces y se puso una música sugerente para que la novia bailara un poco hasta que el novio consiguiera sacar la liga que portaba en su muslo.

Cuando Eduardo consiguió su objetivo, se puso de espaldas al grupo y esperó la indicación de su esposa para saber hacia qué lado debía lanzar. Obviamente, se habían puesto de acuerdo para conseguir que tanto Pamela como Octavio fueran los solteros señalados como aquellos que, en teoría, serían los próximos en casarse.

Los hombres se comportaron casi como niños, se empujaron, se tiraron al suelo y casi pelearon por obtener el premio. Tal como había anunciado

Octavio, con su instinto refinado por años y años jugando básquetbol con el novio, fue quien se alzó con la prenda.

Cuando el fotógrafo se acercó a los hombres, Octavio y Eduardo jugaban con la liga. Se la ponían de pulsera o collar, incluso Eduardo llegó a colocarla como una especie de tiara en la cabeza de su amigo.

Isabel quiso sacarse una foto en grupo, los novios y aquellos que habían obtenido los recuerdos, luego ella con Octavio, Eduardo con Pamela y, finalmente, Octavio y Pamela.

Antes que se reanudara la música, los novios volvieron a tomar la palabra para despedirse. Fueron abrazados por sus progenitores y familia y dejaron el salón al ritmo de la marcha nupcial.

—Puede que los novios se hayan ido —dijo el padre del novio—, pero la fiesta sigue, así que música, maestro.

Varios volvieron a la pista, pero en la mesa de Pamela, el movimiento que se suscitó fue el de retirada. Muy atenta, la joven ayudó a Catalina a acomodarse el chal con el que andaba, se cubrió ella misma con un pequeño bolero y, tomando el brazo de su madre, se encaminó a la salida junto a su tía.

Octavio, que estaba muy nervioso, fue rápidamente a despedirse de los anfitriones y, de paso, de sus amigos. Héctor, su otro mejor amigo, le deseó suerte, lo que no consiguió calmarlo. Muy por el contrario.

Salió hacia el estacionamiento y vio que las mujeres ya estaban instaladas en el automóvil, con Pamela al volante. Tratando de disimular, les hizo un gesto con la mano derecha y se encaminó hacia su vehículo.

Pamela ya giraba la llave cuando Octavio se sentó. El rostro de la mujer cambió de tranquilo a ligeramente molesto cuando Octavio comenzaba a avanzar hacia ellas. En el momento en el que el joven llegaba junto a Pamela, ésta abrió el capó y salió del automóvil.

—¿Algún problema? —preguntó Octavio, tragando saliva, después de detener su vehículo y salir de él.

—No parte esta porquería —dijo Pamela muy molesta—. Se supone que lo

revisaron hace menos de un mes.

—Voy a buscar a alguno de los muchachos —ofreció, volvió a entrar en el automóvil y detuvo su funcionamiento.

—Gracias, Octavio —replicó la muchacha sin mirarlo.

El hombre fue hacia la puerta y encontró a Juan de pie a escasos metros de ella.

—Está enojadísima —le contó a Juan—, dice que se supone que hace menos de un mes lo revisaron.

—No se preocupe, compadre. —Octavio se preguntaba cómo Juan podía estar tan calmado, aunque, claro, no era su cuello el que estaba en juego—. Ya lo tengo todo pensado.

Fueron tranquilamente hacia donde estaban las mujeres, conversaban de la fiesta y disimulaban su verdadero propósito.

—¿Qué pasa, Pame? —preguntó Juan al llegar a su destino.

—Esta porquería no parte —repitió Pamela molesta—. Exijo una explicación. ¿No se supone que le hicieron una mantención?

—Y se la hicimos. Fue Rafael quien se encargó de de todos los vehículos del taller —comentó el hombre reflejando mucha extrañeza en su voz—, y yo lo supervisé. Déjame ver, es posible que sea un cable suelto.

El hombre se acercó al automóvil, sacó de su bolsillo una navaja multifuncional, que usaba de llavero, junto con una pequeña linterna. Revisó por unos minutos, hizo algunos ajustes y pidió que lo pusieran en marcha.

Pamela fue hacia el asiento del piloto e hizo contacto. Por un breve instante, el vehículo cobró vida, pero murió inmediatamente.

—No sigas, Pame —indicó el mecánico volviendo a inclinarse sobre el capó—, ya sé qué es lo que está fallando.

—¿Qué pasa? —preguntó Pamela preocupada.

—Nada grave, en todo caso —explicó Juan, haciendo una pausa para esperar a Pamela. Cuando ella estuvo a su lado, continuó—: Fatiga de materiales. Imposible de detectar a menos que falle. Tiene que haber algún

problema en el registro, porque debió haberse cambiado unos conectores con sus tornillos y sistema de ajuste, se ven viejos.

—¿Puedes arreglarlo? —le preguntó Jacqueline, que había bajado del automóvil y escuchaba las explicaciones.

—Sí, pero no tengo acá ni las herramientas ni el repuesto —sentenció Juan—. Lo mejor que se puede hacer es ir al taller a buscar la grúa y arreglarlo allá.

—¡Por Dios! —exclamó Pamela—. ¿Y ahora cómo voy a llevar a mi mamá a casa?

—Si me esperan, yo puedo llevarte —le dijo Juan de inmediato—, pero primero quiero ir con Rafael a buscar la grúa y llevarme el automóvil al taller al tiro. El lunes lo arreglo con calma.

—¿Y cuánto te vas a demorar? ¿No puedes ir a dejarnos primero? —preguntó Pamela, impaciente.

—No puedo arriesgarme a que Rafael se vaya antes que yo vuelva, Pame —concluyó Juan, comprensivo—, por lo que creo que lo mejor es que esperen adentro.

Octavio había observado, silencioso, la escena, no quería ponerse en evidencia, pero captó una mirada rápida de Juan e intervino.

—Yo puedo llevarlas, Pamela —ofreció Octavio adelantándose un paso hacia la mujer—, no tengo ningún problema. ¿Dónde viven?

Jacqueline ni siquiera dejó que su sobrina hablara, respondió de inmediato, preguntando, a su vez, si no era demasiado lejos de su ruta.

—Algo. —Octavio encogió los hombros ligeramente antes de continuar—. Pero, repito, no tengo ningún problema.

—Listo entonces —intervino Juan estirando su mano hacia Pamela—. Déjame las llaves y yo me encargo de todo. Mientras, mi compadre las lleva a la casa.

—Hermana —Jacqueline fue hacia la puerta del copiloto—, Juan se lleva el automóvil al taller. Octavio nos va a dejar. —Abrió la puerta y tomó el brazo

de Catalina para ayudarla a bajar.

Juntas se dirigieron al vehículo de Octavio, quien, diligente, se acercó y abrió las puertas para que ambas mujeres se acomodaran.

Pamela sacó las llaves del contacto y lo cerró, se las pasó a Juan y fue hacia su puesto, junto a Octavio.

—Me tienes que indicar cómo llegar hasta tu casa, Pamela —señaló Octavio, poniendo en marcha el motor.

La muchacha estaba sentada muy enfurruñada y con los brazos cruzados sobre el pecho, por lo que fue Jacqueline quien contestó y siguió dando las instrucciones por el camino.

Las dos mujeres mayores y el hombre mantuvieron una conversación alegre y distendida en el trayecto. Pamela se limitó a mirar por la ventana sin intervenir para nada en el diálogo.

Iban a la mitad del camino cuando Octavio recordó el último consejo de Isabel. Aprovechó una luz roja para bostezar muy exageradamente.

—Tengo sueño —murmuró, como excusándose, antes de reanudar el camino.

—Yo también estoy cansadísima —dijo Jacqueline—. Hoy el taller fue una locura, a pesar que habíamos anunciado desde hace un mes que estaría abierto solo hasta la una de la tarde.

—¿Y qué hace usted en el taller, Jacqueline? —preguntó el joven

—El aseo, el orden y apoyar cualquier función que pueda, especialmente a mi sobrina, cuando llegan los clientes en masa a hablar con Isabelita —respondió la mujer—. Hay que servirles café y hacerles un poco la pelota.

—¿Van muchos a hablar con I-Isabel? —preguntó Octavio fingiendo otro bostezo.

—Bastantes. Le pasa por ser tan buena en lo que hace —Jacqueline sonaba medio tierna y orgullosa, medio irónica y disgustada.

—En tiempos de don Cristian —intervino Catalina—, no había tal cosa como pedir hora para hablar con nadie. El mecánico que te tocó, te tocó y

punto.

—Pero Isabelita atrae una clientela especial, hermana —contradijo Jacqueline.

—Acá, dobla a la derecha, Octavio, por favor —Pamela hablaba por primera vez en muchos minutos—. Y en el ceda el paso, dentro de dos cuadras, de nuevo a la derecha; la tercera casa es la nuestra. Y ustedes déjense de hablar de trabajo, si me hacen el favor.

—Hija, yo hablo de lo que quiero y se acabó —dijo Catalina reprendiendo a Pamela.

—¿Era acá a la derecha, Pamela? —preguntó Octavio para evitar una confrontación entre madre e hija.

—Sí, Octavio, gracias. —Pamela levantó una mano y apuntó una casa—. La casa verde es la nuestra.

Octavio estacionó donde le indicaban y bajó rápidamente. Abrió la puerta de Pamela, quien aceptó su mano para apearse. Luego Octavio dio la vuelta para ir a ayudar a la madre de Pamela, pero Jacqueline ya asistía a Catalina.

—Pamelita —se escuchó que decía Jacqueline—, despeja el camino y vienes a ayudarme, tu mamá no puede mover las piernas.

—¿Qué pasa, señora Jacqueline? —preguntó Octavio.

—Es que mis piernas no funcionan todo lo bien que quisiera, joven —respondió la mayor de las hermanas, triste—, así que, a veces, me tienen que llevar cargada.

—Yo la llevo, si gusta —se ofreció el joven de inmediato.

—Gracias —aceptó la señora, con la cabeza erguida, dignamente.

Cuando estuvo acomodada en su cama, Octavio recordó que se suponía que tenía sueño, por lo que aprovechó la instancia para bostezar.

—Hija —un nudoso dedo de Catalina señaló la puerta—, prepárele un café al joven, que todavía tiene que manejar hasta su casa.

—No se preocupe... —comenzó a decir Octavio tratando de que no pensaran que estaba imponiendo su presencia.

—No es ninguna molestia. —Probablemente, la tranquilidad que le daba ver a su madre acomodada en su cama hizo sonreír a Pamela—. Ven conmigo.

—Si no es molestia, te sigo. —Octavio la miraba fijo—. Buenas noches, señora Catalina, que descanse. Señora Jacqueline.

—Buenas noches, joven, y gracias por todo —replicó Catalina, que fue rápidamente secundada por su hermana.

Pamela y Octavio salieron de la habitación y fueron a la cocina, que estaba en el primer piso. En el camino, Octavio observó todos los detalles de la pequeña casa, en especial, las fotos que estaban colgadas en las paredes. Se fijó particularmente en una en la que aparecían cinco niñas. No necesitaba que nadie le dijera quiénes eran. Se distinguía con claridad el cabello rojo de Pamela, la figura etérea de Francisca, la alta y espigada Isabel, la determinación en los ojos de Adriana y, en el centro, la mayor de todas, Lorena, tratando de organizar a sus primas y amigas, aun cuando parecía la más traviesa de todas.

—A mi tío Cristian le encantaba retratarnos a las cinco juntas —le explicó Pamela al notar la fotografía que miraba.

—Querías mucho al papá de Isabel —le dijo Octavio mirándola con ternura.

—Bastante. Fue como un padre para mí —aseguró la muchacha cuando llegó al pie de la escalera.

—Disculpa que te pregunte, pero ¿y tu papá? —dudoso, Octavio la interrogó mientras la seguía. El problema era que Eduardo le había transmitido sus propias dudas. Nadie hablaba nunca del progenitor de la colorina, ya que nadie parecía saber nada de él. Ni siquiera la misma Pamela.

—Para eso tendrás que preguntarle a mi mamá. —Su tono había cambiado bruscamente—. A mí nunca me ha querido decir quién era. Lo único que sé es que estuvo el tiempo justo para concebirme y después se fue. Dejó a mi mamá totalmente sola, ya que mi abuelo la echó de la casa cuando supo que

estaba embarazada.

—¿Y tu abuela? Normalmente, las mamás son más comprensivas — preguntó el joven mientras veía como la mujer hablaba sin dejar de moverse por la cocina y preparaba el café ofrecido.

—Mi abuela murió cuando mi mamá era una niña. Para esa época, él se había casado con la mamá de mi tía Jacque —respondió en un tono robótico, evidenciando que ese tema no le resultaba agradable. Y él podía entenderlo. Ni siquiera le gustaba recordar a su hermano—. Mi tía se enojó mucho cuando supo lo que había pasado. Había salido del colegio un par de años antes y, a pesar del deseo de su madre de que estudiara, había empezado a trabajar haciendo aseo en una empresa. Mi mamá también trabajaba, no en el taller, eso sí. Así que mi tía la buscó y con sus respectivos sueldos arrendaron un departamento muy pequeño y se fueron a vivir juntas. Se las arreglaban como podían para trabajar y cuidarme. Y nunca volvieron a ver a su papá. Yo nunca lo conocí.

—No me extraña, entonces, que estés tan apegada a ellas —comentó Octavio al recibir la taza de café que Pamela le entregaba.

—Tanto, que a veces me gustaría tener otro trabajo. —Su gesto se aligeró notablemente—. Por suerte, como mi tía sí tiene otro trabajo en las tardes y va a la casa de Isabel tres veces por semana, al menos no nos vamos juntas a la oficina. Cada una sale de acá en su propio automóvil.

—Parece que todos en el taller tienen vehículo propio —le comentó tratando de cambiar el tema.

—Así es. Isabel ha insistido mucho en eso. —Se sentó frente a él con una taza en las manos—. Incluso Rafael, que entró a trabajar en julio del año pasado, ya tiene uno.

Siguieron conversando por un rato, recordaron momentos de la boda y la fiesta, y hablaron de cosas sin importancia como el clima o el último escándalo de la farándula.

Una hora después, Octavio empezó a sentir sueño, esta vez, de verdad.

Antes que Pamela pudiera notar la diferencia entre sus bostezos fingidos y los reales, se puso de pie y comenzó a caminar hacia la salida, seguido de cerca por la muchacha.

Cuando llegaron a la puerta, Octavio se giró para quedar de frente a Pamela.

—Gracias por el café —le dijo mirándola a los ojos.

—Gracias a ti por la ayuda —le respondió Pamela un poco nerviosa—. No sé qué habría hecho sin ti.

—De nada —murmuró Octavio sintiéndose culpable. Sin él, no habría necesitado ayuda.

—Llámame cuando llegues a tu casa, por favor —pidió Pamela acercándose un paso hacia él—, así sabré que llegaste bien.

—Pero va a pasar mucho rato —como siempre se repetía, Octavio podía ser muchas cosas, pero tonto no, así que aprovechó que ella se había acercado para tomar una mano suave, blanca y con un par de pecas entre las suyas—, incluso considerando que, por la hora, no va a haber nadie en las calles.

—¿Mucho rato? —preguntó Pamela entrecerrando los ojos—. Dijiste que no te alejabas mucho de tu ruta.

—Mentí. —Casi sin vergüenza, Octavio encogió los hombros—. Si te hubiera dicho dónde vivo, no me habrías permitido que te trajera.

—¿Y dónde vives? —Con brusquedad, Pamela se soltó del agarre masculino y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Recuerdas dónde vive mi tío Pablo?

—Sí, ahí celebraron el cumpleaños de Eduardo el año pasado. Y la fiesta de compromiso —respondió Pamela.

—¿Y conoces ya la casa que se compraron Eduardo e Isabel?

—Esa pregunta es estúpida —murmuró Pamela cada vez más molesta—. Fuimos la semana pasada cuando la entregaron, pero recuerdo claramente que estuviste ahí el día que la vieron por primera vez. De hecho, ¿no fuiste tú quien le consiguió ese dato a Isa?

—Claro, tienes razón. ¿Sabes? Había olvidado que andaban todos ustedes de acá para allá encontrándole defectos a la casa.

—No eran defectos, sino... inconvenientes —replicó Pamela con altivez, solo para después relajarse y acercarse una vez más a Octavio—. ¿Entonces?

—Yo vivo en la misma calle, a tres cuadras de Eduardo, pero en dirección opuesta a mi tío Pablo —explicó Octavio—. De hecho, la casa de Eduardo queda a medio camino entre mi casa y la de mi tío Pablo.

—¡Eso es lejísimo! —exclamó Pamela subiendo mucho su voz.

—Shh. —El joven llevó sus dedos sobre los labios de Pamela—. Vas a despertar a todos tus vecinos.

—Pero es muy lejos —repitió ella despacio, alejándose de ese calor—. No deberías haber venido hasta acá.

—Mira, Pame, si te hubiera dicho dónde vivía, habríamos tenido esta conversación en el restaurant y, probablemente, aún estarías allá. —Octavio trataba de sonar razonable—. En cambio, ahora ya estás acá y tu mamá descansa tranquilamente...

—Y tú vas a tener que atravesar la mitad de la ciudad para llegar a tu casa. Solo y a altas horas de la noche.

—¿Preocupada? —preguntó Octavio esperanzado. Tal vez, sí lo estaba. Tal vez, le interesaba aunque sea un poquito.

—Un poco —le dijo la muchacha bajando la mirada—, no me gustaría que te pasara nada.

Octavio la tomó por el mentón y la obligó a mirarlo.

—No me va a pasar nada. Te lo aseguro. Y si quieres, te aviso cuando llegue a mi casa. —Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una billetera. La abrió y retiró una tarjeta. Rebuscó nuevamente hasta encontrar un lápiz. Anotó algo por el reverso y se la tendió—. Ten. Además de los teléfonos de la oficina, sale mi número de celular, y te escribí el de mi casa. Llámame. Aunque sería más fácil si me dieras tu teléfono y yo te llamo.

—No a casa, probablemente despiertes a todo el mundo. Al celular. —Le

dictó un número que él anotó inmediatamente en su teléfono.

—Bueno, Pame, me voy —le dijo sonriéndole—. Te llamo apenas llegue.

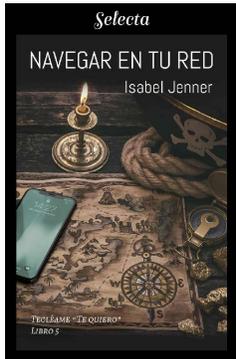
Miró a la muchacha unos instantes, luego se inclinó y besó su mejilla derecha, que era suave y delicada. El calor que la piel de la muchacha emitía quedó impregnado en sus labios. Pamela lo miró con los ojos brillantes. Tal vez, si se atreviera a besarla de verdad, ella le respondería.

Antes de que pudiera tomar una decisión, Pamela se giró y empujó la puerta de calle para cerrarla.

—Hasta mañana, Octavio —se despidió antes de desaparecer hacia el interior de la vivienda.

Octavio llegó hasta su automóvil, se subió y lo puso en marcha. Sonrió ante lo bien que había salido todo. Pamela no había sospechado nada. Había puesto el primer granito de arena y construiría su montaña.

«Todo puede suceder cuando un fascinante pirata, un formidable tesoro y el alto coste de Internet se cruzan en la vida de Clover en un mar Caribe del siglo XVII»



Clover de Montague ha vivido en una diminuta y ruinoso taberna de Tortuga desde que puede recordar, tan solo protegida por la reputación de su padre, el temido pirata Will el Troyano. Un día, la joven recibe un wasap de su padre con las coordenadas GPS de un cuantioso botín, cuya localización secreta quiso desvelar a su hija antes de ser ahorcado. Vestida de hombre, Clover se lanza a la aventura y se cuela de polizón en el barco del osado pirata Nuke para poner rumbo a la isla que la sacará de la complicada situación en la que vive. Nuke es un hombre fiero con un oscuro pasado que se enterará muy pronto del engaño de Clover, pero que no podrá evitar caer en las redes de la valiente joven mientras se descubren el uno al otro y tratan de evitar abordajes, cañonazos y los altos precios de Internet en aguas internacionales. Todas las novelas de la serie «Tecléame te quiero» pueden leerse y disfrutarse de forma independiente.

Isabel Jenner nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Isabel Jenner

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-51-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Navegar en tu red

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Nota de la autora y agradecimientos

Próximamente, el libro VI de Tecléame «Te quiero»...

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Isabel Jenner

Créditos



Xzofrenick

*El que lee mucho y anda mucho,
ve mucho y sabe mucho.*

Miguel de Cervantes

